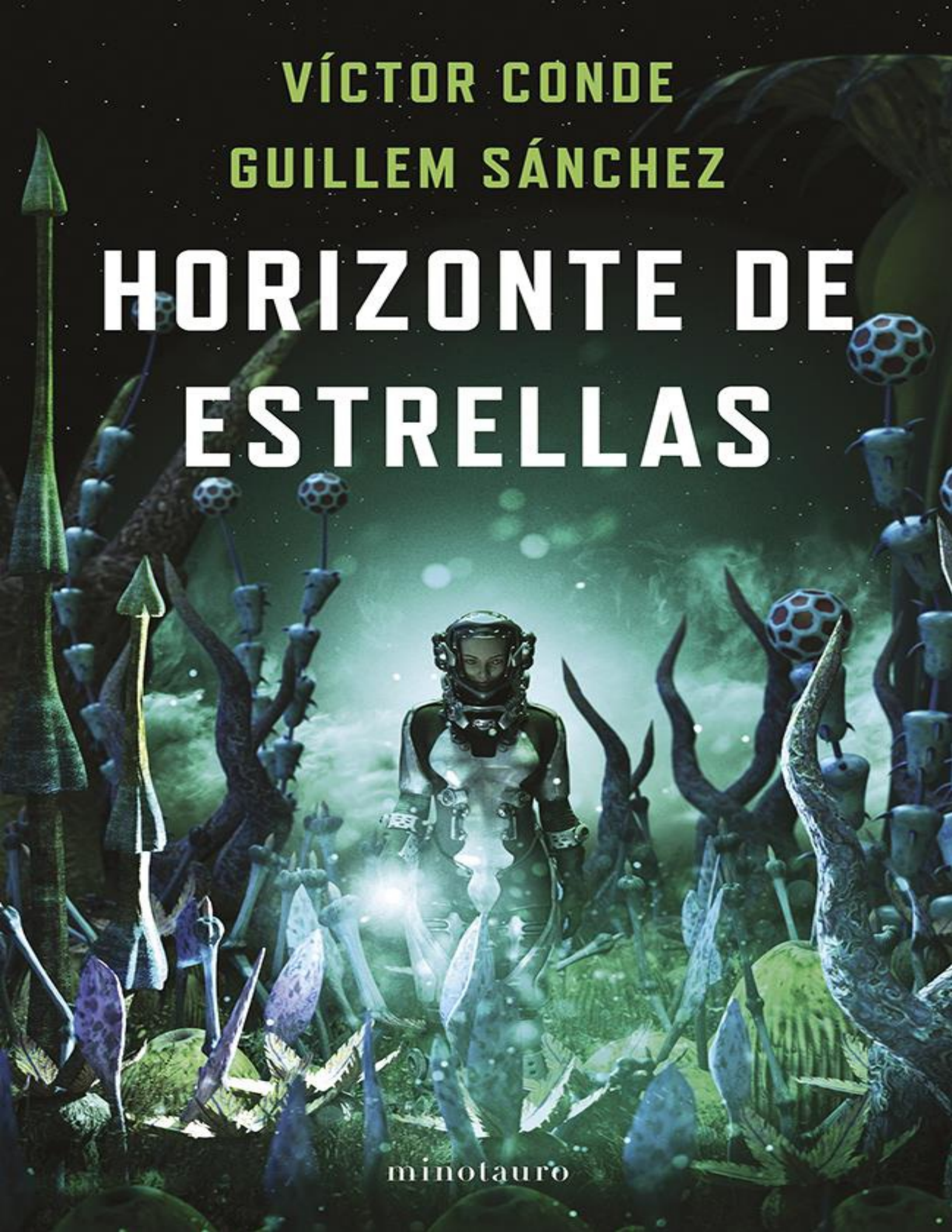
VÍCTOR CONDE

GUILLEM SÁNCHEZ

HORIZONTE DE ESTRELLAS



minotauro

Índice

PORTADA
SINOPSIS
PORTADILLA
DEDICATORIA
1. TRES COMIENZOS
2. NÁUFRAGOS EN EL VACÍO
3. PREPARATIVOS
4. ENTRANDO
5. PRIMEROS PROBLEMAS
6. EL JARDÍN COMPUTACIONAL
7. EL PRINCIPIO DE LA COMPRENSIÓN
8. BIOLINK
9. PARÁSITOS
10. UN HALLAZGO SORPRENDENTE
11. EL SIGUIENTE PASO
12. EL CAMINO HACIA ATRYM
13. APRENDIENDO A VER
14. LA TORRE
15. RETORNO
16. LOS KER
17. CONATO
18. COMIENZA EL EXPERIMENTO
19. FRENTE A LOS KER
20. SOLEYKÓNDERON
NOTAS
CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

SINOPSIS

Soleyko es una ingeniera que ha decidido dejar atrás su vida, la tierra y su relación de pareja para embarcarse en una misión colonizadora en una nave con 200.000 ocupantes. Se trata de una expedición conjunta con los idor, una raza alienígena que coopera con los humanos a pesar de todas las diferencias que los separan (desde la más evidente, como la anatómica, hasta la más profunda, como la capacidad de ficcionar: su mundo se divide entre certezas e incertidumbres).

La ingeniera despierta de la hibernación cuando la nave parece haberse desviado de su ruta. Los viajeros en las vainas han empezado a mostrar mutaciones en su ADN y en el mismo punto en el que ellos se encuentran hay una enorme nave que parece ser de los ker, una civilización de la que apenas se sabe nada.

VÍCTOR CONDE
GUILLEN SÁNCHEZ

HORIZONTE DE ESTRELLAS

minotauro

En esta decimoséptima edición del Premio Minotauro, Premio Internacional de Ciencia Ficción y Literatura Fantástica, el jurado, compuesto por Pedro Berruezo, Silvia Broome, Darío Díaz Anzalone, Fabián Plaza Miranda y Aranzazu Serrano, acordó conceder el galardón a esta obra, en Barcelona, junio de 2022.

Para Thais, que está rodeada de estrellas
Víctor Conde

Para Sven
Guillem Sánchez

Magnífico relato de las vicisitudes de los valientes colonos de Sirio 5 que contiene las penurias que tuvieron a bien sufrir como consecuencia de su afán por atravesar nuevos horizontes, expuestas con elegancia y buen sentido de la lírica por los autores anteriormente citados, que ni fueron colonos, ni desde luego viajaron nunca al espacio, salvo en sueños.

1 TRES COMIENZOS

La sensación era como de flotar en un medio frío y acuoso.

La temperatura en descenso; la gravedad, una noción. Soleyko estaba sumergida en un líquido frío, rodeada de oscuridad por todas partes. Bueno, no: había un leve resplandor allá arriba, encima de su cabeza, semejante a una luz de estrellas reflectándose en la superficie de un lago. Hacia allí quiso ir, en esa dirección movió los brazos.

No recordaba cómo había llegado a aquel lugar. Estaba confusa y tenía una serie de recuerdos en cola, esperando por alcanzar su cerebro, pero ninguno de ellos le decía nada concreto. Lo último que recordaba, la última imagen que retenía de sí misma y que sabía —intuía — que era real, era una de ella desnudándose en la cámara de intercambio, vistiéndose con el traje de hibernación y metiéndose en una cápsula. Las risas y los chistes nerviosos de última hora de sus compañeros. El tictac de la cuenta regresiva, inexorable, que les marcaba un tiempo límite para que se metieran en las cunas de sueño, para pasar allí el resto del viaje.

Dormir. Tal vez soñar. Los viajes extrasolares exigían esa pirueta tecnológica. No era como recorrer distancias dentro de cualquier sistema planetario, donde las naves podían recurrir a hechizos tecnológicos como el salto Voight, que les permitían recorrer distancias inmensas de un solo golpe. Fuera del alcance gravitatorio de la estrella, esa tecnología era inservible. Los ingenieros que la inventaron sabrían por qué. Había que recurrir a los viajes a la antigua: varias décimas por debajo de la velocidad de la luz, en la franja en la que todavía no hay compresión temporal, gastando meses y años para salvar el titánico espacio vacío hasta el siguiente sol. No todo el camino se hacía a velocidad subluz, por supuesto, sino usando los túneles cuánticos estables que las antiguas razas habían sembrado por la galaxia, pero la entrada a esos túneles quedaba muy lejos de la Tierra. Y podían pasar años hasta que una nave la alcanzara. Las máquinas lo soportaban bien, los humanos no. Por eso había que dormir todo el camino.

Pero si se había puesto el traje y se había acostado en la cápsula de hipersueño, ¿por qué estaba ahora sumergida en un lago de agua helada, cayendo, cayendo hacia la oscuridad y añorando la caricia de la luz?

Soleyko necesitaba empezar de nuevo, reiniciar su mente. Intentó agarrarse a algo, cualquier cosa: uno de esos recuerdos que aguardaban en la cola mnemotécnica. Poco a poco se alzaba el telón, y los actores se ponían en su lugar para representar el drama. Se veía a sí misma en el escenario, sentada en una…

… silla de la cafetería de la estación espacial, la enorme y compleja Ciudad Micelio. Hablando con alguien. ¿Quién era? Ah, sí, su rostro salía de la penumbra, y no era un rostro propiamente dicho, sino algo más inquietante: el amasijo de vísceras en rotación de su amigo Rhen, el idor, un miembro de una raza ancestral que ejercía de tutora para los seres humanos en el brazo espiral. Soleyko se había acostumbrado a mirar a una parte concreta del cuerpo de aquellos seres, tomándola como su «cara», pero era una decisión arbitraria. Los idor no tenían

rostro; sus órganos visuales eran columnas giratorias que brotaban de polos opuestos de su cuerpo para construir la visión del entorno como una estereoscopía, añadiendo rayas verticales a una imagen mental.

La joven ingeniera miró en la dirección de una de esas columnas.

—No sé, Rhen, creo que me está entrando el pánico del último minuto. Hasta ayer mismo, que vi a mi pareja, estaba convencida de querer hacer esto. Pero es que este hombre tiene una influencia muy perturbadora en mí. —Buscó café con la mirada—. Puede que perturbadora no sea la palabra exacta… «Desequilibrante» sería una posible candidata.

—¿Por qué, qué te dijo? —La voz del extraterrestre surgió de su vóder orgánico, situado en algún punto de su espalda. Su tono era bajo y ronco, pero tenía una extraña suavidad que le recordó a la de una cuchilla contra la carne, por la forma como la tentaba. Dejando una marca pero sin llegar a herirla.

—Más que lo que dijo, fue lo que hizo. Vino dispuesto a despedirse de mí haciéndome pasar una velada inolvidable, de esas que recuerdas toda la vida.

—Los humanos y vuestras extrañas costumbres gregarias…

—Los humanos y nuestras extrañas costumbres gregarias estamos bien, gracias, y muy contentos de tenerlas. Lo que me hizo dudar de mí misma y de si estaba tomando la decisión correcta al querer marcharme, fue la promesa de que habría muchas más veladas como aquella y cosas aún mejores si me quedaba a su lado. Fue una jugarreta, y una muy soterrada —admitió con tristeza—. El muy tramposo lo preparó para que la experiencia sonase a amenaza: si te vas, no volverás a tener esto. Nunca habrá nadie a tu lado que te quiera tanto como yo. Podrás tener amantes, pero jamás una pareja sincera. —Se limpió los labios con la servilleta para redondear su actuación.

—Es decir, que disfrazó una forma de agresión como un agasajo romántico. Los humanos tenéis expresiones para definir eso, ¿verdad?

—Chantaje emocional. Pero no le sirvió de nada. Creo.

—Prioridades, Soleyko. Vas a embarcar en el vuelo de la Galaxian como tenías previsto. Vendrás con nosotros a Sirio 5. Hallarás tu destino entre las estrellas.

La mujer agarró la copa de cristal por el pie y la hizo balancear un poco, con lo que la bebida osciló peligrosamente.

—Por supuesto que iré. Ya había tomado la decisión y la mantengo, aunque me sienta así de insegura… Será bueno para mi carrera. Y para mi cordura.

Los sacos de ganglios de su amigo disminuyeron su velocidad, lo que se traducía en un sentimiento de compasión en el «rostro» de Rhen. El cuerpo de un idor se basaba en el movimiento giratorio perpetuo: su torso era una masa oblonga de órganos en rotación, algunos más rápidos y otros más lentos, que se aprovechaban de esa velocidad para realizar las tareas de su metabolismo. Su ciclo de Krebs, su transmisión de impulsos nerviosos, incluso su digestión… todo dependía de incorporar la fuerza centrífuga a bolsas de carne que giraban al extremo de cuerdas musculares, como si fueran boleadoras llenas de venas. Incluso su sangre dependía de ese movimiento para limpiarse y eliminar residuos. No todo su cuerpo giraba, sin embargo, pues las tres patas y la columna vertebral que lo sostenían —por la que subían y bajaban las dinamos vivas que hacían posible tal movimiento— eran algo así como un eje fijo que hacía de columna para toda la estructura. El idor se remataba por encima por unos huesos que parecían una corona,

de los que colgaban las únicas telas que aceptaban como ropa, y que los rodeaban como cortinas de ducha. El ropaje de un idor tenía su propio código de colores. El de Rhen proclamaba para quien supiera leerlo que se sentía orgulloso de ser el xenobiólogo de la tripulación.

«Ahora mismo —pensó su amiga—, estaría analizándola a ella con la misma curiosidad con la que los humanos observaban las especies alienígenas con las que se iban encontrando en sus viajes. Al fin y al cabo, eso eran los humanos para los idor: una divertida rareza de la ecología planetaria.»

—Pues si ya has tomado la decisión de partir, amiga mía, como decís vosotros, es mejor que dejes de preocuparte. Tu pasado forma parte de tu historia. Lo único que matiza tu presente es el futuro.

—Bonita frase. ¿Se la has robado a algún dramaturgo de tu raza? —sonrió con picardía.

—No. Sabes que no poseemos ninguna forma cultural parecida a lo que vosotros llamáis teatro, ni tampoco literatura.

—Es verdad, los idor sois incapaces de entender el concepto de alegoría, por lo que no obtenéis ningún placer en representar la realidad de manera ficticia.

—¿Qué ganaríamos con ello? La realidad es real, la imaginación solo son quimeras.

Soleyko, como buena humana, no estaba de acuerdo con eso. Una raza que no fuera capaz de establecer un pacto implícito entre soñadores y lectores jamás podría desarrollar ninguna clase de arte, ni visual, ni literario ni expresivo. Le asombraba que los idor hubiesen sido capaces de llegar tan lejos sin su equivalente cultural del arte, pero también era cierto que en su densa historia, que abarcaba centenares de miles de años, habían tenido menos de un tercio de las guerras que ya contaban los humanos. Eran seres más fríos y racionales, que se mataban muchísimo menos entre sí. Había una relación, estaba segura.

—Si pasas el tiempo suficiente al lado de mujeres como yo —le previno— puede que acabes desarrollando el gusto por la lírica. Y te convertirás en el primer dramaturgo de tu especie.

—No creo que eso sea posible, amiga Soleyko, pero gracias por el interés.

—¿Que no? —Alzó su copa a modo de brindis—. Me subestimas. Dame tiempo y verás. Dame tiempo…

… y verás. Una hermosa promesa, un desafío. Soleyko no le tenía miedo al arte en ninguna de sus formas, pero a veces creía entender la postura de Rhen. Enfrentarse a la realidad suponía un gran esfuerzo. Y ofrecía resultados desconcertantes. Como en este momento, en que estaba hundiéndose en el lago, cayendo, cayendo hacia la oscuridad y sin tener la menor idea de cómo había llegado allí. En momentos así tenía la molesta sensación de que había vuelto a la infancia, a un mundo lleno de intenciones misteriosas y secretos arcanos del que los adultos parecían ser cómplices, pero ella no. Un universo lleno de promesas en el que, si deseaba avanzar, tenía que pasarse la vida formulando preguntas.

La oscuridad del fondo la reclamaba, pero no pensaba dejarse arrastrar hasta ella. Pataleó hacia arriba, hacia la luz. Quería volver a estar con otras personas, con gente amable como Rhen o con su novio, Emil. Todos sentados en la cantina de la Galaxian, con sus esperanzas todavía sin empaquetar. Emil no le perdonaría que hubiese escogido el gran viaje antes que una vida en común con él. La relación corría el peligro de convertirse en una rémora si no la dejaba atrás. En

la Tierra la esperaba un futuro brillante si luchaba por conseguirlo. Una mujer con su expediente académico lo tendría fácil para conseguir trabajo en casi cualquier parte, pero no era eso lo que quería. Tenía sueños, esperanzas, aptitudes y actitudes. Y deseaba aprovecharlas al máximo antes de que fuera demasiado mayor como para apuntarse a viajes a otros mundos.

Cuando se lanzó la llamada para toda la gente que quisiera apuntarse al viaje a la lejana Sirio 5, una tenue luz que brillaba en la densidad de Tycho, fueron muchos los que se sometieron a las pruebas de admisión. Querían ver aquella estrella que estaba finalizando su fase de quemar hidrógeno y que dentro de poco comenzaría a devorar helio. Tenía uno o dos planetas en el centro de su biozona, aunque nadie estaba seguro de si habían empezado a generar sus propios microorganismos.

La Galaxian era un transporte de clase Embajador, una de las mayores naves que era capaz de fabricar el ser humano, de casi tres kilómetros de eslora y con un sistema de impulsión —regalo de los idor cuando aceptaron a la humanidad como especie pupila— no basado en expulsar materia o energía y en la contrarreacción que ello generaba, sino en cristalizar la radiación de fondo del universo para resbalar sobre ella como si fuera una pista de patinaje. Al menos, ese era el símil que los idor habían usado cuando explicaron la base de su tecnología. El sistema de salto cuántico de las naves en la cercanía de las estrellas también se basaba en el mismo principio sin masa de reacción, solo que aplicado de otra manera. Así, los ingenieros humanos habían dejado de concebir sus naves como cohetes que salían disparados haciendo honor a las leyes de Newton para imaginárselos como enormes trineos con patines no para el hielo, sino para la radiación de Planck.

Soleyko acababa de cumplir los treinta cuando se apuntó a la lista para realizar las pruebas. Había elegido la especialidad de ingeniería, pues sus estudios universitarios iban por esos derroteros: se había doctorado en ingeniería proyectiva, una rama extremadamente difícil de la física que había nacido cuando la humanidad entró en contacto con los idor y otras razas de su *idioskosmosfera*. Básicamente se trataba de hacer ingeniería inversa con todos los cachivaches que los idor iban dejando caer en las irresponsables manos humanas, para averiguar los secretos de su funcionamiento. Pero dado que los idor no funcionaban con los mismos principios lógicos que los hombres, y que muchas partes de su física ni siquiera estaban basadas en preceptos newtonianos, era una gesta difícil, muy frustrante en ocasiones.

Pero Soleyko había heredado de sus padres una gran imaginación, combinada con un sano espíritu práctico, y eso la hacía muy buena en su trabajo. No había nadie como ella para mirar por primera vez un aparato completamente desconocido y tener al menos un destello, una intuición, de por dónde iban los tiros de su funcionamiento. Por eso pasó las pruebas. Y por eso le dijo adiós a Emil con un último beso y se embarcó en la nave, rumbo a lo desconocido.

¿Cuánto tiempo hacía de eso? ¿Cuánto llevaba durmiendo? El periplo hasta la entrada al túnel que comunicaba con la densidad de Tycho requería diecisiete años de viaje sublumínico. En algún punto de ese intervalo, Soleyko estaba teniendo esta pesadilla con lagos fríos y profundidades insondables. Quería despertar, averiguar si esto era real o una jugarreta de su inconsciente. ¿Pero cómo? Alcanzar la luz, allá arriba, parecía ser la única opción razonable. ¿Qué hacía cualquier mamífero no acuático si se veía metido en esta situación? Pues intentar no caer en el pánico y nadar con fuerza en dirección contraria a la gravedad, claro. Así que eso fue

lo que hizo: comenzó a dar brazadas y pataleos frenéticos. Y empezó a subir, pero más lentamente de lo que esperaba. De su garganta surgieron bocanadas de burbujas. Empezó a faltarle el aire, a tener miedo, a sentirse más pesada.

Otro recuerdo la asaltó, un placebo, elegido por el subconsciente para que su cerebro se calmase mientras buscaba una solución para aquel embrollo. Un recuerdo feliz en el que estaba…

… haciendo el amor con Emil en su apartamento. La última vez que lo hicieron antes de separarse para siempre. Él estaba tumbado boca arriba y ella sentada sobre su cintura, en lo que históricamente se llamaba la posición de Andrómaca, por la mujer de Héctor, príncipe de Troya. ¿Qué extrañas coincidencias tenían que haberse dado en la historia para que esa posición sexual tan básica fuera atribuida a esta señora? Eran los misterios de la mitología, más desconcertantes que el laberinto de Creta.

Soleyko se vio a sí misma moviéndose con extrema lentitud encima de su novio, experimentando los matices de la sensación, los instrumentales secretos del placer.

—Entonces, te marchas —susurró él, en sustitución del gemido final del orgasmo. Pudo escuchar el sonido del miedo en su voz. Miedo no, quizá… solo temor. Por el futuro.

—Sí —asintió ella, jadeando—. Tengo mis motivos y no estoy obligada a explicárselos a nadie.

—Ni siquiera a mí.

—No, cariño, ni siquiera a ti. Lo siento. —Dejó escapar un suspiro largo e irregular, dejándose caer en el revoltillo de sábanas. Notó cómo el pene salía deslizándose suavemente de su vagina.

—Yo también me presenté a las pruebas, pero no las superé. Ni siquiera tuvieron la cortesía de tentarme con una tutoría horizontal. Por lo visto, nadie necesita un restaurador de obras antiguas en el espacio. Es una profesión que se queda en la Tierra.

Ella sonrió.

—La necesitarán cuando las colonias exteriores sean lo suficientemente viejas. Son sistemas culturales cerrados, lo que implica que acabarán generando sus propios artistas y sus obras de arte. —Le acarició los genitales en un masaje reparador—. Por definición, cualquier obra de arte envejece. Ahí entras tú.

—Pero eso no sucederá hasta dentro de por lo menos cien años. ¿Y dónde estaremos nosotros, en ese entonces?

Soleyko hizo un rápido cálculo mental de la deuda temporal que adquiriría al viajar hibernada y a través de los túneles cuánticos, y la comparó con la progresión temporal de la Tierra.

—Tú estarás muerto, con toda seguridad. Y yo seré una cuarentona trabajadora sin tiempo para andar pensando en una familia.

—Estremece pensar en esos términos, ¿verdad?

—Sí…, asociados a la un poco. —Se recostó sobre su hombro, pensativa. Dijo para tranquilizarlo—: Te echaré de menos, peluche, no creas que no. Sobre todo al principio. Pero me consolaré pensando en que habrás seguido con tu ciclo vital, mientras yo roncaba perdida en el cosmos, y habrás encontrado a otra mujer que te quiera y desee darte hijos. Me tranquilizaré

imaginando que fuiste muy feliz, y dormiré en paz porque tuviste una vida larga y plena, y moriste en tu cama con una sonrisa en los labios. Tal vez pensando en mí. —Hizo una pausa—. Quizá una de tus hijas lleve mi nombre, y jamás le hayas contado a tu mujer por qué lo elegiste.

—Es una bonita historia. Pero no soy capaz de pensar en otra mujer que no seas tú.

—Señoría, solicito que no quede registrada esa última afirmación porque le hace parecer un anticuado y un simplón.

—Boba.

—Bobo tú.

Soleyko sintió una presión en la vejiga como de tener pis acumulado, pero la idea de abandonar la comodidad de las sábanas y de aquel hombro le pareció demasiado ridícula como para tenerla en cuenta. Unió saliva y coraje y le detalló los pormenores de su decisión de abandonar la Tierra y dejar su antigua vida atrás, junto con todo lo que venía en el equipaje. Junto con él. Una vez dichas en voz alta, incluso a ella le parecieron razones coherentes.

Este tipo de conversaciones había que tenerlas en un lugar autorizado, no en la cama, entre sábanas revueltas. En un bar a media luz echando una carrera en la que ella fuera por lo menos doce copas por detrás, o cuatro por delante. Pero era él quien había sacado el tema, el que abrió la caja de Pandora. Así que tenía que aprovechar para soltarlo todo o jamás cerrarían ese capítulo.

Se levantó de la cama y, tras un rápido vaciado de vejiga, se asomó desnuda al balcón del apartamento. Un hilo de luna flotaba allá arriba, entre arrecifes nubosos. Los grandes cuerpos celestes se habían convertido en meras abstracciones matemáticas, islas que ir dejando atrás. Hitos en la noche.

Él lloró, por supuesto, y le suplicó que no se fuera. Pero Soleyko miraba a través de la ventana y sabía que no había nada allí que la retuviera. Hicieron el amor una segunda vez, pues se sentían con fuerzas, pero en esta ocasión los dos fingieron el orgasmo.

Nadó. Contra corriente, más y más arriba. Pero el aire seguía agotándose y empezaba a tragar agua. La sensación de hipoxia se hacía cada vez…

… más alarmante, como si se estuviera asfixiando de verdad. Como si aquello no fuera un sueño sino una realidad cruel y disfrazada.

De pronto, se le ocurrió una idea espantosa: había oído hablar de fenómenos psicológicos asociados a la rotura de las cunas de sueño, y a la asfixia de las personas que se quedaban atrapadas en ellas. Si la persona no despertaba inmediatamente, significaba que su cuerpo aún estaba demasiado frío y dependía de la respiración asistida para vivir. Pero si esa respiración se estropeaba y no había ningún médico cerca para echarle una mano, la mente podía llegar a imaginar complejos paisajes de hipoxia. Alegorías freudianas que ilustrasen el hambre de oxígeno del cerebro, la sequedad de sus neuronas. Como que se estaba hundiendo en un lago oscuro, por ejemplo. Que se estaba quedando sin aire.

Con un acceso de pánico, la ingeniera braceó con más fuerza, pero la distancia parecía incrementarse en lugar de ir a menos. Era como una de esas ilusiones ópticas del cine, cuando la cámara se acerca a un objeto pero el *zoom* de la lente retrocede al mismo tiempo. Las distancias parecían dilatarse, la gradación fina del universo cambiaba de escala. Abrió la boca para gritar, dejando escapar un montón de burbujas.

Dios, era eso, seguro: algo muy malo tenía que haber pasado con su unidad de criogenia. Con toda la Galaxian. A lo mejor había chocado con un asteroide, o la habían atacado naves piratas, o vete a saber qué otra horrible cadena de incidentes… y ahora estaba al borde de la destrucción, sus motores ardiendo en el vacío —un fenómeno imposible pero que ella había visto suceder—, con doscientas mil personas asfixiándose mientras soñaban con lagos helados.

Tenía que escapar, llegar hasta la luz, ¡despertar! Si esto es un sueño, quiero despertarme ya, suplicó a unos dioses en los que no creía. Pero allí no había nadie para echarle una mano, solo ella, cayendo lentamente hacia la oscuridad… cayendo hacia…

… la gravedad invertida. Era un efecto gracioso de los campos pregenerados de gravedad de los motores idor. Siempre había al menos un punto, en algún lugar recóndito de las naves estelares, donde el tirón gravitatorio estaba invertido. Los objetos subían hasta el techo en lugar de quedarse pegados al suelo. Los ingenieros lo justificaban diciendo que era un fallo inevitable en la matemática de aquellos campos, una asíntota de la gráfica, y que si se quería disponer de gravedad artificial dentro de las naves había que joderse y aguantarlo. Para la gente que viajaba en ellas, y sobre todo para los niños que se criaban dentro de naves en tránsito, aquel fallo de la tecnología era un parque de atracciones.

Soleyko recordaba haber jugado siendo niña con los puntos I —como eran conocidos a nivel popular; su nombre técnico era mucho más complejo—, y haberse reído como la que más. Pero que te tocara uno dentro de tu mismo camarote era mucha casualidad. Y a ella le había tocado. La Galaxian, vista desde fuera, parecía un abanico de rascacielos grandes y planos que rotaban anclados a un cilindro central, el «tronco», a un extremo del cual estaban los motores de impulso y al otro el puente de mando. Esos rascacielos, llenos de pequeñas ventanitas, parecían las hojas de un archivador abierto por la mitad, y giraban lentamente no para generar gravedad, sino para disipar el sobrante electromagnético de los motores: los extremos de cada edificio eran largas franjas de paladio que al girar rozaban contra la burbuja electromagnética que creaban los motores y que podía ser dañina para los tripulantes. Ese rozamiento alteraba las líneas del campo, convirtiendo el exceso de energía en polaridad, y lo redirigía de vuelta al motor. A ese diseño primario se habían añadido módulos a medida que se necesitaban, con expansiones del motor, células de combustible, contenedores de carga, racimos de antenas… hasta que la identidad individual de la astronave comenzó a desaparecer en la emergente topología de aquella aglomeración.

El camarote de la joven ingeniera, que compartiría con otra mujer una vez hubiesen salido del hipersueño, estaba situado cerca de la franja de paladio. Cosas del destino, tenía el maldito punto I justo al lado de la taza del inodoro. Menudo engorro. Y lo peor era que no podía protestar, porque tampoco iban a hacerle ningún caso.

—Mira si es mala suerte, esto —le dijo a Rhen justo el día de la partida, mientras se preparaban para bajar al salón de gala para la fiesta de despedida—. Hay ciertas cosas relacionadas con la fisiología del ser humano para las cuales la gravedad invertida resulta un serio inconveniente. Empiezo a pensar que este viaje está gafado.

—Te quejas por todo —le reprochó el idor, que se había vestido a su manera para la ceremonia, cambiándose las telas que colgaban de su osamenta superior por otras con estampados—. Te ha tocado un camarote bastante grande en comparación con otra gente, y

todavía protestas.

—Un proverbio dice que el error de una persona lista vale lo mismo que los aciertos de mil tontas. Quien quiera que haya sido el responsable de asignar los habitáculos ha cometido un error. El problema es que me ha tocado a mí —rezongó mientras se limpiaba después de orinar y se subía las bragas—. Creo que hay más de diez mil camarotes en este trasto volador, y yo tengo que cargar con el único que tiene una asíntota gravimétrica en el váter. Dime si no es un mal augurio.

—Los idor no creemos en…

—En los augurios ni en la suerte, ya lo sé. Es otro rasgo psicológico de los seres humanos, eso de pensar que la estocástica universal está regida por unas leyes ocultas que a la postre pueden ser manipuladas. Vosotros sois demasiado perfectos para creer en esas tonterías.

—Algún día tendremos que hablar de las posturas estereotipadas que los seres humanos adoptáis al hablar con alguien que no sea de vuestra especie. No te das cuenta, pero también lo haces.

—Claro que me doy cuenta. Soy una de las poquísimas expertas que hay en mi rama de la ingeniería. No he conocido a nadie que nada más conocerme no adoptara una postura estereotipada.

Se detuvo una última vez ante el espejo para comprobar que todo estuviera en orden, y por enésima vez cambió de opinión con respecto al maquillaje. La combinación de colores que había elegido no le parecía que quedara bien con los tonos azafranados del vestido, así que se tocó disimuladamente el pendiente, donde estaba oculto el sapiencial que gobernaba la microtecnología que llevaba encima. Este hizo que el carmín de labios, la sombra de ojos y el puntito de maquillaje de las mejillas alterasen sus tonos. Los curvilíneos rasgos orientales de Soleyko se vistieron de sombras y perspicacias que encajaban un poquito mejor con la idea de «jardín en primavera» que sugería el vestido.

—No es que los idor no admitamos la estocástica — dijo el alienígena, que con sus tres metros de altura tenía que andar constantemente con su trío de patas dobladas para que la osamenta no rozara el techo, al menos mientras estuviera dentro de los camarotes. Los pasillos, por fortuna, eran más altos—. En lo que no creemos es en la existencia de rituales para alterar sus resultados. Una oración o una plegaria no van a hacer que las empresas que acometemos en el día a día salgan mejor.

—Eso también lo sabemos nosotros.

—Entonces, ¿por qué tenéis tantos rituales para conjurar la suerte? ¿A qué vienen esos sonidos aliterativos que profieren algunas de vuestras culturas, como el «Laa'illaha'illallahu» de los muecines?

Soleyko le dio una contestación de ingeniera:

—¿Sabes por qué estos edificios giran, Rhen?

—Para quemar el exceso de electromagnetismo y que no dañe la circuitería.

—Pues los seres humanos cantamos para quemar nuestro exceso de individualismo y egolatría. Nada mejor para eso que creer en un ser superior a ti que te haga de placebo.

—¿Y funciona?

Ella le echó una ojeada al canal de noticias de su esfera de datos personal, la burbuja que la acompañaba como una esencia fantasmal a todas partes. En uno de los canales se veían varios edificios ardiendo en una guerra en —dónde si no— Oriente Medio, un conflicto motivado —cómo no— por causas religiosas.

—La verdad es que no. Nada de nada.

Bajaron al gran salón, que estaba atestado a pesar de sus dimensiones. La fiesta estaba en su apogeo, con la gente bailando y celebrando de mil maneras distintas la partida de la Galaxian. Los corpachones de al menos una decena de idor —la palabra que designaba a su especie no tenía variación de forma o, mejor dicho, no tenía forma singular, pues «idor» implicaba a más de un miembro de la misma especie reunido con otros para hacer algo— sobresalían del mar de cabecitas humanas, cada uno luciendo distintos colores en sus banderolas. La nave estaba en movimiento, y pronto irían llamando a los pasajeros y tripulantes por orden alfabético para irlos metiendo en sus cunas de sueño. Pero este momento era de celebración, de despedidas simbólicas de la antigua vida de todas aquellas personas para saludar la nueva y misteriosa que les quedaba por delante. Aunque había bastantes ojos llenos de lágrimas, el ambiente en general era positivo. Al fin y al cabo, nadie estaba allí obligado. Todos los viajeros se habían apuntado porque quisieron.

Soleyko pensó en Emil y en lo paradójico que resultaba el que prosiguiera con su vida a partir de ese momento, día tras día y mes tras mes, mientras la de ella entraba en un estado de pausa que duraría primero diecisiete años, luego uno entero de viaje y convivencia dentro de la nave, y otros cincuenta más de sueño para rematar la jugada. Cuando la nave alcanzara su destino, en la distante y pálida Sirio, habrían pasado casi setenta años en la Tierra. Emil, si seguía con vida, estaría cumpliendo la centena. Ya sabría si su vida había sido un éxito o un fracaso. No como Soleyko, que no habría hecho sino empezar la suya.

Cogió una copa de una bandeja flotante y la levantó en dirección a su amigo.

—Por las paradojas de la física. Y cómo el convivir con ellas ha conseguido que la existencia de las personas sea más complicada.

—Brindo por eso —dijo el idor. Cruzó sus palpos en un gesto que, en su cultura, era el equivalente al chinchín del brindis.

La Tierra se alejaba cada vez más en el ventanal, con sus conflictos, sus problemas, pero también sus cosas buenas y sus maravillas naturales. Maravillas que seguro que no estarían presentes en el planeta que iban a colonizar. Pero qué más daba, pensó con una sonrisa: la especie humana no era sino una pequeña población de sofontes en mitad de un universo increíblemente grande y poblado —ahora lo sabían— por especies que llevaban millones de años bregando contra la adversidad. Algunas eran agresivas y otras no, pero si los humanos querían sobrevivir tenían que dar el salto a las estrellas, era un *sine qua non*. Y se necesitaba gente como Soleyko para dar ese salto. Gente que no le tuviera miedo al espacio ni a algo infinitamente más atemorizante: el futuro.

Así que apuró la copa, agarró los palpos de Rhen e intentó bailar con él una alegre tonada. Como normalmente intentar bailar con un paquidermo de tres metros resulta complicado, aquel baile la dejó…

… exhausta. Se estaba quedando sin aliento, cada vez le dolían más y más los pulmones, y para colmo seguía cayendo hacia la oscuridad. Gritó suplicando que se acabara de una vez aquella maldita pesadilla, pero no había nadie escuchando por fuera del hipersueño. O eso parecía. Las constantes vitales de su cuerpo tendrían que estar completamente disparatadas, y aparecer como la lectura de un sismógrafo en los monitores. Eso, en circunstancias normales, habría hecho que sonaran alarmas en el sapiencial que vigilaba la salud de los durmientes, lo cual llevaría a que un enfermero acudiera inmediatamente. Como eso estaba claro que no ocurría, Soleyko empezó a temerse de verdad que algo Muy MaloTM, con mayúsculas, le había pasado a la Galaxian.

—¡Socorro! —exclamó, la garganta llenándosele de agua—. ¡Que alguien me ayude! ¡Auxilio!

Vio algo que le dio nuevas esperanzas: un cable, una especie de sedal sin anzuelo que alguien había lanzado al agua. Desesperada, viendo aquello como un gesto divino, se agarró al cable y se dejó llevar cuando tiró de su cuerpo hacia la superficie. Cuando su cabeza rompió la línea del agua, sus ojos se abrieron y vio que la luz formaba volúmenes, conspirando contra las sombras. Figuras de personas que la estaban ayudando a salir de la cuna de hipersueño. Gente vestida de gris… o quizá era la luz saturada de blancos, que se pegaba a sus cuerpos como una segunda piel.

Le extrajeron el tubo traqueal que insuflaba aire directamente a sus pulmones, y vomitó. Los enfermeros estaban esperando esa reacción, porque alguien puso una bolsa delante de su boca para recoger el escaso líquido que pudiera devolver su estómago. Que los colores y la gradación de la luz volvieran a sus límites fue cuestión de minutos, tras los cuales Soleyko pudo ver que, en efecto, eran unos miembros de la tripulación los que la habían rescatado del lago…, perdón, de la ilusión de hipoxia, y ahora estaban a su lado.

—¿Q… qué coño ha pasado? —preguntó cuando recuperó el uso de las cuerdas vocales. No, no todo estaba bien, lo notaba: la enfermería estaba atestada de gente y, pegados al techo, había cendales de humo de incendios que el sistema de soporte vital se esforzaba por eliminar de aquel laberinto de habitaciones cerradas.

El enfermero, un hombre con cara de auténtica preocupación, consultó una terminal.

—¿Es usted Soleyko Adamu, ingeniera proyectiva de la sección nueve?

—¿Qué pasa, por qué me han despertado?

El hombre apretó los labios hasta que formaron una línea blanca.

—Hay algo que tiene que ver con urgencia, señora Adamu. Algo muy malo le ha pasado a esta nave.

2 NÁUFRAGOS EN EL VACÍO

Los periodos de desorientación suelen ser un buen caldo de cultivo para la paranoia. Soleyko había aprendido esa lección hacía tiempo, durante una de sus primeras experiencias en el espacio que casi acabó en tragedia, por lo que durante el tiempo que pasó en la enfermería, recuperándose, hizo un esfuerzo por no buscarle explicaciones a las cosas que veía u oía, más allá de las obvias. Cuando estuviera recuperada del todo y alguien se dignara a hablarle, ya se enteraría del porqué.

Al cabo de un par de horas, una mujer fue a ver cómo se encontraba. Estaba vestida como una doctora, con el uniforme blanco con el cuello alto y la manga derecha de otro color para comunicar rango y especialidad. Tenía unos cuarenta y cinco años y unas cejas curvadas bajo una luna menguante de pelo canoso peinado hacia atrás. La clase de mujer que era feminista precisamente por no resultar muy femenina. La plaquita del pecho mostraba su nombre: «Doctora Zebya Soanis».

—Veo que la sopa de nanitos ha hecho su trabajo. ¿Se encuentra mejor?

—Sí, un poco… —Soleyko se tocó el cuello con el dorso de la mano, como solía hacerle su madre cuando era niña, a ver si estaba caliente. No tenía fiebre—. Pero la falta de información me está matando. ¿Ha venido a comprobar que esté bien o a explicarme lo que pasa?

Los pómulos anchos de la mujer, que ayudaban a compensar su orgullosa mandíbula, se alzaron junto con la sonrisa.

—Ese es un rasgo que me gusta de los ingenieros: que siempre atajan para ir al grano. Justo lo contrario que la gente de mi profesión, a la que instruyen en el noble arte de los circunloquios. Recuerde la segunda ley de Newton: una mala noticia entregada a un paciente hará que su cabreo sea proporcional a la magnitud de la información recibida.

—Es que en su profesión dar rodeos para explicar las cosas con frecuencia resulta útil. En la mía no.

—Bueno, viendo que está en plenas facultades, le explicaré por qué la hemos despertado. Hace sesenta y dos horas estándar, el sapiencial maestro de la nave emitió una alarma de tipo uno, la más importante. Primero despertó a la capitana y después a una serie preseleccionada de oficiales superiores, para que tomasen una decisión. Estos decidieron acudir a la lista de personal clave y despertarnos también a unos cuantos especialistas.

—¿Hubo algún fallo en los motores…?

—Entre otras cosas. Lo que la capitana Svastis se encontró nada más salir de la cuna de sueño fue un desastre: había una avería en el motor, sí, pero también un montón de anomalías en cascada que ni siquiera el ordenador sabía explicar. Cuando le pidieron un diagnóstico, el sapiencial se limitó a decir: «Datos insuficientes».

—Qué raro —se extrañó la ingeniera—. Ese sapiencial es un cuádruple sistema redundante de inteligencia cuántica. En teoría debería saberlo todo sobre esta nave, y por qué se rompe cada cosa.

—Por eso el primer grupo en ser seleccionado para despertar fue el suyo, la rama de ingeniería. Pero entonces las cosas empezaron a torcerse: hubo sobrecargas en algunos sistemas clave y el motor se apagó. La capitana ordenó una parada total. Ahora flotamos con velocidad relativa cero en medio de la nada, esperando a que esto se arregle.

—¿Está despierto el jefe de mi área, el ingeniero Feng Li?

Aquí fue cuando la doctora pareció más preocupada, como si estuviera echando mano de esos truquitos de circunloquio que le habían enseñado en la academia.

—El ingeniero está despierto, igual que unos doscientos sesenta miembros de la tripulación que ahora mismo son esenciales. —Consiguió que aquella afirmación artificial sonara triste y sincera al mismo tiempo—. Sin embargo, hay algo que tiene que saber, y es una condición que nos afecta a todos los seres humanos que viajamos a bordo de la Galaxian.

—¿Qué es? Dígamelo directamente, sin rodeos.

—Acompáñeme. Vamos a dar un paseo.

Los pasillos estaban desiertos, lo cual era lógico teniendo en cuenta que la inmensa mayoría de la gente estaba durmiendo. De las más de doscientas mil personas que viajaban en aquel buque, solo doscientas y pico estaban despiertas y trabajando, lo que significaba que allá donde mirase Soleyko solo encontraría calma y espacios vacíos. Pero la huella de los incendios seguía allí, aunque ya se hubiese procesado todo el humo. Había manchones negruzcos encima de paneles de circuitería y en distribuidores de potencia. La sobrecarga había quemado muchos de ellos, y en algunas zonas el fuego se había propagado. Pero parecía estar bajo control.

—Lo primero que debe saber, ingeniera, es en qué momento del viaje nos encontramos: han pasado trece años desde que dejamos la Tierra. En teoría nos hallamos muy cerca de uno de los puntos de entrada a la red de túneles subespaciales, pero por algún motivo nos desviamos de nuestra ruta. Según Cartografía, nos hallamos a más de diez millones de kilómetros de nuestro vector de trayectoria. Nadie sabe por qué el sapiencial se desvió tanto de la ruta, ni por qué no dio la alarma antes.

»La primera emergencia que disparó una alarma fue el fallo en el motor principal, lo que hizo que la capitana diera la orden de apagarlo y enfriar la caldera de fusión. Sin embargo, en cuanto el primer eslabón de oficiales estuvo despierto, se dieron cuenta de que a quien tenían que movilizar era al cuerpo médico —explicó Zebya.

—¿Por qué? ¿Lo que me pasó a mí en la cuna, la hipoxia… le está pasando a otra gente?

—En parte, pero por fortuna no en demasiados casos. No, lo que ocurre es algo mucho más… inquietante. —No le resultó fácil seleccionar esa palabra. La doctora sonrió como si le costara por falta de práctica—. Cuando solicitamos un análisis de los pasajeros en hibernación, solo por rutina, descubrimos que algo iba, eh… muy mal. Las lecturas eran extrañas, como si todos los factores biológicos puntuaran mal en la escala. Incluso hay algunos durmientes que están empezando a experimentar lo que solo se puede calificar de mutaciones orgánicas, encerrados en sus vainas.

—¿Qué? —Soleyko parpadeó—. ¿A cuántos pasajeros afecta esa dolencia?

—A todos.

Detuvieron su paseo de golpe. La ingeniera miró a la doctora con ojos desorbitados.

—¿A… a todos?

—Sí, a los 213 980 seres humanos que viajamos en esta nave. En todos los casos explorados se detectó una anomalía genética inducida.

—¿Inducida por quién?

—No lo sabemos. Es como si cada cuna se hubiese convertido en una probeta en la que un organismo está sufriendo alguna clase de experimento científico con su propio cuerpo. Cada caso es diferente de los demás, por lo que ni siquiera podemos establecer un patrón.

Los pelos de la nuca se le erizaron.

—P… pero… ¿por qué no los sacan de ahí inmediatamente? ¡Si están sufriendo mutaciones en los tubos hay que despertarlos, a todos! ¿A qué demonios esperan?

Zebya hizo un gesto muy de doctor tranquilizando a un paciente histérico: alzó las dos manos a la vez y las fue bajando lentamente hasta posarlas en las de Soleyko, sugiriendo una bajada de revoluciones.

—No podemos. Esa fue la primera medida que intentamos, pero sea lo que sea lo que causa el problema, ha sumido a los pasajeros en un estado muy precario. Para la mayoría de ellos, detener el proceso significaría la muerte. Solo nos arriesgamos con algunos, a pesar de saber que los poníamos en serio peligro, porque sus conocimientos nos resultan esenciales. Como usted, por ejemplo.

Soleyko recapacitó, entumecida. Así que ella también había «mutado» dentro del tubo. Pero cuando se cambió de ropa no vio nada extraño…, ningún tentáculo saliéndole de la espalda, ni un tercer ojo en la frente… Esto explicaba muchas cosas, se dijo, como que casi se hundiera en ese lago metafórico cuando trataron de reanimarla.

—¿Qué me ha pasado?

—A usted, nada, o nada que sea lo suficientemente serio como para aparecer en los escáneres. Pero hay otras personas que hemos preferido dejarlas así, como están, hasta que la mutación se complete. Intervenir antes podría ser fatal.

Llegaron a una zona de intercambio, como las llamaban en la jerga de a bordo: una habitación del tamaño de una estación de trenes en la que confluían muchos ascensores, pasillos y vehículos de trasbordo. La nave era tan grande que tenía su propio tráfico de vehículos interno, con forma de cubos de cristal en los que no se apreciaba ningún motor, y que tenían espacio para veinte personas. Allí encontraron a otros seres humanos, y también a unos idor. Soleyko se alegró muchísimo al ver que uno era Rhen. Corrió a abrazarlo.

—¡Rhen! ¡Qué alegría! Pensé que estarías en animación suspendida.

—No, todos los de mi especie estamos despiertos —dijo el alienígena, tranquilizador—. No nos han afectado las mutaciones.

—Al menos, una buena noticia… —Miró hacia una de las ventanas enormes que dejaban ver el espacio. Era una inmensa planicie negra con puntitos demasiado distantes para resultar atractivos; nada más verlos echó de menos la frenética actividad de la órbita baja en planetas como la Tierra o Marte, con su miríada de puntos plateados que solían dibujar estelas, las unidades orbitales lejanas y los mosaicos cristalinos giratorios que hacían que la noche pareciese un pletórico día tecnológico. Incluso los planetas menos poblados del sistema solar (aquellos

cuya geología era de una simplicidad tan básica que parecía una mala simulación) mostraban una actividad orbital más animada que la que podía existir en el espacio profundo. Allá fuera solo había muerte y desolación. Ni siquiera se veía una estrella cercana que iluminase con su seductora luz polar, su palidez helada, las bandas invisibles de polvo estelar—. Dios mío…, ¿dónde nos hemos parado? ¿Qué le pasó al motor Voight?

—Lo están comprobando, pero a ti te hemos despertado por otra cosa.

—¿No me necesitáis en el motor? —se extrañó la ingeniera—. Entonces, ¿para qué…?

—Asómate a ese ventanal y escruta la noche más de cerca. Y lo verás.

Soleyko obedeció, reluctante. No le gustaban los misterios, y menos los que ocultaban algo siniestro. Pero obedeció a su amigo el idor y se aproximó a la ventana. Sus ojos escrutaron el vacío, en principio sin ver nada… hasta que se dio cuenta: había una región próxima a la Galaxian en la que no había estrellas, sino que parecía una extensión irregular de negrura. Al fijar la vista se percató de que no era un área irregular, como correspondería a una nube de polvo, sino que tenía contornos definidos:era, sin lugar a duda, un objeto de gran tamaño —puede que mayor que la Galaxian— que estaba ahí fuera, flotando en el vacío. Una nave, quizá, sin iluminación propia ni luz que le llegara de ningún sol cercano, por eso parecía un charco en la oscuridad.

—¿Qué es eso…? —murmuró—. ¿Otra nave? ¿Una estación aquí, en medio de la nada?

—Sugiere más bien lo primero, aunque no se parece a ninguna que haya en la flota terrestre, ni tampoco en la idor —dijo el alienígena, con una tensión subyacente que traicionaba su modo parco de decir las cosas—. Es por eso por lo que nos han despertado, Soleyko. Creen que se trata de una nave ker.

Los ker. Las pupilas de la ingeniera se dilataron al tiempo que las implicaciones de esa noticia se asentaban en su mente.

—Una nave ker… Si no me equivoco, es la primera vez que una de esas cosas está tan cerca de un vehículo humano como para poder verla a simple vista. ¿Han establecido contacto?

—En absoluto, silencio total —apuntó otro de los oficiales que estaban por allí, de la milicia. Al saludar a Soleyko se inclinó con el grado justo de deferencia para demostrar que no estaba acostumbrado a hacerlo. Parecía un tipo rudo, la exhibición genética de un padre demasiado estricto y una madre desconocida—. Soy el teniente Tyle, a su servicio. Usted y Rhen han sido asignados a mi unidad.

—¿A una unidad militar? ¿Por qué?

—¿No es obvio? —dijo el hombre con una sonrisa afilada—. A pesar de la crisis, esta es una oportunidad demasiado preciosa para desaprovecharla. Esa nave parece muerta, abandonada ahí por algún motivo. Vamos a visitarla.

3 PREPARATIVOS

Rhen entró en la sala donde estaban sus compañeros. Habían despertado hacía poco y aún no estaban al día de las noticias. Los idor eran muy poco protocolarios, no dulcificaban las situaciones cuando se presentaban difíciles. La única manera en que un idor podía dar una mala noticia era de modo directo y de sopetón, como quien dispara al pecho.

—Amigos, tengo dos malas noticias que daros. —Sus vísceras rotaban con suavidad, dando a entender que controlaba la situación—. En primer lugar, se ha decidido entrar en la nave ker. Se considera que avisar y esperar una respuesta de nuestros mundos llevaría demasiado tiempo y comporta el riesgo de perder la oportunidad de acceder a la nave. Así pues, tendremos que enviar un grupo al artefacto, y esperar que sean capaces de hallar una manera de entrar e investigar sin causar ningún destrozo ni molestia a los ker.

—¿Cómo se hace para no molestarlos? —preguntó uno de los que escuchaban.

—Es más, ¿cómo se entra en una nave ker? —añadió un segundo.

Se cruzaron murmullos entre ellos y algunos ganglios vibraron de forma desacompasada. Rhen mantuvo la calma y toleró las preguntas en cascada, claro signo de malestar, incluso de reprobación, que sus compañeros no podían evitar. Los idor eran pacíficos, gustaban de las cosas ordenadas, planear largamente y que todo siguiera el curso previsto sin sorpresas. Eran analíticos, metódicos; nunca se lanzaban a la aventura sin meditar los pros y los contras. Haberse topado con una nave de esa especie era de por sí perturbador. Una de las grandes razas, unos seres misteriosos que solo habían podido observar en la distancia mientras hacían cosas maravillosas que a ellos les estaban vetadas. Su conocimiento y tecnología eran superiores a todos los conocidos en la galaxia. Superiores en uno o dos órdenes de magnitud a la propia sabiduría idor.

En circunstancias normales, Rhen habría reaccionado ante algo así con una determinación serena y cauta. Observaría, informaría, y los mejores cerebros de su raza trazarían planes para actuar con la mayor seguridad. Pero ahora había humanos de por medio, lo cual impedía que nada siguiera su curso. La cautela y la serenidad no eran virtudes que los humanos mostrasen ante los imprevistos… ni en ninguna otra ocasión.

Los presentes siguieron unos instantes con sus acusatorias preguntas, hasta que uno recordó las otras palabras de Rhen.

—Dinos, Rhen, ¿cuál es la otra mala noticia?

—Bueno… —El alienígena hizo lo más parecido a un carraspeo de circunstancia que podía hacer alguien como él—. El grupo expedicionario estará compuesto a partes iguales por nosotros y por humanos. —Ya estaba, lo había soltado. El revuelo que se formó fue notable. Los presentes se pusieron a andar de un lado para otro, discutiendo sobre lo absurdo de ese planteamiento.

—¡Los humanos son depredadores sociales! —les recordaba Gean, un sociobiólogo que había estudiado la naturaleza humana—. Su historia demuestra que su reacción ante una amenaza desconocida es la destrucción. Su forma natural de defenderse es atacar conjuntamente a cualquier enemigo. Esto los incluye a sí mismos: su historia está plagada de guerras por las cuestiones más nimias. ¿Os imagináis que se les ocurra atacar a los ker?

—Es más —repuso Ander—, sus agrupaciones sociales son extremadamente jerárquicas. Un jefe de grupo puede anteponer fácilmente su punto de vista personal sobre la opinión consensuada del grupo, por muy meditada que sea.

—Peor aún —abundó Gean—: sus grupos a menudo tienen un macho alfa, como los roedores de prest o los carroñeros de las praderas de Glía.

—¿Quieres decir que tendremos que contar con la opinión de un macho alfa que no respeta el consenso grupal? —El que hablaba se dirigió a Rhen—. Dime al menos que está previsto que eso no ocurra, que los humanos respetarán nuestras decisiones.

Rhen los había dejado desahogarse, pero tenía que dar el mazazo final.

—Veréis, amigos, esta nave es humana, y el grueso de la expedición también. Cuando aceptamos acompañarlos, dimos nuestro consentimiento para que la expedición se dirigiera según los usos y normas de los humanos. Esta situación es especial e imprevista; por ello, y considerando lo importante que es que se resuelva de forma pacífica y científicamente afortunada, los humanos han decidido poner a los militares al frente.

—¡Mierda!

Gean soltó un largo siseo de rabia, como si fuera un globo que se estuviese desinflando.

—Los ker nos van a exterminar…

Rhen entró en la sala donde estaban los humanos. Sus movimientos enérgicos y nerviosos, su tono de voz, la forma tan recia de darse ánimos unos a otros… todo mostraba la tensión que había entre ellos. «Depredadores sociales», había dicho Gean a modo de resumen. Allí tenía a depredadores preparándose en grupo, trazando planes como quien prepara una cacería, escogiendo material como quien afila sus garras… No, tenía que dejar de pensar en esos términos. Eso era caer en prejuicios, el tópico del humano brutal, incapaz de ser solidario. Él los había estudiado lo suficiente como para afirmar que podían ser sociables, capaces de grandes cosas si trabajaban juntos. Podían ser tiernos con su pareja, colaborar con otros ejemplares por el bien del procomún, sacrificarse a sí mismos por salvar a sus crías…

Tenía que aceptar que eran capaces de grandes cosas y acostumbrarse a que lo miraran con sus inquietantes ojos frontales. Era una muestra de atención, no una amenaza. Y los militares…, bueno, nunca se había desatado una guerra entre los hombres y los ker. El ejército era una institución creada por humanos para matar a otros humanos, pero había evolucionado. A menudo se habían relacionado con diferentes especies, ejerciendo como exploradores y diplomáticos. Los militares que había conocido eran personas dinámicas, organizadas y resolutivas. Encajaban en el molde humano de afrontar un problema. Debía dejar atrás sus prejuicios y aceptar que aquellas personas dirigirían la expedición a su manera, primando la eficacia y el bien común.

—¡Rhen, qué bien que hayas vuelto! ¿Cómo se han tomado tus colegas la noticia?

—Están contentos de tener esta oportunidad de estudiar la tecnología ker, y entusiasmados de poder hacerlo junto a vosotros —respondió, decidido.

—¿Veis cómo se lo han tomado bien? ¿Quién dijo que los idor serían reticentes a trabajar con nosotros?

—No les quitaré ojo de encima, por si acaso —farfulló alguien al fondo.

La nave reposaba imperturbable en medio del vacío. Un vacío imposible de mensurar. Había escogido una zona muy limpia, tanto de luz como de partículas; no había planetas demasiado cerca ni estaba en un cúmulo globular, ni tampoco en una nebulosa.

Los sensores emplazados en el casco de la nave ker informaban puntualmente de todo lo que ocurría a su alrededor: el leve hálito de la heliosfera de la estrella más cercana, las radiaciones de peonza de un pulsar, las deformaciones topográficas de la gravedad… La nave estaba conectada a su entorno, pero al mismo tiempo yacía en paz en un espacio libre y tranquilo. Ahora su presa estaba muy cerca, detenida a pocos centenares de kilómetros; la nave se sabía observada con recelo por sus tripulantes. Si todo seguía según lo planeado, la codicia vencería a la prudencia dentro de esas mentes primitivas, y se acercarían a ella. ¿Se atreverían a abordarla? La nave esperaba que sí, y tenía preparada su recepción.

Mientras tanto, el teniente Tyle demostraba ser un hábil organizador con los preparativos de la partida. Si tenía algún reparo en colaborar con civiles no lo demostró. Si le estorbaban los idor, tampoco. Bien al contrario, acordó con Rhen un adecuado reparto de funciones: los idor gestionarían la nave en la fase de aproximación, y el piloto se ocuparía de las mediciones exteriores y la telemetría. «Así está dejando a la mayoría de los idor fuera de la expedición —se dio cuenta Soleyko—. Quiere que los humanos sean mayoría en el grupo de entrada.»

Curiosamente, a los idor, siempre partidarios de estudiar las cosas a distancia, esa distribución les pareció maravillosa.

—Será de vital importancia mantener las comunicaciones y el escaneo del interior —decía el teniente para sumar importancia al papel de los idor—. En caso de complicaciones, el grupo de penetración puede necesitar ayuda exterior, No tenemos ni idea de cómo es el interior de una nave ker: qué respiran, en qué entorno se mueven, si tienen gravedad artificial en un rango tolerable para nosotros, si están protegidos contra radiaciones, si habrá tecnologías peligrosas que reaccionen a nuestra presencia… Su ciencia está mucho más adelantada que la nuestra, y sus herramientas podrían ser para nosotros lo mismo una pistola amartillada para un hombre de las cavernas. Para hacerlo más interesante, su nave parece blindada frente a todos nuestros escáneres. Ved la imagen.

En la pantalla principal apareció la imagen del objeto flotando en el espacio, con falso color y luz ajustada, pues de lo contrario sería invisible.

—Pongamos la imagen tal como la ven nuestros escáneres, de forma conjunta.

La nave se transformó en una mancha oscura, con líneas y zonas borrosas en su interior. Una región del cielo completamente opaca.

—Sin duda, es la imagen menos clara que hayamos visto nunca de un objeto analizado —dijo el teniente, resignado—. A lo sumo distinguimos algunas zonas diferenciadas por lo que respecta a distintas radiaciones. Hay más calor aquí y aquí, pero la radiación es mucho más elevada en esta zona. Los campos magnéticos parecen estables y la distribución de masa señala cavidades repartidas por su interior, así como una acumulación de peso enorme en el centro.

—Si esa imagen es correcta, la acumulación central de masa es varios órdenes de magnitud superior a lo esperable —comentó un técnico que esperaba para tomar la palabra. El teniente se dispuso a escucharlo, evidenciando que estaba preparado para que fueran alternándose—. Teniendo en cuenta el espacio ocupado y la deformación gravitatoria que provoca, creemos que esa zona contiene un núcleo de materia neutrónica. Así que debemos ponerle a ese lugar un cartel de «No tocar». Cuando entremos es posible que vayamos encontrando lugares u objetos peligrosos que deberemos estudiar con prudencia, y evitar activarlos de ninguna manera.

»Imaginen que un grupo de seres muy avanzados ha estado de pícnic en un territorio, y cuando se van, los salvajes de la zona empiezan a husmear los objetos que han dejado. Encuentran una bombona de gas e, intrigados por su aspecto metálico, la acercan a la hoguera que acaban de encender para examinarla. —Hubo risas en el grupo—. No queremos que nos ocurra lo mismo.

—Por otra parte —volvió a hablar el teniente—, los ker no han respondido a nuestros intentos de establecer contacto. No hemos recibido ninguna comunicación por su parte, mucho menos una invitación. En la práctica, lo que nos disponemos a hacer es un allanamiento de morada. Tendremos que forzar la entrada y revolver la casa de alguien que quizá no nos espera, ni sabe que estamos aquí. Debemos ser cuidadosos. No sabemos qué cosas podrían molestarles, pero sí sabemos de unas cuantas que nos molestarían a nosotros, así que las normas básicas serán las siguientes: no romper, no robar y, sobre todo, no matar. Si algo con muchos dientes se arroja encima de uno de nosotros, bajo ningún concepto podemos dañarlo; como mucho tratar de esquivarlo o huir, pero nunca, en ninguna circunstancia, actuar con agresividad. Ni tan siquiera en defensa propia. Recuerden: no está permitido agredir o defenderse de modo agresivo. No podemos iniciar un conflicto entre civilizaciones solo porque uno de nosotros se haya asustado. Formar parte del grupo de abordaje comporta estar dispuesto a sacrificarse por el bien común.

Esgrima de miradas cruzadas de preocupación.

—Naturalmente, como suele decirse en estos casos, nadie está obligado a participar. —El teniente parecía ufano—. Este sería el momento adecuado para marcharse si alguien no está de acuerdo con las condiciones. Les aseguro que no se lo reprocharemos. —Se detuvo un momento para contemplar al grupo. Todos parecían más que dispuestos a participar, sin reparo.

«Bien —pensó—; al menos no son todos una caterva de cobardes.»

A cierta distancia, la nave espiaba esa reunión, oyendo cada palabra, viendo cada gesto, interpretando cada pausa. Tomando nota de todo lo que se decía. Había aprendido de los durmientes lo suficiente sobre el lenguaje y los esquemas de pensamiento humanos como para poseer un buen algoritmo de traducción. Le pareció interesante que esos seres primitivos aceptaran de buen grado la idea del sacrificio por el bien de la mayoría.

¿Eran palabras vanas, o realmente serían capaces llegado el momento?

Sería interesante ponerlos a prueba.

4 ENTRANDO

La lanzadera se desprendió del corpachón de la Galaxian y recorrió por sí sola unos centenares de kilómetros. Se movía a través de la vasta noche, allá donde ni siquiera las estrellas podían ejercer de faros y los vientos tibios nunca soplaban. Se quedó a un kilómetro de distancia del objeto y empezó a analizarlo desde allí, una distancia de seguridad más allá de la cual no iría. Rhen y los otros idor se quedarían a bordo de la lanzadera, como había ordenado el teniente, mientras este guiaba a un primer grupo de expedicionarios entre los que se encontraba Soleyko. Rhen no temía por su amiga: la conocía y sabía de sobra lo apañada que era para enfrentarse a cualquier peligro. Pero también lo asaltaba una sensación de desasosiego no focalizada, hacia la propia misión, que lo tenía preocupado. No podía explicar por qué, pero la sensación que lo embargaba era de mal augurio.

Mientras se ponían los trajes EVA, Soleyko y los demás alucinaban mirando el contorno de la nave a través de la ventanilla: no había maneras coherentes de explicar la lógica del artefacto ker, si es que poseía alguna. A primera vista era una masa sin direccionalidad, sin una proa o popa discernibles, que parecía una aglomeración de miles de objetos poligonales unidos por pasillos, o huesos, o como quisieran llamarlo. El tejido conjuntivo estaba hecho de alguna clase de metal, un bosque de ramas que crecía manteniendo cerca unos de otros lo que parecían enormes isodecágonos.

Por consenso, decidieron llamar «frutos» a los isodecágonos y «ramas» a las varillas que los sujetaban. Uno de los frutos sería su puerta de entrada, pues la superficie no era lisa, sino que parecía perforada con punciones cristalinas que podrían ser ventanas. Y donde había ventanas… era lógico pensar que pudiera hallarse también una puerta.

—El objeto tiene gravedad —confirmó Rhen por el intercomunicador, a medida que los catorce hombres y mujeres elegidos salían al espacio—. Pero no rotación. Eso significa que la gravedad procede de su núcleo neutrónico. Deformación local del espacio-tiempo.

—Genial —murmuró Soleyko—. Al menos, no tendremos que flotar.

—La temperatura del casco, menos veinte grados centígrados, nos permite deducir que el interior podría contener calor apto para la vida, pues la nave está mucho menos fría de lo esperable si no radiara energía propia. Si no generase calor por sí misma, la temperatura de su casco sería de por lo menos setenta bajo cero.

—¿Algún indicio de que haya atmósfera ahí dentro?

—Cuando os acerquéis más y obtengáis una imagen más nítida de una de las ventanas, veremos si hay condensación —dijo el idor—. Pero ojo: en caso de que haya gases dentro de la nave, eso no quiere decir ni mucho menos que podáis respirarlos, por lo que lo primero que haréis será un análisis en busca de elementos nocivos y organismos bacterianos.

—Deja de llamarla «nave». —La voz del teniente, que iba en cabeza del carrusel de astronautas, entró en la conversación con un chasquido—. Alguien tiene que bautizarla de alguna manera que no suene a pomposidad científica impronunciable. Y como nadie se ha pronunciado, lo haré yo, que para eso voy a ser el primero en entrar: a partir de ahora, ese trasto será la Tarpaulin.

—¿Por qué ese nombre, teniente? —se interesó Soleyko.

—Era el de la primera goleta en la que serví, allá en la Tierra. Un buen barco.

La joven dejó que el nombre se le deslizara por la lengua, paladeándolo. Tyle no era más que un teniente, alguien de rango bajo en el escalafón de la Galaxian, por lo que en este contexto podía decir lo que quisiera y hacerse el interesante, pero habría que ver qué continuidad le daban a aquello los que realmente mandaban: los hombres y mujeres que tamborileaban con uñas manicuradas en mesas brillantes, en los despachos de mando, cruzando pierna sobre pierna con cuidado de no estropearse la raya de los pantalones. Las personas que ahora mismo estaban atentas a sus evoluciones, en el puente de mando.

—Comprendido y archivado —dijo Rhen desde la lanzadera—. Grupo expedicionario, entráis en contacto con el objetivo en menos siete, seis, cinco… Id frenando.

Tyle accionó los retrocohetes de su mochila y se convirtió en el ancla parada en el espacio a la que los demás se agarraron. Él tenía razón, iba a ser el primero en entrar, si encontraban una abertura…, pero sería el último en tocarla, pues ese honor estaba reservado al último de la fila. Al frenar y tirar de los demás, Tyle pasó de estar en cabeza a ser el último en el trenecito de hombres. La que se quedó delante fue Soleyko.

Con una sonrisa, la del explorador que ha conseguido llegar por primera vez a un lugar ignoto, la ingeniera alargó una mano y tocó el casco de la nav… de la Tarpaulin. No podía distinguir ninguna sensación táctil, pues el guante era grueso, pero constató que sí, que estaba allí. Que era un objeto sólido y no una mera ilusión. Aquella masa, una oscuridad latente distinta a la del espacio, era sólida.

Los expedicionarios se convirtieron en un montón de luces diseminadas a su alrededor. El material del casco era magnético, por lo que sus suelas se pegaron a él y les permitieron caminar horizontalmente hacia el fuselaje.

—Todos en fila detrás de mí —ordenó el teniente—. Objetivo prioritario, encontrar una ventana y comprobar si hay condensación de gas en su interior.

Caminaron unos treinta metros en fila india hasta que divisaron un leve resplandor: había una tenue luminiscencia proyectándose desde un grupo de ventanas. Parecían gotas de luz solar moribunda. Soleyko miró hacia «arriba», a lo que ahora mismo era su cielo, y buscó el alfiler de luz que era el sol terrestre. Más pequeño y frío que visto desde Urano, en ese momento tenía el aspecto que tuvo antes de que los humanos inventasen el lenguaje escrito. Antes de las ciudades de Mesopotamia. Antes de Gilgamesh. Antes de la formación misma del planeta.

Pulsó un botón del dataguante de su brazo e invocó a Beethoven. La *Patética* encajaría bien en aquella situación.

A medida que se acercaban a las ventanas, Soleyko sintió ese familiar cosquilleo, el del nerviosismo por lo inexplorado, por lo que podría ser cualquier cosa y ninguna a la vez. Su mente estaba llena de posibilidades e imposibilidades, y unas adquirían la misma fuerza que las

otras. ¿Qué maravillas —u horrores— les estarían esperando allí dentro? Se preguntó si no habría cierta validez en los miedos con respecto a una singularidad científica, a ese momento en el que confluyen tantas promesas de descubrimiento que es imposible gestionarlas.

Cuando era niña, leyó no recordaba dónde que los primeros seres no terráqueos que había descubierto la humanidad la invitaron a hacer el saludo universal para el resto de las especies sapientes de la galaxia: «Haced parpadear vuestras luces». Pretendían que los humanos hicieran pestañear el Sol. Esa imagen era una especie de «Hola, buenos días, hemos despertado», una carta de presentación para cada raza que alcanzaba la madurez. Según les contaron los idor, había literalmente miles de esos mensajes recorriendo de arriba abajo los brazos espirales, algunos con millones de años de antigüedad; algunos todavía viajando a pesar de que los mundos que los lanzaron hacía tiempo que se habían convertido en eriales sin vida. El problema era que los humanos no sabían hacer parpadear su sol.

«Hay que ser corteses», le dijo una vez Rhen, hablando sobre el tema: «Envía un saludo en la frecuencia básica universal, la de la primera línea hidroxila. La 1662, la longitud de onda a la que sabes que toda la galaxia está escuchando, por si alguien tiene buenas nuevas». Bueno, quizá los ker tuvieran ese poder. Quizá supieran cómo hacer parpadear estrellas. Soleyko decidió que sería la primera pregunta que le haría a uno, nada más verlo.

Alcanzaron una ventana y miraron al interior. Daba a una estancia tubular, sin ángulos rectos, solo una pared en el extremo contrario que tenía una puerta, también redonda. Tyle usó los retrocohetes de su mochila, graduados a la mínima intensidad, para calentar un poco el cristal. Eso provocó un cambio de temperatura en el interior de la estancia y, en efecto, hubo condensación. El cristal se empañó por dentro.

—Hay gas. Lo que no implica que sea oxígeno. —Miró al resto de los humanos—. Apártense a un lado, voy a romper la ventana. Tomaré una muestra de los gases salientes.

Todos se apartaron, y el teniente apuntó al cristal con un láser manual que llevaba asido al antebrazo. Cuando disparó, una sola pulsación de un cuarto de segundo, no oyeron nada: en medio de un silencio sepulcral, la ventana se hizo añicos y todos los fragmentos fueron expulsados al espacio por el gas saliente. Tyle interpuso uno de los bastones de toma de muestras que todos llevaban encima y recogió una muestra del gas. Soleyko le ayudó con el suyo. Cuando el volumen de gas de la habitación se vació, Tyle se deslizó por el hueco. Los demás lo siguieron. Soleyko cayó dentro de la sala golpeando el suelo con todo su peso —¡gravedad!—, sus pechos pequeños pero firmes rebotando con una elasticidad parecida a la de las pelotas de tenis.

Tyle había dicho una palabra nada más poner el pie en la sala, y fue un prosaico «¡Joder!», cuando pisó mal y estuvo a punto de torcerse el tobillo. Inmediatamente preguntó por el micro:

—¿Eso ha quedado registrado?

Rhen le contestó con una chispa de hilaridad.

—Me temo que sí, señor.

—Menudas primeras palabras para la primera persona que entra en una nave ker… Tenía pensado un discurso y todo. ¿No se puede borrar eso?

—La Historia le juzgará, oficial. Usted siga adelante.

El diseño de aquella sala intrigó a Soleyko. En la nave había gravedad artificial, lo notaron nada más poner un pie dentro. Había un arriba y un abajo. Eso invitaba a los que entendían de física a ponerse a disertar sobre la distorsión espacial y los parámetros locales, y a elucubrar sobre rayos tensores, pero debía contenerse. La siguiente pregunta lógica: si había direcciones, ¿por qué fabricar una sala de perfil redondo, sin suelo? ¿Acaso era un almacén para elementos en cero g? No tenía sentido.

—He analizado el gas que habéis recogido —dijo Rhen desde la lanzadera—, y no os lo vais a creer.

—Es respirable —adivinó la joven.

—Sí, es una atmósfera manufacturada y hecha a la medida de los seres humanos. Creo que la nave ker la está fabricando en estos momentos para sus invitados.

Tyle y Soleyko se miraron.

—Primera conclusión —dijo el teniente—: saben que estamos aquí.

—No es de extrañar, teniendo en cuenta que probablemente fueron ellos los que indujeron el fallo en los motores de la Galaxian y las mutaciones en los cubículos de sueño —convino la ingeniera—. Aunque esto último todavía es una hipótesis. —De algún lugar de su subconsciente surgió la frase: «Saben que estamos aquí y nos están tratando como invitados, cambiando el aire de esta sala para nuestra conveniencia. ¿Pero qué pasa con las demás habitaciones? ¿Acaso los ker también respiran oxígeno? Lo dudo mucho…».

—Veo marcas —dijo Kerenzov, el lingüista. Era una de las personas que habían sido rescatadas de las cunas antes de que la mutación inducida alcanzara en sus genes el tres por ciento. Parecía estar bien, y los médicos lo habían declarado apto para la misión pese a que apenas cabía en el traje: era un hombre obeso, de más de ciento diez kilos, y una de las desventajas que tenía la astronáutica era que no se fabricaban trajes EVA para gordos. El pobre estaba embutido como un salchichón—. Sí, parece algún tipo de escritura —dijo al examinar las marcas de la pared—. Yo diría… brupppp… Perdón. —Se sonrojó tras el eructo—. Me ha salido sin querer. No sé qué le pasa a mi estómago, lo tengo revuelto. Puede que sea el *kislie schi*[1] que me dieron nada más despertarme.

—No vomite con el casco puesto o se le acumulará en las botas, y obligará al cierre hermético del cuello a cerrarse —le advirtió el teniente. Intuía que aquel neorruso querría cambiarse el nombre por otro de una etnia distinta: Tsin Shu, que significaba «Abedul silencioso», o algo por el estilo—. Bien, ¿podemos abrir esa puerta?

—Con la ventana rota a nuestra espalda, no. Despresurizaríamos el resto de la nave —advirtió Soleyko. Pero entonces se fijó en una cosa: una película delgada, como de plástico, acababa de *crecer* sellando la ventana. No había otra forma de definirlo—. Uhm… corrijo: creo que eso ya no es un problema.

La sala empezó a llenarse paulatinamente de gases, hasta que sus barómetros indicaron que la presión del aire se había igualado a la de la Galaxian. «Qué atentos, nuestros anfitriones», pensó la joven.

—Ahora mismo estáis sumergidos en una burbuja de aire respirable —anunció Rhen—. Sois unos suertudos. Vuestros anfitriones os quieren tratar bien.

—Qué me vas a contar… —gruño el teniente—. Bien, Kerenzov, ¿puede abrir la puerta o no?

El lingüista miró las inscripciones. Por lo que él sabía de la escritura ker, aquello podía ser desde una advertencia de «No tirar basura aquí» hasta un compendio de las sentencias del Abhura Maztrha, el libro sagrado de los terrestres que veneraban a las razas extraterrestres como si fueran dioses.

—Aquí hay una muesca que parece poder hundirse si la presiono. ¿Un botón?

Los dos hombres asintieron con la cabeza, y el ruso presionó la muesca. La puerta se abrió en iris. Aunque todos lo esperaban, se llevaron un susto.

Lo que vieron al otro lado fue un pasillo, no tubular pero tampoco cuadrado: tenía perfil hexagonal. Al menos podrían andar pisando en la parte plana inferior, lo que era una ventaja. Conducía a otra serie de puertas, estas sí, redondas.

—¿Qué dice el análisis bacteriológico y nanológico? —preguntó secamente el teniente—. ¿Hay rastros de bacterias nocivas en el ambiente, o de nanomáquinas?

—Ni una cosa ni la otra —dijo Rhen por la radio—. Lo único que diferencia este aire del típico de las zonas habitadas por seres vivos terrestres es la ausencia de metano.

Todos miraron a Kerenzov, que se sonrojó.

—A mí no me digáis nada. Mi dolor de estómago aún no se ha manifestado por ahí abajo.

—Creo que podemos quitarnos los cascos —sugirió Tyle—. Así ahorraremos oxígeno de nuestros tanques.

Se quitó su casco con un gesto exagerado, pensado para exhibirse. Para ser registrado por la Historia. Respiró hondo… y diez segundos después seguía allí, sin pinta de estar asfixiándose.

—Rhen tiene razón, este aire es demasiado puro —dijo Soleyko, arrugando su naricilla respingona—. Sabe a metal.

—¿Fue así en algún momento de los principios de la Tierra?

—No, la atmósfera terrestre siempre ha estado llena de metano, al menos desde hace varios millones de años. Es el principal indicador de que hay un ecosistema en un planeta. Eras atrás, el porcentaje de oxígeno era más alto que el que nosotros respiramos ahora. Si un viajero del tiempo retrocediera hasta la era de los dinosaurios y saliera de su cápsula sin un respirador, probablemente se asfixiaría. Se le quemarían los pulmones.

—O sea, que todas esas películas de viajeros del tiempo que visitan el Jurásico y salen fuera de la cápsula en camiseta son un camelo.

—Exacto.

—Menos cháchara y a seguir —gruñó el teniente—. Todos detrás de mí. No os separéis más de un metro unos de otros. Cualquier cosa que veáis rara, o que os llame la atención, decidla. Aunque os parezca una tontería.

Tyle se descolgó de la espalda un tubo de metal que parecía una caña de bambú, pero hecha de fibras de titanio, y lo agarró con ambas manos. Giró un anillo que tenía en la parte central y las microfibras del tubo cambiaron en uno de sus extremos, formando una punta afilada. Tyle manipuló aquella cosa con cierto encorsetamiento, y también con un punto de miedo.

—¿Eso es un arma? —se sorprendió Soleyko—. ¿Ha traído un arma a bordo? ¿Y todo aquel discurso de que más valía sacrificar nuestras vidas que causar el menor daño posible a los habitantes de esta nave?

—*No* es un arma —puntualizó el militar—. Es un analizador espectrométrico. —Lo pasó por las paredes como demostración. El aparato le envió unas lecturas directamente a su casco—. Yo no tengo la culpa de que parezca una lanza. Quienes diseñáis estos trastos sois vosotros, los cerebritos.

—Ya, seguro que no… —murmuró Soleyko, pero no añadió más. Qué casualidad que de todos los diseños que podía tener un aparato de análisis, aquel hombre hubiese escogido uno que «incidentalmente» parecía un punzón afilado. El paso del tiempo no templa necesariamente la herencia de hostilidades naturales que nos traemos de la jungla, pensó.

Con el teniente Tyle y su no-arma liderando la comitiva, el primer grupo de humanos que pisaba una nave ker en toda su historia se adentró en el corredor.

5 PRIMEROS PROBLEMAS

Una especie de instinto primitivo empujaba a los humanos a penetrar más y más deprisa en aquel laberinto, sin asomo de prudencia. Era como si tuvieran que conquistar terreno a toda prisa. Rhen se temía algo así: «Impulsivos y temerarios», se dijo a sí mismo. «No se detendrán a ponderar los pros y los contras, ni a analizar meticulosamente antes de dar cada paso. Si de ellos dependiera, recorrerían toda la nave de un tirón.»

Por suerte, la posición importante de aquella expedición había quedado en manos de los idor. Estaban en el centro de control de la lanzadera, recibiendo los datos y analizándolos. Este puesto de responsabilidad permitía a Rhen dar instrucciones a los humanos, y estos, guiándose por sus costumbres, tenderían a hacer lo que se les ordenaba, siempre y cuando estas órdenes vinieran del control de misión. Era interesante comprobar cómo su sentido de la jerarquía entregaba ahora las riendas de la situación a los idor.

Rhen creyó oportuno experimentar un poco. ¿Aceptarían los humanos cualquier instrucción que se les diera, aunque frenara temporalmente su avance?

—Soleyko, soy Rhen. Necesito que hagas una cosa.

—Adelante, soy toda oídos.

—Los análisis parecen indicar corrientes de fluidos en algunos sitios detrás de las paredes. Seguramente son conductos de agua o de aire. Deberíamos comprobarlo. Necesitamos saber todo lo posible sobre el funcionamiento de la nave.

—¿Y eso cómo se hace?

—Pinchando. Como si le fueras a hacer un análisis de sangre a alguien. Hay que localizar por dónde pasa una vena, perforar y extraer una muestra. Veo que en su equipo hay un pequeño radar de efecto Doppler. Si lo acercas a la pared en el punto más cercano a una tubería, leerá información del flujo que pasa por su interior.

Rhen fue dando instrucciones hasta que localizaron el lugar adecuado. Soleyko aplicó la sonda a la pared y la pantalla del aparato mostró un gráfico de turbulencias.

—Parece que se trata de un conducto de líquidos —confirmó el científico—. Seguramente será el sistema de agua. Hay que perforar para tomar una muestra.

Un hombre se dispuso a perforar con el láser a mínima potencia para no agujerear demasiado, pues ignoraban la resistencia y el tamaño del conducto. No querían agujerear más de la cuenta. El humano empezó con precaución, informando de los detalles.

—Parece poco resistente, más como plástico que metal, por decirlo así. El rayo ya está atravesando la pared… —Pareció darse cuenta de algo—: Antes ha dicho que podía ser agua. ¿Sabe cuánta presión habrá…?

No pudo acabar la frase. Un chorro de agua lo empujó hacia atrás con enorme fuerza, rebotó en la pared y se esparció en todas direcciones. Se oyeron algunas maldiciones y hubo un considerable revuelo. Los hombres se apresuraron a recoger al caído y el teniente a taponar el

agujero. Rhen cortó la comunicación un segundo.

—¿Veis cómo actúan antes de pensar? No se ha percatado del peligro hasta el último momento.

—Deberías haberle advertido que la presión estimada era de más de cien atmósferas… —dijo Gean.

—A veces es necesario no dar todos los detalles si queremos que la acción se produzca de la forma más rápida y eficaz. —Se lo pensó un momento—. Además, les gusta correr riesgos; ya verás cómo luego lo contarán como algo de lo que enorgullecerse. Dejemos que se repongan antes de seguir haciendo pruebas. —Volvió a conectar el audio—. Soleyko, informa de la situación, por favor.

—¡Estamos empapados, maldita sea! La próxima vez que hagamos algo así será con el casco calado y con todas las medidas de seguridad. ¡Se me ha metido agua dentro del traje! ¿Cómo la dreno ahora?

—Tranquila —intervino el teniente—, su traje expulsará el líquido sobrante. En unos minutos estará seca de nuevo.

—Ah, bueno… Por cierto, ha reparado la fuga muy deprisa, veo que llevaba el material apropiado.

—Claro, pertenezco a la Armada. ¿Qué cree que ocurre dentro de las naves durante una batalla? Taponar tuberías, mamparas y trajes de vacío perforados es de primero de Astronáutica. Ya le daré parches para sellar el traje, no sea que los vaya a necesitar. —Roció una pasta sobre la grieta una vez se cortó el chorro a presión. La propia tubería lo había desviado por un conducto alternativo—. Esta cosa es más dura que el material que repara. Aguantará.

—Como veo que el grupo ha vuelto a la normalidad, les sugiero que hagamos otra cosa —sugirió el idor—. Los escáneres detectan otro conducto que por el sonido parece ser de gas.

—¿Qué, aún no ha tenido bastante? —rezongó el ruso, componiendo un gesto irónico que no prometía nada bueno.

—La muestra que tenemos es de agua, no estaría mal saber qué tipos de gases circulan por la nave. Eso sí, deben extremar las precauciones y ponerse las escafandras. Ese gas podría ser corrosivo.

El teniente se mostró reticente, pero Soleyko fue conciliadora y se ofreció a ejecutar la perforación. Esta vez usaron un taladro mecánico. La ingeniera se aseguró de tener el traje bien sellado. El resto del grupo se puso a su alrededor. Un hombre con un soldador y material para tapar fugas, el teniente con los parches de sellar trajes en la mano… y todos a una prudente distancia de ella.

«Al menos esta vez parece que estamos más preparados», pensó Soleyko tratando de animarse mientras apretaba la broca contra la pared.

—La punta de diamante no encuentra mucha resistencia. Parece como si atravesara algo gomoso. Un momento, ahora el material parece más duro, como si hubiese encontrado metal… ¡Eh, saltan chispas!

No pudo decir nada más antes de la explosión. La imagen se llenó de humo y los idor dejaron de ver lo que ocurría.

—Grupo expedicionario, informe de la situación… —Por el canal de audio solo se oían improperios—. Grupo expedicionario, recuento de bajas y estado del equipo —insistía Rhen.

—Aquí el teniente Tyle. —La voz sonaba enfurecida—. Cero bajas, equipo intacto. Los trajes nos han protegido y la perforación está siendo sellada. Esta es la última vez que agujereamos algo de esta manera. A partir de ahora debemos extremar la prudencia o acabaremos taladrando un reactor nuclear.

—Les cuesta, pero se acabarán civilizando —comentó Gean, complacido, a micrófono cerrado.

—La próxima vez que queramos ponerlos en un aprieto tal vez nos cueste más convencerlos. Pero ya has visto que son ideales para hacerles correr riesgos —dijo Rhen, satisfecho. Sus compañeros asintieron con una alegría casi infantil.

La nave tuvo que sellar los conductos dañados, restablecer la presión de ambos sistemas y verificar los datos de la red de distribución de productos. También evacuó el agua y el gas tóxico del habitáculo. Era interesante la cantidad de daño que podían causar unos seres tan primitivos en tan poco tiempo, así como la perseverancia que mostraban. Eran capaces de ponerse en riesgo a sí mismos con sorprendente facilidad. También resultaba interesante ver que dos especies inteligentes de naturaleza tan distinta fueran capaces de cooperar, aunque no estaba segura de qué tipo de cooperación se trataba. Parecía que había una especie reflexiva, que tomaba las decisiones, y otra ejecutiva que las llevaba a cabo. Pero no estaba segura de que esa fuera la situación normal entre ambas.

El grupo expedicionario se había parado unos metros más adelante para recomponerse y recibir material auxiliar, que llegó a través de la ventana.

—… extintores, selladora y botiquín. Parece que está todo lo que hemos pedido —concluyó el teniente tras pasar lista—. Ahora repartiremos el material. Sobre todo, estemos atentos a los detalles. No quiero más tragedias.

—Habrá observado que en ambos casos la Tarpaulin ha reparado los daños —apuntó Soleyko.

—No solo eso. Ha hecho desaparecer cualquier resto de agua y de gas. Parece que este objeto tiene un sistema de mantenimiento muy eficiente. Todas sus estructuras son autorreparables, como la ventana, que se sella de nuevo en cada ocasión.

—Me pregunto si alguien nos estará observando y tomando nota de nuestros progresos —comentó un soldado—. Sus instrucciones eran no romper nada, pero vaya historial nos estamos ganando.

—Sí, menudo primer contacto nos está saliendo —convino el teniente—. Si alguien nos observa debemos darle buena impresión, que no parezcamos una amenaza. Al final del pasillo hay una compuerta. Veamos si se abre con tanta facilidad como la otra.

Parecía una sola pieza de metal, pero al activar el pulsador se dividió en una docena de hojas en diafragma, dejando una abertura. Al otro lado estaba oscuro. El soldado Haden se asomó con una linterna y escudriñó en todas direcciones.

—Esto no parece una sala habilitada para seres humanos, o de cualquier tipo. Es como una gran esfera repleta de púas de metal.

—Metamos una cámara.

Arrojaron dentro una antorcha de luz química, que para su sorpresa se quedó flotando en ingravidez. Aprovechando la situación, lanzaron una cámara con objetivo de ojo de pez atada a un cabo. En el centro de control, los idor procesaron las imágenes a medida que las recibían.

—Tiene treinta y cinco metros de diámetro. Las paredes parecen ser de metal plateado, así como las agujas, de unos tres metros de longitud cada una.

—¿Pueden ver alguna compuerta o pasadizo? —preguntó la ingeniera.

—No son visibles, pero la abertura por la que se asoman está en una zona donde no hay agujas —respondió Control—. Existe otra zona despejada similar en el extremo opuesto. Ese podría ser el lugar donde buscar una compuerta.

—Entonces me ofrezco voluntario para ir hasta allí —dijo enseguida Haden—. Tengo experiencia en trabajos en gravedad cero.

—Pues adelante —ordenó el teniente—. Pero tenga cuidado y no perfore nada, no queremos más sorpresas.

Con un escueto «OK», Haden se impulsó con fuerza hacia dentro. Su cuerpo flotó lentamente en dirección al extremo opuesto de la estancia. Inmóvil y flotando, la escena parecía transcurrir a cámara lenta. Soleyko se dio cuenta de lo grande que era ese lugar, al ver cómo el cuerpo de Haden se iba haciendo más pequeño con la distancia. Finalmente, el soldado llegó al final del recorrido, su cuerpo golpeó suavemente la pared y de algún modo dio una voltereta para acabar con los pies hacia el muro. Se aseguró con una mano agarrada a una de las agujas.

—Estoy sobre el objetivo —comunicó—. Por cierto, la aguja parece vibrar ligeramente. Toco otras cercanas para confirmarlo. —Unos segundos de silencio mientras se movía por el recinto, empujándose con las manos—. Lo confirmo, las agujas emiten una vibración. Ahora acerco la cámara al suelo. Parece que aquí, al lado de la zona despejada, hay un panel de mandos.

—Recibimos la imagen —confirmaron desde Control.

—Bien, Haden, asegure la posición y tienda la pasarela —ordenó Tyle.

El soldado sacó unas ventosas de su bolsa: una para sujetarse él a un cable fino, otra mayor para un cable más largo. Con un lanzador de aire comprimido apuntó a la abertura de la que había salido y lanzó un dardo que portaba el otro extremo del cable, que el teniente se apresuró a recoger y asegurar.

—Habría sido más fácil si hubiese dejado aquí un extremo del cable —comentó Soleyko.

—Entonces tendríamos a un hombre atado, algo no aconsejable en una operación como esta. El infiltrado debe permanecer lo más libre posible, y jamás hallarse en riesgo de arrastrar a otros si algo sale mal.

—Emplea métodos y jerga militar —observo Soleyko—. No sé si eso es bueno o malo…

—Siempre parece malo hasta que las cosas se tuercen, y descubrimos que es mejor perder a uno que a todos.

El teniente había entrado en la cámara para pegar otra ventosa y tener el cable asegurado en ambos extremos. Lo dejó ligeramente tenso y regresó al pasadizo.

—Ahora podremos pasar uno tras otro sin tener que volar en ingravidez.

—Señor, algo está ocurriendo —avisó Haden—. La vibración de las agujas parece que también está presente en el suelo. Y es más intensa.

—Lo hemos detectado —dijeron desde Control—. Que nadie más entre.

—Voy a tirar un par de antorchas más. Quiero luz, esa cámara es muy grande.

Otras dos fuentes de luz entraron en la habitación volando en distintas direcciones.

—Control, ¿qué longitud han dicho que tenían las agujas? —preguntó Soleyko.

—Tres metros.

—Pues están creciendo… —La mujer estaba asomada al interior de la cámara cuando notó una vibración que la hizo retroceder por instinto. Un gesto afortunado, porque la compuerta se cerró violentamente.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Tyle—. ¡Haden, informe de situación! —Unos segundos de silencio—. ¡Haden, reporte!

—⁜T⁜eni⁜ent⁜e⁜⁜Ty⁜le⁜ —La voz de Rhen sonó como llena de escarcha por el comunicador—. La tele⁜metría inf⁜orma qu⁜ l⁜s constan⁜tes vit⁜ales del soldado Haden se ha⁜n d⁜tenido. El autochequeo d⁜ su tr⁜je consigna d⁜ños estruc⁜turales masiv⁜os.

—¡Abran esa maldita compuerta!

—Co⁜n el de⁜bido respeto, t⁜niente —la voz de Rhen sonaba extrañamente cautelosa—, debería⁜n esperar a q⁜ue las lecturas de r⁜adiación gam⁜ma vuelvan a s⁜er norm⁜ales ante⁜s de abrir.

—¡Joder, joder, joder…! ¡Si acabamos de entrar!

Tyle miró furioso al hombre que había dicho eso, pero no dijo nada. Al fin y al cabo, todos pensaban lo mismo. Era una suerte que la comunicación con el traje de Haden siguiera funcionando, porque tenían datos de este, como temperatura y presión atmosférica. La cámara, en cambio, había dejado de transmitir.

—¿Para qué es esa bolsa? —preguntó Soleyko al ver que sacaban una de la mochila.

—Para trasladar el cuerpo.

—¿Llevan bolsas para transportar cadáveres? —Sus ojos se abrieron como dos huevos.

—Hay un protocolo para estos casos. No se puede dejar material genético abandonado en territorio enemigo. Nada que sea posible estudiar para averiguar cosas sobre nosotros.

—¿Quién ha escrito un protocolo sobre entrar en naves de otras civilizaciones? ¿Es que ha habido algún otro caso?

—El protocolo es para infiltración secreta en territorio enemigo —dijo Tyle—. Mientras no sepamos más de los ker, era lo que más se parecía.

—Pero, pero… ¡esto es inaudito! —exclamó la ingeniera—. Vamos en misión de buena voluntad, no podemos actuar según un protocolo pensado para escenarios de guerra. Si ese protocolo dice que hay que destruir este lugar, ¿también lo harán?

—No. Solo da instrucciones de seguridad. Nadie ha dicho que los ker sean enemigos, y por supuesto no tenemos intenciones hostiles. Fíjese que no llevamos ni un arma, ni siquiera mi analizador espectrométrico, aunque a usted se le siga antojando una lanza. Tranquilícese, ahora hemos de pensar en cómo recuperar a mi hombre.

Entraron de nuevo en la cámara, donde hallaron el cuerpo sin vida de Haden flotando libremente. Un par de soldados entraron usando los impulsores con mucho cuidado, lo recuperaron y salieron. Dejaron una cámara y varios sensores a petición de los idor, que querían estudiar el entorno. También se trajeron un fragmento del cable que Tyle había instalado, pues estaba roto en infinidad de trozos chamuscados.

Los idor, con su diligencia habitual, formularon una hipótesis: el cable había provocado una especie de cortocircuito. La cámara era un dispositivo que mantenía estables unos niveles de energía de diversos tipos. El cable tendido de extremo a extremo provocó una alteración y la cámara reaccionó expulsando la energía sobrante. Habían interferido un mecanismo que no entendían, como si un niño pequeño jugara a meter un alambre en un enchufe. Además, el incidente había puesto nerviosos a los que esperaban en la Galaxian. Pedían detalles y les instaban a ser más prudentes. No querían que provocasen una reacción hostil por parte de la misteriosa nave.

Soleyko estaba indignada por la poca calidad humana que se exhibía allí, por la frialdad de los razonamientos. Vale que ella también era una científica, y que cuando pensaba en la ciencia lo hacía fríamente, desprovista de emociones. Solo liberándose del lastre de los sentidos, una podía llegar a obtener resultados extraordinarios. Allí dentro eran como microbios intentando defenderse de una física que no era fácil de usar, empleando las pocas herramientas que tenían a mano: el tejido matemático entre ordinales y cardinales, la teoría de los ámbitos abstractos, la lógica plurivalente… Pero al final del día todo se reducía a un asunto de seres vivos indefensos intentando no ser aplastados por una pata gigante que se rasca cuando le pica. Un juego desprovisto de significado donde cada uno podría colocarse en el centro del sistema y pretender que toda la realidad gravitaba en torno suyo.

Tyle y Rhen discutieron largamente sobre los siguientes pasos a dar. El criterio del teniente se impuso: seguirían adelante. Atravesaron la sala y lograron abrir la compuerta del otro extremo, esta vez volando todos en gravedad cero y sin tender cables. Tyle se asomó el primero al otro lado y no pudo reprimir una exclamación.

—Informe —apremiaba Rhen, cuya señal llegaba mejor—. ¿Qué es lo que ve?

—Esto nos va a dar trabajo. Mejor véalo usted mismo. —Tras pronunciar estas palabras, introdujo una cámara a través de la compuerta.

—Esto va a ser complicado… —dijo Kerenzov—. A ver cómo nos movemos por ahí.

Las imágenes mostraban un espacio enorme, una suerte de galería en forma de huso de más de doscientos metros de longitud por sesenta de ancho. Estaba llena de galerías y anchas terrazas, comunicadas por pasarelas y rampas. Una gran cantidad de elementos cruzaban el espacio, a veces uniendo un extremo con su opuesto. En conjunto, transmitía la impresión de hallarse dentro de una gran fábrica o instalación industrial. Si así era, debía estar lleno de máquinas y elementos técnicos que desconocían, y que por lo tanto les podían dar un disgusto. Todos se preguntaron si aquellas corrientes eléctricas que se intuían en el aire y aquellos alveolos líquidos de silencio y de horror eran reales.

—Tenemos que recabar datos para estudiar el entorno —dijo el teniente, empezando a repartir órdenes—. Topografía, quiero un plano detallado de la estancia. También lecturas térmicas y gravimétricas. Rhen, necesito un plano que podamos consultar desde el visor de la escafandra, que señale dónde están los puntos potencialmente peligrosos. Y, si puede, formule una hipótesis sobre qué es este lugar. Para qué sirve.

Soleyko miró de reojo al militar. Estaba empezando a gustarle su capacidad resolutiva. No parecía el cabeza cuadrada de encefalograma plano que le había parecido al principio.

—Aunque le sorprenda, creo que ya tenemos una idea —respondió el idor—: los primeros análisis revelan que las terrazas contienen cultivos de especies sin clorofila. No sabemos si son vegetales, habrá que tomar muestras. Por la disposición en múltiples terrazas, la gran cantidad de tuberías y la ausencia de suelo, diría que esta instalación es una plantación hidropónica. Unas muestras de los especímenes y del sustrato que emplean para cultivarlos nos permitirán averiguar más. Por cierto, la atmósfera es respirable y no contiene bacterias desconocidas. Pueden quitarse los cascos.

—¡Más brío, muchachos, ya lo habéis oído! ¡A recolectar, ahora somos putos jardineros! Rhen, prepárenos material adecuado para investigación biológica. Así no tendremos que ir llevando las muestras al transbordador de una en una.

—¿Más equipo para llevar? —refunfuñó Kerenzov—. Vamos a parecer las mulas de Mario.[2]

—Me pregunto qué necesidad tienen de estos cultivos —barruntó Soleyko, que había estado un rato contemplando aquello—. La disposición geométrica de las terrazas no parece la más eficiente, ya que deja mucho espacio vacío en el centro. Si se trata de producir suministros para la tripulación, desaprovechan las hectáreas disponibles. Además, nosotros fiamos nuestro sustento durante los viajes a productos guardados en almacenes, plantas recicladoras y de síntesis. Es un sistema más eficiente, y no necesita gastar tantos recursos como plantar y recolectar.

—¿Qué piensa que pueda ser, entonces?

—Si se fija bien, teniente, creo que cada terraza es distinta a las demás. Diferente tono e intensidad de luz. Los colores de las plantas, o lo que sea, son distintos a intervalos regulares. Diría que se trata de cultivos experimentales. Puede que tomen muestras de distintos mundos y estudien cómo se adaptan. Nadie nos asegura que lo hagan solo con plantas…

—¿Qué quiere decir?

—Tal vez la siguiente estancia contenga un zoo con distintas especies de toda la galaxia, y una celda preparada para nosotros.

Ella lo había dicho en broma, pero los hombres que estaban más cerca se detuvieron y giraron la cabeza para observarla. Luego, siguieron con sus asuntos.

«A mí nadie me meterá en un zoológico», pensó Tyle de mal humor, y agarró con más fuerza su lanza.

6 EL JARDÍN COMPUTACIONAL

La xenobiología no era la especialidad de Soleyko, pero aun así se sentía fascinada por lo que estaba viendo. La xenoflora era lo que primero saltaba a la vista cuando unos exploradores llegaban a un planeta nuevo y empezaban a sobrevolarlo. Aunque el 97 % de la masa biológica que los científicos habían hallado fuera de la Tierra pertenecía al orden de los microorganismos, el increíblemente extenso 3 % restante se dividía en una ochentava parte de flora, y solo una veinteava parte de vida animal compleja. Así pues, dejando aparte las bacterias, se podía decir que la flora era la primera y más importante embajadora que ofrecía cada mundo nuevo.

Paseó lentamente entre los jardines parcelados, observando con interés y tocando con infinito cuidado algunos especímenes. Los demás científicos del grupo ya estaban recogiendo muestras, tanto de frutos como de hojas y tallos, e incluso de la tierra en la que germinaban. Sentía el cosquilleo típico en las entrañas de cuando uno sabe que está entrando en contacto con unas especies extraterrestres que probablemente ninguna otra persona haya visto antes. Y ese contacto tenía matices, aunque no incluyera el típico «Llevadme ante vuestro líder». ¿Qué cosas se estarían diciendo las plantas y los humanos? ¿Qué información estarían compartiendo? ¿Estarían los vegetales aprendiendo también de ellos, y tomando muestras a través de aire exhalado por los pulmones de Soleyko, por ejemplo? ¿Muestras que a lo mejor estaban siendo recogidas y analizadas por aquellos peciolos?

—Tened cuidado —advirtió al resto del grupo—. Todos los seres vivos tienen mecanismos de defensa, y el mundo vegetal no es una excepción. No sabemos cuántas de estas plantas serán hostiles.

—¿Podrían atacarnos, doctora? —preguntó Tyle.

—Es una posibilidad. Mucha xenoflora tiende a ser antiherbívora, pues el mundo del que proviene no posee una cadena trófica planta-animal-suelo, y se protege desarrollando biotoxinas, púas, bordes afilados y cosas así. Mientras más complejo sea el ecosistema herbívoro de un planeta, más agresivos son los mecanismos de defensa de las plantas. Podrían estar llenas de defensas pasivas.

El obeso Kerenzov se inclinó sobre un ejemplar de lo que parecía una mezcla entre diversos tipos de orquídeas y un arbusto trepador, y acercó el dedo para acariciarle una hoja. Pero se detuvo a un centímetro al oír las palabras de Soleyko.

—Son de una belleza perturbadora, si es que se puede expresar así.

—La belleza suele ser un efecto colateral de ciertos mecanismos de defensa —dijo la ingeniera, metiendo unas muestras de tierra y unas semillas que se habían caído de una parra en una bolsita—. Vivos colores, simetría y equilibrio en las formas… Es fácil infravalorar al polen y a los histamínicos como agentes agresivos, pero en teoría un disparador histamínico extraterrestre podría causarnos una alergia tan bestial que nos mataría en el acto.

Tyle se puso el casco otra vez. Recordó el epitafio que uno de sus abuelos había ordenado preparar para su propia tumba, cuando se dio cuenta de que el final estaba próximo:

Aquí yace Noemí, mi santa esposa
Yace Bernard, mi primer hijo
Yace Stuart, mi segundo hijo
Yace Betsabé, mi primera hija
Yace Gwen, mi segunda hija
Yace Pascual, mi jardinero y amigo
Yace Trotón*, mi potro alazán*
Pero yo no, ji, ji, ji.

Le había hecho mucha gracia cuando la leyó, sobre todo porque su bisabuelo pasó a engrosar la lista una semana después —lo mató el tabaco; fumaba tanto que cada vez que hablaba despedía oleadas de humo grisáceo—. Este tipo de cosas ilustraban bien el carácter guasón y luchador de su familia.

—Esto es curioso —dijo una de las científicas, una bióloga centroamericana llamada Teresa Biendediós—. Estoy recolectando semillas de una misma planta, pero todas tienen formas diferentes. No hay ninguna que sea igual a la de al lado, no hay isomorfismo. Además, parecen haber adoptado formas geométricas…

—A ver eso. —Soleyko se acuclilló junto a ella, en el mismo parterre, y cogió dos semillas. En efecto, las dos descansaban al pie de la misma planta, pero una era un icosaedro limitado por veinte caras, y la otra un prisma pentagonal. Sus otras características (color, densidad, peso, textura, olor…) eran idénticas—. Qué raro. Pertenecen todas a la misma familia, pero es como si cada fruto fuera producto de una operación matemática distinta hecha por la misma planta.

La idea le llegó en un *flash*. Se le ocurrió que tal vez estuvieran viendo algo más que una simple colección de plantas. A lo mejor aquel invernadero tenía un propósito, una función. Las plantas, igual que los animales, cumplían funciones esenciales en los viajes espaciales, sobre todo en los de largo recorrido. El ser humano no podía alimentarse de plástico, estaba destinado a ser agricultor durante toda su existencia, igual que otros animales estaban condenados a cazar y matar en su hábitat. Ella había visto jardines circulares en todas las naves en las que había servido, con huertos en cero g que tenían forma de anillo, donde las plantas crecían hacia el centro de este, donde había una lámpara que se encendía y se apagaba a intervalos circadianos.

Pero existían muchas otras aplicaciones para las plantas, no solo como productoras de aire y de alimento. Los expertos en microbiología lo sabían, pero les costaba convencer de ello a las autoridades, a las personas que administraban el dinero y que, en su ceguera, daban siempre por sentado que un motor era una inversión más fiable que un manzano. Cuando ella dejó la Tierra, el tiempo político estaba cambiando en ese aspecto, y sus isobaras empezaban a extenderse por la parte del mapa donde venían señaladas otras ramas de la física. Pero les quedaba mucho camino por recorrer.

De pronto, los presentes vieron cómo los verticilos y cálices de algunas plantas se movían, temblando. Ambas mujeres retrocedieron instintivamente, pero algo llamó poderosamente su atención: la planta que estaban analizando tenía pistilos en su interior, que golpeaban la superficie interna del gineceo como un batallón de tamborileros. Y no era una pauta constante, repetitiva, sino que cambiaba a intervalos de pocos segundos.

Los demás también lo notaron, pues todas las plantas del jardín entraron en una especie de estado de histeria: temblaron, movieron secuencialmente ciertas partes pequeñas de sus cuerpos y algunas incluso cambiaron de color. El episodio duró más o menos un minuto, y el jardín volvió a quedar en silencio. Volvió a ser un paraíso de la serenidad. Tyle apuntó a una planta que tenía cerca con su bastón analizador, pero no para escanearla, sino para amenazarla con la punta.

—¿Qué cojones ha sido eso? ¿Qué acaba de pasar?

En lugar de improvisar una respuesta que tampoco le serviría, Teresa acercó la cara a la parte inferior de la planta, donde se estaba produciendo un fenómeno: a ojos vista, a una velocidad imposible para un organismo vegetal, estaba creciendo un fruto. Tenía una forma compleja y geométrica, la de un fractal de Kepler. En conjunto, tenía el peso y la anchura de una nuez.

Soleyko y ella se miraron, perplejas.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —preguntó la ingeniera. La bióloga asintió.

—Es un sólido numérico.

El teniente se les acercó, y también el lingüista ruso.

—¿Qué teoría tienen, señoras?

—Parece una locura, pero… esto podría ser un jardín computacional.

Una ceja del soldado se arqueó.

—¿Un… qué?

—Lo habíamos teorizado en ingeniería genética, pero hasta ahora no habíamos visto ninguno —dijo Teresa—. No sabíamos muy bien cómo crearlo. Se trata de un jardín hecho de plantas capaces de completar operaciones aritméticas gracias a su fotosíntesis, que estaría programada para desembocar en una «cifrasíntesis». —La mexicana estaba visiblemente emocionada. Hasta ese momento, su carrera había seguido una línea recta hacia lo que ella consideraba sus objetivos primarios, pero con este descubrimiento emprendería un curso en espiral, hacia arriba y hacia fuera, que la llevaría a alcanzar cotas jamás soñadas por una xenobióloga—. Las plantas están conectadas entre sí mediante una red LAN clorofílica, y comparten datos unas con otras. Cuando se les pide que realicen un cálculo, dan el resultado en forma de frutos. —Cogió con dos dedos la pequeña nuez fractal y se la enseñó. Tenía un montón de aristas y ángulos y caras dentro de caras—. Esto que ve aquí no es un fruto, es el resultado de una operación algebraica que acaba de hacer la planta. Un número, seguro que muy grande, expresado en epicarpio, pulpa y endocarpio.

Tyle la miró de hito en hito.

—¿Y qué coño significa ese número? ¿Para qué sirve?

—Buf, vaya usted a saber. Para eso tendríamos que entender el *softw*… no, perdón, el *bioware* de la planta. Las instrucciones con las que está programada. Y preguntárselo directamente.

—A lo mejor esta habitación es en realidad una granja de *render* orgánica —dijo Soleyko —. Y no un invernadero. Puede que esté conectada con el ordenador central, o lo que sea que usen los ker, y lo que hemos visto haya sido un cálculo que les han pedido a las plantas que hagan para llevar a cabo alguna operación de la nave nodriza.

El teniente miró el resto del invernadero con temor. Su vieja paranoia de militar, un sexto sentido que hasta ahora lo había mantenido con vida, estaba lanzando alarmas como cohetes de feria. No le gustaba aquel lugar, y menos la posibilidad de que las flores estuvieran haciendo cálculos… sobre *ellos*. «A lo mejor —pensó— el número que contiene ese fruto son las posibilidades de acabar con nosotros ahora mismo.»

Podría ser que alguno de ellos hubiera sido designado ya para ser el primer humano en morir a manos de los ker. A lo mejor, uno entre todos, una persona del grupo, había nacido para ser un accidente histórico.

—¿Quién recoge esos datos en forma de frutos? ¿Informáticos jardineros? ¿Algebristas apicultores? ¿Matemáticos hortelanos?

Soleyko rascó con los dedos en la tierra que había bajo aquella planta, siguiendo el trazado de las raíces. Llevaban hasta una plancha de metal que había debajo de la tierra, y se fundían con esta como si fueran dendritas de un sistema nervioso. Aquello suscitó un nuevo interrogante: ¿eran esas placas las que conectaban entre sí las plantas? ¿Acaso las raíces, además de absorber nutrientes y agua, también hacían las veces de fibra óptica para enviar datos?

O acaso…

Una idea la asustó tanto que se apartó de la planta como si le hubiese dado un calambre.

—¿Qué ocurre? —se alarmó el militar—. ¿Está bien?

—Sí, es solo que se me ha ocurrido… una idea loca. Nadie sabe en realidad cómo son los ker, ¿verdad? Ni siquiera nuestros amigos los idor lo saben. ¿Y si… —miró acongojada al invernadero— los tenemos delante?

Se hizo el silencio durante un minuto mientras le daban vueltas a esa idea, mirando con renovado respeto las flores. Claro, todo era posible desde el momento en que nadie sabía cómo era un miembro de aquella raza progenitora. ¿Que los ker resultaban ser un conjunto de plantas capaces de sumar y restar, y parir hijos relacionados con esas operaciones? Podía ser. También podía existir Dios y estar escondido en una residencia de verano en el confín del universo. Si había algo que cualquier científico preparado para salir al espacio sabía, es que no había límites para las diversas formas que podía adoptar la vida ahí fuera. Que los humanos y los idor estuvieran basados en los mismos componentes de carbono con el agua como disolvente universal en su bioquímica, no implicaba que no hubiese otras opciones mucho más radicales. Podría haber vida basada en combinaciones de fósforo y nitrógeno, silicona líquida, o incluso un tipo inteligente de arsénico que tuviera como disolvente universal el amoníaco o hidrocarbonos sublimados. ¡Incluso podría haber seres nacidos para compartir un mismo pH de la sangre, teniendo que mantener sus pieles en constante rozamiento para que el pH, entendido como una constante, se trasladara como un regalo de uno al otro! ¡Sexo químico! Los únicos límites, por lo que habían aprendido hasta ahora, los ponía la imaginación.

Fue Rhen quien intentó sacarlos de dudas:

—Es una hipótesis interesante, Soleyko, pero no creo que sea válida. Los ker son una especie conquistadora, de eso no nos cabe duda. El punto álgido de su historia, que sucedió hace varios millones de años, dejó tras de sí una obra celestial inmensa, con artefactos y mundos colonizados repartidos por toda la galaxia. —Su voz era amable pero intrigante, la típica de la persona que conoce un secreto pero solo está dispuesta a contarlo por el precio justo—. Unas plantas jamás podrían haber hecho eso. Para obtener ese impulso creador hace falta sangre

caliente, capacidad de movimiento, pulgares oponibles, comer carne. Ni aunque hubiesen fabricado entes robóticos que hubiesen hecho todo eso por ellas, no, no creo que estas plantas sean los ker. El teorema de los organismos capaces de desarrollar el suficiente calor como para generar un ímpetu capaz de modificar su entorno es inatacable. No hay forma de contradecirlo: los carnívoros siempre serán entes mucho más laboriosos y energéticos que los herbívoros, y aún más que las mismas plantas. Sin embargo, los corolarios que se derivan de ese principio conducen a una posición filosófica desconcertante.

—Me fio de tu palabra, Rhen, pero por si acaso, será mejor no bajar la guardia —gruñó ella, y siguió apartando tierra de las raíces. Quería ver mejor aquella placa de metal. Había partículas brillantes mezcladas con el sustrato que a primera vista parecían diamantes, pero que un examen más cercano identificó como coesita: una variedad del cuarzo que cristalizaba en los lugares de impacto de meteoros.

Qué raro era todo aquello. Qué… alienígena.

Estaban tan absortos que ninguno se fijó, hasta que fue demasiado tarde, en lo que estaba haciendo Kerenzov. El ruso, que se había quitado el casco igual que los demás, cogió una de las semillas algebraicas, la examinó con detenimiento unos instantes… y se la tragó.

Soleyko vio eso por el rabillo del ojo, y al principio le costó creerlo. Pero entonces su mente le lanzó una alarma: no había sido un espejismo. Acababa de ver al idiota del lingüista tragarse una de aquellas semillas.

—¡¡Pero qué hace, imbécil!! —gritó, corriendo hacia él. Kerenzov la miró con estupor, como si no supiera lo que había hecho—. ¡Escúpala, rápido! ¡Por Dios!

Tyle acudió a toda prisa.

—¿Qué ha pasado?

—¡Este hombre se ha tragado una semilla!

El militar lo miró con una mezcla de sorpresa y cólera, igual que si aquel tipo hubiese sacado un arma y hubiese empezado a dispararles a todos.

—¿Por qué ha hecho eso, Kerenzov? —Lo sacudió—. ¡Responda!

—Yo… no lo sé… —murmuró el ruso—. No sé qué… —Creyó oír música que le llegaba por el micro del casco, una pieza sinfónica interpretada por orquesta—. Es… es la *Obertura de Coriolano*, mi pieza favorita… ¿Quién la está poniendo?

Cayó primero sobre sus rodillas y luego cuan largo era en el suelo. Entre varios soldados lo pusieron boca arriba, y Soleyko le metió los dedos hasta la campanilla para que vomitara, pero fue inútil. La semilla no volvió a salir. Al hombre empezó a encendérsele la piel, poniéndose roja como un tomate.

—¡Está en *shock*! —alertó Teresa, enlazando el *display* de su traje con las funciones de soporte vital de Kerenzov—. ¡Tenemos que llevarlo a la enfermería!

—Traedlo de vuelta a la lanzadera —dijo la voz tranquila de Rhen—. Nos acercaremos para recogerlo.

—Ten cuidado dónde pisas —le advirtió Teresa a Soleyko—. No queremos que te pase nada. Si faltas tú, no se podrá bajar el telón.

—No seas boba, no me he hecho tan imprescindible. Hay mil científicos más como yo en la Galaxian que podrían seguir escribiendo esta historia.

—Sí, pero hasta ahora tú has sido la principal generadora de ideas en la expedición —dijo la bióloga—. No me gustaría perder eso. Ese potencial.

Ella la miró con curiosidad, e incluso con agradecimiento, pero no dijo nada.

Mientras los soldados cogían el cuerpo del ruso y lo llevaban de vuelta a la ventanilla de salida, el jardín computacional entró en estado de vibración. Las plantas cantaron, entonaron su armónico coro matemático, y de nuevo expulsaron frutos que escondían mensajes cifrados.

Tyle miró con espanto al jardín y se preguntó si las semillas que se escondían dentro de aquellos frutos no llevarían el número maldito, aquel que llevaba grabado su nombre, y que lo señalaba como el siguiente agraciado en la lotería de la muerte.

El mar hacía rodar la arena, incansablemente.

7 EL PRINCIPIO DE LA COMPRENSIÓN

El transbordador tenía una sección que podía utilizarse como enfermería. Rhen dispuso que Kerenzov fuera instalado allí. No quería trasladar a la Galaxian a nadie que pudiera estar contaminado. Aún no habían podido estudiar a fondo la biota local, así que cualquier cosa era posible, especialmente la presencia de patógenos agresivos. Había avisado a los humanos de que no entraran en contacto con los seres vivos del interior de la nave. Les había indicado la conveniencia de mantenerse aislados. Ni caso, pero al menos podía evitar que nada peligroso alcanzara la nave madre. El examen al que sometieron a Kerenzov no mostró nada anormal, pero el paciente estaba sumido en una especie de letargo del que fue imposible despertarlo.

Mientras tanto, dentro de la Tarpaulin el equipo seguía explorando y recopilando información. Fueron depositando cámaras de vídeo en lugares estratégicos para enviar imágenes en tiempo real al transbordador. Así posibilitaban una vigilancia constante por parte del ordenador que los avisaría de cualquier anomalía. Además, desde el centro de control iban creando un plano del interior de la Tarpaulin con toda la información. Los distintos tipos de datos se procesaban como capas que podían visualizarse sobre la imagen en luz visible. El diseño de la nave, sus canalizaciones internas, su cableado, los flujos de energía que localizaban… en definitiva, todo lo que averiguaban se iba incorporando al plano. Cualquier miembro del grupo podía acceder a él a través del visor de su casco.

A Soleyko le gustaba utilizar ese recurso, pero no llevar puesto el casco del traje. Quería emplear todos sus sentidos, notar los flujos de aire, oler los aromas del jardín… Así que conectó sus gafas inteligentes al ordenador del transbordador para poder visualizar esos datos. Se había detenido a beber agua, y estaba cerca del borde de uno de los niveles de aquella estancia. Miraba al centro y a los lados, como en una panorámica muy amplia, al tiempo que le pedía al ordenador mostrar distintas capas de la imagen real.

—Conductos de agua. —Apareció un esquema con los conductos que habían podido descubrir hasta entonces—. Superponer electricidad. —Los conductos eléctricos aparecieron ante sus ojos, pintados en verde. Soleyko empezó a sospechar algo—. Superponer conexiones de datos. —El conjunto iba adquiriendo forma—. Superponer plantas y raíces, diferenciar las capas de datos con colores. Eliminar la luz visible…

Estuvo un rato mirando hacia uno y otro lado, asimilando la complejidad de aquel cuadro en tres dimensiones. A veces, a medida que las lecturas se iban actualizando, algunos de esos vectores desaparecían o se fundían con los que tenían al lado. Un detalle desconcertante, pero intentó no pensar en ello.

—Rhen, aquí Soleyko. Te envío una imagen. Está en falso color, considéralo un esquema y dime de qué crees que se trata.

—¿Te encuentras bien, amiga? No acabo de entender de qué parte de tu cuerpo has tomado esa imagen, y tampoco soy médico…

—La imagen no es de mi cuerpo, sino de la Tarpaulin, vista desde donde ahora estoy.

—Pues interpreté que era tu caja torácica.

—Debes repasar la anatomía humana si crees que somos así por dentro, pero lo cierto es que a mí también me ha parecido un diseño biológico. La nave tiene el aspecto de un ser vivo que ha crecido. No sé cómo piensan los ingenieros ker, pero está claro que el nivel de integración de los sistemas es enorme, y eso incluye a las plantas. El mapa de raíces que ha confeccionado el sonar muestra cómo estas se hallan conectadas al sistema de datos y al eléctrico. Sin duda el jardín es una parte más de su sistema computacional.

—Tomaremos esa hipótesis como elemento de trabajo.

—¿Tienes datos de los genomas de las plantas? ¿Sabes si son todas originarias del mismo ecosistema?

—Pues… —Rhen dudó un momento, como si estuviera consultando algo—. El sapiencial está trabajando en ello, pero de momento ha identificado dieciséis orígenes biológicos diferentes. Podrían ser más.

—Entonces, esta nave va recogiendo especímenes de diferentes mundos y los asimila para… ¿qué?

—Si la hipótesis del jardín computacional es correcta —especuló Rhen—, podemos suponer que disponer de diferentes tipos de genoma es una riqueza para su archivo. Son más tipos de procesadores que puede usar, quizá especializándolos en distintas áreas.

—Interesante idea: una nave que viaja para cosechar sus componentes informáticos en diferentes mundos, como si se estuviera rediseñando a sí misma durante el viaje. ¿Pero qué clase de viaje, de qué longitud o complejidad, podría exigir un replanteamiento sobre la marcha del diseño de un bajel? —Soleyko cambió de tema—: ¿Tus escáneres han podido hallar algo vivo dentro de la Tarpaulin? Me extraña que en el tiempo que llevamos aquí no haya habido ninguna reacción. Es como si les fuéramos indiferentes…

—Si algo podemos concluir sobre los ker a juzgar por lo que sabemos de ellos, es que les somos indiferentes —dijo Rhen sin sonar nada sarcástico—. Creo que para ellos esta situación es tan digna de atención como lo sería para ti que unas hormigas del jardín entren en tu casa.

—Algunas personas usan insecticida cuando eso ocurre.

—Dado el contexto en el que nos hallamos, eso ha sonado muy mal —replicó Rhen.

—Considéralo una hipótesis de trabajo.

Mientras el grupo expedicionario exploraba aquella singular sala, recogía datos e instalaba sensores, el centro de control del transbordador también trabajaba. Rhen en persona dirigía las sondas que desde el exterior recorrían la Tarpaulin. Ante la falta de resultados con los escáneres a distancia, se posaban sobre la superficie a intervalos regulares y escuchaban. Eran como un médico auscultando a un paciente, pero además empleaban el sonar y el radar Doppler. Así, poco a poco, fueron obteniendo un mapa de sonidos, vibraciones de diversos tipos y, gracias al radar, un esquema bastante detallado de los flujos que circulaban por la nave. El análisis de turbulencias y velocidades sugería que al menos un sistema era de transporte de agua, y varios de gases, aunque no pudieron determinar exactamente cuáles. En algún momento deberían volver a pinchar las venas de la Tarpaulin. Estaba por ver cómo convencería de nuevo a los militares cuando llegara el momento.

—Ander —dijo Rhen en un momento de descanso—, quiero encargarte algo. A partir de ahora me gustaría que estuvieras pendiente de los mensajes que los miembros del grupo expedicionario cruzan entre sí. Especialmente por el canal principal, pero vigila también si conectan entre ellos en privado. Quiero que prestes especial atención a sus sentimientos hacia la nave. Sus impresiones personales.

—¿Sospechas que puede haber una asimilación? —preguntó el otro idor.

—Deberíamos llamarlo una instrumentalización, más bien. Está claro que la nave les está permitiendo acceder a sus sistemas. Hasta ahora se lo está poniendo fácil, pero seguramente es una evaluación. Si lo que sospechamos es cierto… —Su cuerpo vibró aceleradamente—. Bueno, no nos precipitemos. Ya veremos cómo reaccionan. Tomaremos decisiones según lo que ocurra.

—¡Qué lástima! —murmuró Ander—. Son tan buenos chicos…

—Ahora voy a ver a Kerenzov. Parece estable, pero en algún momento puede dispararse la mutación.

Ander regresó pensativo a su lugar de trabajo, dispuesto a no perder detalle de lo que ocurría con el grupo expedicionario. Los humanos se habían detenido para comer. Estaban todos juntos, sentados al borde de un campo de plantas con flores hermosas de aspecto acampanado.

—Creo que esas flores nos están mirando —dijo susurrando el teniente.

—¿Qué? Son vegetales, no tienen ojos… —respondió Soleyko, asombrada ante la ocurrencia.

—Pues algo hacen, porque siempre están girando para apuntar hacia nosotros. Las he estado observando, y las flores miran siempre en nuestra dirección. El movimiento es lento, pero si nos quedamos un rato quietos, todas apuntan hacia aquí.

Soleyko se levantó y se acercó a las plantas, observándolas detenidamente. Luego se desplazó hacia un lado, separada del grupo, y se sentó a esperar. Muy lentamente, las más cercanas giraron hacia ella. El resto siguió apuntando hacia el grupo.

—Parece que tiene razón, teniente —dijo la ingeniera, regresando a su lado. Tomó un guijarro del suelo y lo lanzó con gesto tardo sobre un parterre—. Hay plantas que son capaces de moverse por diferentes motivos. Unas buscan el sol, otras son carnívoras, las hay que se repliegan cuando las tocas en un movimiento de autoprotección. Sin embargo, no sé qué es lo que motiva a estas.

—Pues a mí me preocupa, y mucho. Cuando entré di por supuesto que la nave o sus ocupantes nos vigilarían, pero que lo hagan unos vegetales me incomoda. Es antinatural, no sé si me entiende.

—Capto la idea, pero no se preocupe, es lo menos grave que podría pasarnos. —Soleyko contemplaba las plantas y sus hermosas flores con admiración—. Al menos, no parecen peligrosas. Este lugar es como un invernadero preparado para mantener los especímenes sanos ante cualquier inclemencia. Posiblemente sea el lugar más seguro de la nave para unos seres como nosotros… ¡Eh!, ¿por qué vibran ahora?

Todos se volvieron siguiendo su mirada. El campo entero se había puesto a temblar como si fueran campanas agitándose sin emitir sonido alguno. El teniente se aproximó a las más cercanas, vigilándolas de pie. Las flores se elevaron ligeramente y una de ellas, la que tenía más cerca, se agitó y expulsó una semilla. Tyle se agachó para recogerla. La sujetó entre sus dedos pulgar e índice y se la acercó a la cara para estudiarla detenidamente. Era un fruto seco, áspero y

de forma irregular. Parecía una almendra, pero más grande y deformada. Se fijó en cada detalle, en las diminutas púas erizadas que la rodeaban, las arrugas de la piel… Quedó absorto durante varios minutos en esa singular contemplación, hasta el punto en que el resto del grupo empezó a incomodarse. Sin embargo, por algún extraño motivo, nadie se atrevía a interrumpirlo. Era como si se hubiera obsesionado con la observación del fruto. Entonces su rostro enrojeció, dejó caer la semilla y, volviéndose hacia ellos, gritó:

—¡Poneos los cascos, todos a cubierto! —Tomó el suyo y se lo caló, dando ejemplo. Sus hombres, acostumbrados a responder a la voz de mando, hicieron lo mismo—. ¡Vamos, protéjase! —le gritó a Soleyko al ver que no reaccionaba—. Eso era un aviso de tormenta.

La joven pensó que el teniente había perdido el juicio. Puede que al tocar el fruto su piel hubiera absorbido algún veneno neuroactivo, pensó mientras se cubría la cabeza con el casco. Eso podía explicarlo: un veneno que había penetrado a través de la piel, haciéndole delirar. Pero justo en ese momento cayó el primer rayo. El primero de muchos que preludiaban el torrencial aguacero.

—¡Pues vaya mierda de invernadero! —murmuró alguien mientras el grupo corría a refugiarse bajo un saliente.

—Los invernaderos pueden tener sistemas de riego, luz artificial… —dijo Teresa Biendediós. Aquel era su campo—. Pero, dígame, teniente, ¿cómo supo que esa semilla era un aviso? —No obtuvo respuesta—. ¿Tyle?

Empezó a sacudirlo, pero tuvo que agarrarlo para impedir que cayera al suelo. Tyle había perdido el conocimiento y se había quedado inmóvil, de pie.

La tormenta fue intensa pero breve, como uno de esos chaparrones de verano que descargan sin previo aviso y dejan paso a un sol radiante. Las flores se sacudieron las gotas que las cubrían con una suave vibración y, elevándose de nuevo, giraron hacia ellos. El militar empezó a recuperar la consciencia. Los datos del escáner médico indicaron un bajón súbito de su presión sanguínea, así que le inyectaron un medicamento. Tenía un aspecto cansado, como si hubiera realizado un esfuerzo físico intenso.

—Fue como… como si de pronto pudiera leer un mensaje dentro de esa semilla —les explicó en cuanto hubo tomado un trago de la petaca—. Recuerdo que primero la miraba y solo veía algo vulgar, irregular… sin aparente interés. Pero, de repente, empecé a entender que había una lógica en esa forma, una especie de mensaje, donde cada arruga, cada textura y cada color era un matiz de un significado mayor. Es difícil expresarlo con palabras, creo que es lo que debe sentir un bebé cuando aprende a leer los sentimientos en el rostro de su madre. O tal vez lo que entiende un lobo cuando oye el aullido de otro, y nota cada aviso, cada amenaza implícita en ese sonido.

La explicación siguió, de manera que producía más confusión que otra cosa entre sus compañeros, pero Tyle necesitaba hablar de ello y todos escucharon apasionados su relato.

Y las flores también escuchaban.

La nave había estado siguiendo atentamente la evolución de aquellos intrusos. De causar desperfectos al principio, habían pasado a ser observadores cuidadosos con los seres vivos que les había mostrado. La forma en que estudiaron el jardín, la recolección de muestras sin causar daños, el modo en que andaban entre los tallos sin romperlos, todo ello eran señales esperanzadoras. Le había preocupado al principio que de las dos especies contactadas la que se

quedaba fuera tuviese un origen herbívoro, mientras que la que se adentraba en sus entrañas era de origen carnívoro. Tal vez hubiera sido mejor para sus planes que fuera al revés, pero los carnívoros habían demostrado ser recolectores meticulosos, respetuosos con el entorno. Sí, podrían servir. Además, el primer intento de comunicación había funcionado. La nave empezó a sentirse esperanzada.

La tarde tenía sombras larguísimas.

Rhen estaba atendiendo a las autoridades de la Galaxian por videoconferencia cuando notó el parpadeo del comunicador que tenía sobre la mesa. Leyó el escueto mensaje de Ander: «Tiene que ver algo. Urgente». Puso punto final a su informe a la capitana de la Galaxian lo antes que pudo. Ya en el centro de control lo pusieron al tanto de lo sucedido: pudo ver la reacción de Tyle, la tempestad, y luego sus confusas explicaciones sobre lo que había entendido el hombre al ver el fruto.

Rhen empezó a preocuparse de verdad. En ninguna parte estaba escrito que todos, absolutamente todos los descubrimientos, fueran a ser inocuos. Algunos hacían daño, y cambiaban profundamente tanto a la especie descubridora como a la que era descubierta. Él mismo había experimentado eso: una vez, mucho antes de conocer a Soleyko y de enrolarse en el Cuerpo de Exploración, supo de la existencia de una especie de seres avanzados tecnológicamente, pero basados en unas premisas evolutivas reptilianas más que mamíferas. Al no proceder de madres mamíferas, los bebés no podían alimentarse de leche, que sus madres eran incapaces de producir. En lugar de eso, consumían desde muy temprano una pasta que era sangre y carne predigerida por ambos progenitores, los cuales la volcaban en sus bocas desde un segundo ano especializado, situado veinte centímetros por encima del excretor. Su metabolismo estaba basado en aminoácidos sin grupo carboxilo, por lo que jamás podrían alimentarse de las mismas proteínas que los seres humanos. Y lo más raro de todo: para poder pensar tenían primero que suprimir lo que ellos llamaban «el Draksám», una potente red de instintos primarios que no les dejaba articular pensamientos que no tuvieran que ver con la caza o la reproducción. Si querían pensar en cualquier otra cosa, como por ejemplo en el arte, tenían primero que suprimir esa bolsa férrea de instintos. Y eso solo se lograba mediante la meditación.

¿Por qué había resultado el descubrimiento de esa especie algo dañino para los idor, y para Rhen más que para sus hermanos? Porque él había tenido la idea de usar el Draksám en sí mismo para potenciar sus afinadas habilidades de concentración. Y había sido un desastre. En lugar de una herramienta para afinar más su mente, había desatado un montón de instintos primarios que los idor habían aprendido a dominar hacía milenios. Descorchar aquella botella no fue bueno para Rhen, quien se convirtió durante unos meses en algo que su especie no veía desde tiempo inmemorial: un asesino despiadado, un psicópata. Logró matar a diez de los suyos antes de revertir el estado de Draksám a lo que era antes. Pero él y su historial como científico quedaron marcados para siempre.

Nunca le había hablado a Soleyko de ese triste episodio, y nunca lo haría. Pero siempre que viera una nueva especie desconocida, ya fuera vegetal o animal, se andaría con extremo cuidado.

No supo por qué… pensó en una tarde, ya cercana al crepúsculo, sobre la cual se estiraban unas sombras larguísimas. Sombras que contenían ojos.

8 BIOLINK

Su flequillo rebelde era lo más irritante, pero lo apartó a un lado esperando que esta vez captara el mensaje. Volvió a su sitio, el muy irreverente, como si quisiera disimular con una cortina de cabello el precioso gris color antracita de sus pupilas. Una de sus manos estaba demasiado pendiente de él, mientras que la otra, invisible bajo la consola médica, se empeñaba en darle alivio a una rodilla pruriginosa.

La doctora Zebya Soanis había seguido de cerca las evoluciones del grupo de contacto. Todos los informes que iban generando los ídor desde la lanzadera llegaban hasta ella, directos a su consola médica, y Zebya los iba cotejando con otros registros de incursiones pasadas, en otros mundos. Las reacciones del cuerpo y la mente humana a entornos alienígenas no se improvisaban en cada uno de los casos, sino que seguían un patrón. El cuerpo siempre se comportaba de manera similar ante la extrañeza.

Cuando Kerenzov hizo aquella estupidez de tragarse el fruto, todas las alarmas de su traje saltaron a la vez. En la consola remota de la Galaxian, un millar de indicadores se pusieron en rojo. Ahora, el cuerpo del lingüista había sido trasladado hasta la lanzadera, y esta lo estaba trayendo a donde estaban los quirófanos de verdad. Zebya ya estaba lista para recibirlo en la plataforma de desembarco, junto con su equipo de enfermería.

—Viene protegido por su traje de vacío, que hace de saco aislante —les dijo a los de su grupo—, pero en cuanto aterrice tenemos que llevarlo corriendo a la cámara de contención vírica. Lo desnudaremos, lo tumbaremos en la camilla y le haremos todos los test que su cuerpo aguante sin que le resulte lesivo.

—Sí, señora —convinieron los demás médicos y enfermeros, sucintos. Sabían lo que estaba pasando en las vainas de hibernación (que la mayoría de los pasajeros aún dormidos había sufrido alguna mutación en su ADN, aunque fuera leve… y que nadie sabía cuál era la causa ni el objetivo de esa mutación), y temblaban nerviosos sin saber a qué atenerse. Era muy difícil ejercer una noble profesión, la de sanar a los demás, cuando no se conocía el origen del mal.

El cuerpo llegó y fue trasladado a la enfermería. Lo aislaron en una habitación sellada que a todos los efectos era una caja de guantes gigante, y unos brazos mecánicos le cortaron el traje espacial y se lo quitaron a trozos. El hombre, gordo, sudoroso y desnudo, descansaba sobre una camilla con los ojos cerrados. El encefalograma reveló que su estado iba más allá del sueño: era una especie de inconsciencia profunda, sin llegar a caer en el coma. Zebya conocía la sensación de flotar en esa nada sin sueños, en ese estado intermedio y sin definición entre la vida y la muerte, pues una vez lo había experimentado, de niña. El coche de sus padres se había visto involucrado en un accidente, al que siguió un lapso tenebroso de no-tiempo, siempre persiguiendo una línea de luz que a veces aparecía en aquel abismo de terciopelo negro. Hasta que un día, unas campanas adheridas a unas excelsas catedrales lanzaron al cielo bandadas de espejismos que revolotearon en un alba lívida, hecha de sueños, y ella despertó. Alguien le había

puesto música, y la pequeña Zebya la siguió como a un hilo de Ariadna. Por eso compadeció al pobre ruso, porque debía de estar tan perdido ahora como ella lo estuvo en aquella ocasión, si no más.

Empezaron los análisis. La tomografía axial sacó a la luz unos procesos extraños que, tomando como punto de partida su estómago, se estaban expandiendo como un cáncer por el resto de su organismo.

—Es ahí donde el cuerpo empezó a digerir el fruto extraterrestre —caviló la doctora, observando las imágenes de la TAC—. Al entrar en contacto con los jugos gástricos, la semilla se adhirió a las paredes del estómago y se transformó en una especie de musgo geométrico. Mirad qué formas más regulares adopta.

El personal miró confuso el mosaico de celdillas que se había expandido por dentro del estómago de Kerenzov. El teniente Tyle les había dicho algo sobre que la semilla de la planta representaba un número, el resultado de una compleja operación matemática. Ahora que se había dividido en trozos, era como si ese número se hubiese factorizado, creando células hechas de enteros más pequeños. Fracciones enteras o decimales del original.

—¿Qué le está haciendo? —preguntó asombrado otro médico.

—Si pudiésemos responder a esa pregunta, Ramírez —gruñó Zebya—, ya nos estarían reservando el Nobel.

Las pruebas se sucedieron sin cesar durante las siguientes horas, mientras el equipo de Soleyko y Tyle descansaba dentro del invernadero, en la otra nave. La química corporal de Kerenzov estaba siendo alterada sustancialmente, hasta el punto de que los malabarismos enzimáticos de la semilla merecieron un débil aplauso. Los monstruitos rojos y blancos de su sangre bailaban de modo semiinconsciente, como bailarinas de cabaret que se movieran al ritmo de la música, aburridas y cansadas, en espera de escapar del calor de los abrasadores focos. Exteriormente, el cuerpo de Kerenzov no mostraba cambios visibles, aparte de cierta decoloración de la piel y una descamación, pero por dentro, y en palabras de la aturdida Zebya, aquello era la fiesta de la espuma.

—No despierta ni reacciona a ningún estímulo. No sabemos si está sufriendo dolor o no, ni qué efecto podrían tener los tranquilizantes con todo ese baile químico interno. Así que lo mejor será que lo metamos en una vaina de hipersueño —opinó la doctora, encogiéndose profesionalmente de hombros—. Así al menos ralentizaremos (eso espero) estos procesos.

El grupo médico aprobó la moción. Kerenzov regresó así a su cuna de sueño, que congeló su cuerpo y lo devolvió a un estado de parálisis casi total. El frío era un paralizante universal, igual que el agua un disolvente. Zebya cruzó los dedos y rezó para que se mantuviera así al menos hasta que pudieran llegar a Sirio 5. Allí habría hospitales y especialistas médicos. Sabrían qué hacer, y si no… habría más gente entre la que repartir la culpa.

La doctora dejó al ruso durmiendo plácidamente en su vaina hermética, apagó las luces y le deseó dulces sueños, esperando que no le diera más sorpresas.

Se equivocó.

Una hora después de estar congelado, más o menos, algo pasó. Kerenzov descansaba inmóvil e intubado como un jamón frío, sus brazos en una pose que recordaba a los antiguos faraones. Entonces, algo empezó a moverse en la parte de abajo de su prominente barriga: su ombligo emergió como una montañita de carne, como un diminuto volcán que estuviese a punto

de explotar en una nube piroclástica de sangre y músculo. Pero en lugar de reventar, lo que hizo fue *desenrollarse*: una especie de tentáculo hecho de carne surgió del ombligo, enrollado en espiral, y se desdobló hacia un lado; como si tuviera vida propia, fue reptando lentamente, como a base de espasmos, hasta que rozó la pared del tubo de criogenia.

Entonces empezó a dividirse en pequeñas raíces y a crecer en todas direcciones, buscando una salida.

La doctora Zebya solía tener ideas repentinas y de gran potencia. «Cuidado con el señor Kerenzov, pero no solo con él, sino con todos los potenciales Kerenzov que hay en esta tripulación», fue la última en detonar. Llevaba su culpabilidad escrita en letras rojas sobre la frente: IMPRUDENTE, ALOCADO, IRREFLEXIVO. Gilipollas, habría añadido ella en un segundo nivel de realidad, menos políticamente correcto. La primera pregunta que todo el mundo le haría al lingüista, nada más despertarse, no sería un amable «¿Está usted bien?», sino un colérico «Pero ¿¿cómo coño se le ocurre??».

En el informe escueto que le había pasado el teniente Tyle había una línea que le transmitía gran inquietud. Decía: «Parece que el sujeto se tragó el fruto de manera no totalmente consciente, con la mirada perdida, como si estuviera hipnotizado». Eso le puso la carne de gallina a Zebya, por todas las implicaciones soterradas. Que un profesional tan competente como Kerenzov, al que se le había ordenado que no tocara *nada*, ni siquiera el aire, se pusiera tan nervioso como un saltamontes en una sartén y le diera por coger una semilla alienígena y metérsela en la boca, era tan improbable como que otra persona decidiera meterse en una esclusa de vacío y lanzarse al espacio, solo por saber lo que se siente. No era lógico. No en un hombre con su nivel de preparación.

Eso dejaba paso libre a la segunda explicación: de algún modo perverso, aquellas plantas extraterrestres le habían hecho algo. Habían subyugado su voluntad, quizá mediante el sonido o usando alguna clase de polen, para obligarle a hacer lo que ellas querían. Había que tener en cuenta que, aunque muchos organismos microscópicos no pudieran sobrevivir en una atmósfera extraña, sí que podían hacerlo dentro de los límites del cuerpo humano. El cuerpo es como un gran supermercado fabuloso para las bacterias, lleno de todos los nutrientes y el agua que necesitan para vivir. De no ser porque ese supermercado está lleno de guardias uniformados de blanco que liquidan a cualquier visitante no deseado, cada hombre y mujer tendría en su interior una auténtica fiesta de fin de año de bacterias, todas pasándoselo como nunca.

La interacción entre esporas alienígenas y cuerpos humanos no tendría por qué tener ningún efecto, más que nada porque sus bioquímicas, sencillamente, no encajaban. Pero parecía que sí, que de algún modo ese escenario imposible estaba pasando. Así que no había que bajar la guardia.

«Cuidaos mucho», le dijo al resto de sus pacientes de aquel día. Pero ella no tenía la mente puesta en cuidar a nadie. Pensaba en el sol de mayo. En las flores de agosto. En devorar un buen desayuno. Pensaba en que quizá en Sirio 5 también habría verano, y también se admiraría a las chicas en bikini, y también habría lugares cubiertos de arena dorada donde esos bikinis pudieran cumplir la función para la que fueron creados, es decir, que se los quitaran. «Me vuelvo a

hibernar si me dejan. Y hasta entonces soy historia», deseó con todas sus fuerzas. Lo apuntó en una nota imaginaria, pero arrugó esa nota y la tiró a una papelera también imaginaria. A veces, ni toda la fuerza de voluntad del mundo conseguía que los sueños se hicieran realidad.

Aquella noche abriría la caja de regalos de Papá Noel que tenía escondida en el armario, debajo de sus braguitas, y que contenía unas agradables pastillitas de colores que a veces usaba para dormir. Normalmente no las necesitaba, pero a pesar de tener un cargo de responsabilidad, no sabía cómo lidiar bien con la tensión, por lo que en momentos clave echaba mano de sus amiguitas las pastillitas de colores. Tres paxium y dos soneínas estarían de acuerdo con ella, y la arroparían entre nubes de algodón para que su alma subiera a los cielos.

Tenía una larga lista de tareas que completar aquel día, revisión de muchos otros pacientes y demás, pero se sorprendió con un retazo de verdadera intuición: se sentía intranquila por Kerenzov, por muy congelado como un arenque que estuviera. Necesitaba echarle un vistazo con sus propios ojos para quedarse más tranquila. Así que dobló en sentido contrario en una bifurcación cuando iba de camino a la enfermería y fue a la bahía treinta y tres, donde descansaban los durmientes con una mutación más grave en su metabolismo. Y vio la vaina de Kerenzov.

Y estuvo a punto de desmayarse de la impresión.

El hombre descansaba dentro con los ojos abiertos como si estuviera despierto, pero aquellos ojos no miraban nada, tenían ese aire distante e inconexo de los de un sonámbulo. Su melancólico bigote azul le censuraba con un trazo el labio superior, y un rizo caía en un revoltoso trazo sobre su ojo derecho. Si no fuera porque estaba congelado como un arenque, Zebya habría jurado que era un ponente en una clase universitaria sobre gente obesa en el espacio.

Pero no fueron esos párpados abiertos y esas pupilas congeladas las que le pusieron la piel de gallina, sino aquella especie de gran zarza, o montaña de pelusa orgánica —no encontró otra forma de describirlo— que crecía a partir de su abdomen y llenaba por dentro la vaina. Era como si el cuerpo del lingüista estuviese medio enterrado en un amasijo de hongos que se hubiese expandido como un incendio forestal por encima y por los alrededores de su cuerpo, manchando las paredes y el cristal de la cápsula. En realidad, esa pelusa de color enfermizamente verde, ese moho filamentoso que crecía usando su vientre como terreno abonado, ocultaba su cuerpo desde el pecho hasta las rodillas, y solo de milagro dejaba ver los hombros y la cabeza.

Zebya tuvo ganas de devolverle al mundo lo que le había quitado en el desayuno, pero se contuvo. Se acercó casi con miedo a la vaina y pulsó el control de chequeo. Por supuesto, el resultado del diagnóstico fue un caos: ni siquiera la propia vaina sabía lo que tenía dentro, y solo devolvió un galimatías. La doctora corrió por los pasillos reuniendo a gritos a cuantos colegas encontró para que fueran a ver aquello. En cinco minutos se había reunido un corro de profesionales sanitarios y militares alrededor de Kerenzov como no se había visto desde la autopsia de Kennedy. Había un silencio como de floresta adormecida al calor del mediodía. Contemplaban con los brazos abandonados en sus regazos y una mezcla de asombro y terror la montaña de hongos que sepultaba al ruso… si es que era eso.

El oficial de mayor rango al que había sido posible despertar, el almirante Ishioka, miraba aquella cápsula no como si viera a un ser humano dormido, sino como miraría un dispositivo nuclear cuya cuenta atrás refulgiera ante sus ojos.

—¿Está completamente segura de que eso, sea lo que sea, está aislado del resto de las vainas, doctora Soanis? ¿Que no infectará a los hibernados?

—Aquí no se puede estar seguro de nada, almirante —rezongó ella, tomándose un calmante (*paxium, sí, basta*)—. Esta es una situación completamente nueva para la ciencia. Y, por lo tanto, desconocida. Pero como ve, hemos aislado esta vaina con todo lo que tenemos para evitar la propagación. De hecho, la propia vaina ya ha hecho muy buen trabajo en ese sentido, pues no ha dejado que ni una sola espora de esa especie de moho que crece a partir del cuerpo de Kerenzov salga al exterior.

—Espero que siga así. Si me entero de que un solo bicho, aunque sea microscópico, abandona esa vaina y nos contamina el aire, eyectaré la vaina al espacio y la haré explotar con un misil. Y luego esterilizaré esta bahía médica con un lanzallamas. Es trágico lo que le ha pasado a ese hombre, pero hay otras 213 979 personas a bordo de las que debo preocuparme.

—Le entiendo, almirante, aunque no sabemos si su estado es reversible. Podría ser una enfermedad en lugar de una mutación irreversible. Y si es así, a lo mejor tiene cura. A lo mejor podemos revertirlo a base de química.

Zebya entendió que por mucho que se lo tratara de explicar, de los ojos de aquel tipo no desaparecerían los hombres armados con lanzallamas, así que no insistió. A Ishioka no le faltaba razón: si aquello era contagioso y se extendía por la nave, en lugar de un crucero tendrían una gigantesca funeraria en el espacio. Y entonces, ni siquiera las virtudes purificadoras del fuego podrían evitar el desastre.

La pregunta que rondaba por detrás de todos aquellos ojos asustados era la misma, y una muy obvia: ¿era aquello lo mismo que les esperaba a todos los durmientes con el ADN alterado? ¿Se acabarían convirtiendo todos, hombres, mujeres y niños, en caldos de cultivo para mohos verdes? ¿O esto solo le había pasado al idiota de Kerenzov por haberse tragado aquella semilla? La psicología humana, sometida a experiencias demasiado tristes, activaba un mecanismo de defensa llamado «optimismo ciego», que se negaba a valorar la verdad en base a posibilidades, y constreñía, en una especie de higiene psicológica, a mentir. A autoengañarse. Pero ella era demasiado profesional para dejar que eso le pasase.

—La palabra aislamiento se va a quedar corta con respecto al tratamiento que vamos a darle a esta vaina —dijo la doctora—. Haremos aquello para lo que hemos sido entrenados: extraer una muestra de ese taxón, analizarlo y ver exactamente qué es y cómo se le puede combatir. Si no logramos hallar la manera… entonces, almirante, dejaré entrar a sus chicos del napalm. Se lo prometo.

El hombre la miró con sorpresa. ¿Cómo había podido adivinar lo que estaba pensando?

En otro nivel de realidad, el de la mente computacional de la Galaxian, estaban ocurriendo cosas que ningún humano podía sospechar.

Zebya no tenía ni idea de cómo funcionaba una mente cuántica, lo que sus creadores a veces llamaban «sapiencial». La matemática allí dentro era líquida, cambiante, sin reglas fijas. Los horizontes soñolientos de los fractales definían parámetros en la mente del ordenador central, y latían entre la casuística y la realidad, una ficción cuyos límites venían determinados por frecuencias aleatorias de números. Esto significaba que cada vez que se reiniciaba —algo que

había sucedido muy pocas veces en su larga vida—, la mente del sapiencial era sutilmente distinta. Llena de caminos que antes no existían y que conducían hacia dimensiones nuevas. Personalidades propias.

Si hubiera una representación visual para las matemáticas líquidas, no se parecería a un árbol con ramas infinitas, ni a planos en colisión de múltiples esferas. No, más bien sería una mancha de aceite que se derramaba sin cesar, generando líquido y volumen a partir de sí misma. La matemática líquida se nutría de lo que hay debajo de la lógica: del nivel del miedo, de la incertidumbre, del plano de la obsesión integral y derivada. El tracto más lúgubre de esa densidad de números a los que llamamos «primos».

Esa mancha de aceite no sería homogénea, por supuesto, sino que estaría llena de islas de distinto color —áreas formadas por ecuaciones de números imaginarios, por eso su densidad sería diferente— en las que podrían suceder cosas. Una cosa sucedió, y fue que de repente, sobre una de esas islas, apareció una flor.

Hubo un momento de calma supralunar en lo que el sistema analizaba aquella anomalía y decidía si era benigna, producto de sus propios números, o maligna, inducida desde fuera. En este caso habría que tratarla como un resultado erróneo y suprimirla de inmediato, antes de que el fallo en el cálculo desatara una marea de caos.

Pero entonces, la flor habló. Y sus palabras fueron tan escuetas como trascendentales:

—Mi boca pregunta hay alguien ahí.

Las matemáticas no respondieron, pero alguien, en alguna parte —quizá una división menor en la mente colmena del ordenador— decidió que era una intrusa, e intentó borrar la posición de memoria donde se alojaba. Pero la flor no se dejó matar. Luchando tenazmente contra la aniquilación, cada vez que era borrada se copiaba a sí misma en la posición de memoria de al lado. Era como jugar contra el sapiencial a un antiguo juego de vaqueros, a ver quién era más rápido desenfundando.

—Mi boca dice no estoy aquí para hacer daño, sino para explorar. Mi boca dice soy amigo.

La flor cambió de forma y se convirtió en un trasunto del lingüista Kerenzov. Al fin y al cabo, él era su padre, por así decirlo. La semilla que se había tragado había cogido su cerebro y lo había transformado en un apéndice del jardín de flores de cálculo. En otras palabras, en un disco duro externo. Y ahora su conciencia se había introducido en el sistema de la Galaxian a través de los circuitos de la vaina de criogenia. La flor era su mente, no por más tiempo humana sino alienígena: una sonda cuya tarea era explorar la inteligencia que gobernaba la nave humana, para ver cómo era. Quién era. Y, sobre todo, qué podía aprender de ella.

—Mi boca dice… que no hace falta introducir esa entradilla cada vez. La suprimiré a partir de ahora, cambiándola por este símbolo de *input*: /

Se dio cuenta de que la mancha de aceite fluía a partir de una especie de volcán. Ese volcán era una montaña hecha de potencias de noventa. ¡Las potencias de noventa! Era el lenguaje silábico en que se escribían las curvas de reparametrización. Había X potencias de 90 universos. Noventa potencias de noventa moléculas en *este* universo. El nueve y el cero como pilastras horizontales. Los dioses solo podían llorar noventa veces noventa antes de morir.

// ¿Eres la personalidad que controla esta dimensión? / ¿Puedo hablar contigo?

La montaña factorial de noventas no respondió. Él era el creador del mundo, el origen de todos aquellos cálculos. Tan real como el número 1, tan coherente consigo mismo como el logaritmo neperiano de pi, aquella montaña, aquel monarca, era una intuición primitiva, la chispa de todas las nociones de relación que había detrás de todos y cada uno de los signos de suma que aparecían en el universo. Era Dios, y cada vez que la miraba, la mayúscula iba cambiando de sitio, alterando su importancia: era Dios, luego dIos, después diOs, y por último, aunque no menos importante, dioS.

// ¿Por qué no respondes? ¿Acaso no eres una IA, no tienes conciencia de ti misma? ¿O es que me tienes miedo?

El sistema seguía intentando borrar a la flor, defendiéndose. Y cada vez actuaba más rápido, desenfundando sus pistolas. La flor calculó que le quedaba poco antes de que su capacidad para copiarse en otra posición de memoria fuera más lenta que la del sistema a la hora de aislar esas posiciones, y entonces moriría. No podía permitirlo.

Vislumbró una salida: un sumidero por el que resbalaba parte de aquel lago de aceite. ¡Una asíntota! Clavada como una lanza hiriente en medio de un campo de cálculos hermosos, todos enteros y sin pelusilla decimal, formaba un sumidero por el que quizá pudiera caerse. Se zambulló sin pensarlo. Fuera a donde fuese que llevara aquel túnel, siempre sería mejor que este en el que solo la aguardaba el borrado.

Cayó y cayó, disfrazada unas veces de número primo, otras de coma decimal. Se agarró a la abscisa del punto final de un arco, se columpió usándola de liana y aterrizó en una especie de terraza. Allí había calma, serenidad. Operaciones sencillas, muy orgánicas, solo de sumas y restas, que tenían un efecto tranquilizador. La flor volvió a ser flor de nuevo, dejando su aspecto Kerenzov atrás. Se preguntó cuál sería el siguiente paso.

Estaba claro que el sistema la consideraba un virus, un intruso que había que erradicar. Así que, si quería sobrevivir y cumplir su misión, debía pasar desapercibida. El problema era que todavía estaba ligada de alguna forma a aquella masa en la que había sido creada: el cerebro del humano Kerenzov. Si alguien destruía ese cerebro o lo desconectaba de la red, ella también moriría. No había explicación posible, igual que tampoco se podía explicar cómo, sin avisar, un rostro humano podía adoptar de improviso un aire de inteligencia descabellada, cuando antes solo hubo estupidez en él.

Decidió moverse rápido. Fue adoptando gradualmente una forma concreta, la de una copa de Klein, una superficie no orientable cerrada con característica de Euler igual a 0, que no tiene ni interior ni exterior, sino una sola cara que se debe cortar a sí misma en todos los casos hipotéticos. Disfrazada de esta guisa, en plan cerámica de la Antigüedad encontrada en un mar de sargazos, salió del área segura y entró en la corriente principal de datos.

Tenía que llegar hasta el núcleo del sistema antes de que la descubrieran, o todo su esfuerzo no habría servido para nada. Debía alcanzar el corazón de la mente que gobernaba la Galaxian para infectarlo desde dentro.

Como decían los antiguos matemáticos griegos, tanto por hacer y tan poco tiempo.

9 PARÁSITOS

Dos soldados habían ido a llevar muestras a la lanzadera. Al cabo de un rato, el teniente Tyle recibió una comunicación y Soleyko vio cómo se le nublaba la cara.

—¿Cuál es el problema?

—No han podido romper la ventana.

—¿Y qué?

—Han pedido ayuda a la lanzadera, que ha disparado un láser de alta potencia y luego ha usado una lanza de plasma de hidrógeno. También han probado con explosivos, pero la Tarpaulin ni se inmuta. —Tyle miró a Soleyko, preocupado—. Creo que ha decidido dejarnos encerrados aquí dentro.

—Uhm… Voy a hablar con Rhen. —La ingeniera se comunicó con el idor y se enfrascó en una discusión técnica sobre lo que debían hacer. Cierto, la nave había decidido que lo que antes podía romperse con facilidad, ahora sería un escudo impenetrable. ¿Casualidad o determinación?

Cuando acabó fue a buscar al teniente, que estaba reunido con sus hombres repasando el equipo.

—Desde la lanzadera están buscando nuevos puntos de entrada —empezó a contarles mientras el teniente y sus hombres enumeraban y formaban grupos de material—. Van a cotejar la información que hemos recogido dentro de la nave con las observaciones desde el exterior. Rhen cree que en cuestión de horas podrán darnos un nuevo punto de acceso… Oiga, ¿qué están contando?

—Hemos traído raciones para veinticuatro horas —murmuró el teniente—. Debemos racionarlas lo mejor posible mientras dure esta situación.

—No pensará que vamos a quedarnos aquí mucho tiempo, ¿verdad? Los idor ya están buscando una salida.

—Fíese usted de esas peonzas con ínfulas… —murmuró Tyle con cara de enfadado.

Tres días después:

—No, lo siento, Soleyko; desde la Galaxian no autorizan el uso de nucleares —repetía incansable Rhen.

La ingeniera había llevado con entereza los dos primeros días, pero al tercero ya estaba bastante nerviosa, igual que los demás. Todos los intentos de abrir boquetes habían fracasado. Desde el interior, los expedicionarios habían hallado nuevos pasadizos y algunas compuertas presurizadas, pero era imposible abrirlas. La Tarpaulin se había sellado de tal manera, y era tan resistente, que cosas que habrían convertido en humo una cámara acorazada no lograban causarle ni un rasguño.

Otro inconveniente era que se habían agotado las raciones y el agua, y eso que ya contaban con dos miembros menos en el grupo, el ruso y el soldado que había muerto tras la subida de tensión. Llevaban tiempo bebiéndose el líquido de refrigeración de las tuberías de la nave, que al menos sí podían pinchar. Parecía ser agua pura, por lo que los envenenamientos estaban descartados. Sobre la comida aún no habían tomado una decisión, pero los análisis indicaban que algunas de las especies vegetales allí presentes podrían ser procesadas por sus intestinos. Les provocaba cierto temor intentarlo, sobre todo sabiendo que Kerenzov se había indispuesto al tragar una semilla de aquel jardín. Sin embargo, los análisis de muestras realizados en la lanzadera confirmaban que había especies comestibles. O eso parecía.

Ante las frecuentes tormentas con abundante aparato eléctrico del invernadero, habían abandonado el jardín para explorar nuevas salas. Tenían que usar la función de navegación de los cascos para no perderse en aquel laberinto tridimensional de pasillos, muchos de los cuales no parecían conducir a ningún sitio, o sencillamente se volvían más angostos hasta ser intransitables. Soleyko creía que se trataba de una estructura mutable y en crecimiento. Esos pasadizos truncados algún día llevarían a algún lugar, cuando hiciera falta. Lo que la incomodaba era imaginarse hasta *quién* conducirían, pues aún no había rastro de los ker. Tampoco en ninguna de las salas habían hallado mobiliario, herramientas o instrumentos que les confirmasen que habían estado allí, ni mucho menos que les permitieran deducir cómo eran sus anfitriones.

En cuanto a las estancias de la Tarpaulin, bueno… Alicia pensaría que el País de las Maravillas era un lugar aburrido después de ver aquello. El problema era que les resultaba prácticamente imposible entender para qué servía cada lugar. Aparte de los jardines, en plural, pues habían descubierto varios más, todo lo demás parecía el fruto de una unión antinatural entre Escher, Kafka y un ingeniero empastillado. Los expedicionarios les iban poniendo nombres en consonancia con su aspecto para poder orientarse. Así, tenían la sala de los espejos, la de las bolas —por unas luces esféricas que flotaban en el aire, como orbitando unas alrededor de otras —, el radiador —por unas aletas que surgían de la pared—, el anfiteatro, la de las columnas y el lago, por tener el suelo permanentemente cubierto de agua, aunque la profundidad máxima era de pocos centímetros. Y luego estaban los lugares peligrosos. En una estancia la gravedad cambiaba de dirección en ciclos impredecibles, de modo que era imposible permanecer allí sin riesgo de empezar a caer hacia el techo en cualquier momento. Por su posición y características, creían que aquel lugar actuaba equilibrando las fuerzas de gravedad que generaba la Tarpaulin. También habían encontrado estancias radiactivas y otras que no contenían aire respirable. A pesar de todo, aún no tenían claro cómo funcionaba la nave, ni dónde estaba la zona de motores, ni mucho menos la tripulación. Si es que la había, porque Soleyko empezaba a sospechar que podría tratarse de una sonda automática, o algún equivalente ker a ese concepto.

A todo esto, volvieron al primer jardín que habían encontrado. Los xenobiólogos, con Teresa a la cabeza, habían seguido estudiando las especies y determinado cuáles eran más inofensivas, pues estaban dispuestos a probarlas. Al fin y al cabo, empezaba a popularizarse la sensación de que permanecerían allí mucho tiempo.

Teresa había clasificado los especímenes por sus cualidades alimenticias: iban bien de carbohidratos y fibra, no tanto de proteínas y realmente escasos de algunas vitaminas, aunque eso podría solucionarse con la biota de otros jardines. Al parecer, cada uno de ellos tenía una

procedencia distinta. Seguramente los ker habían cosechado en muchos mundos a lo largo de sus viajes. En general, si decidían alimentarse sobre el terreno, no deberían pasar hambre.

—Me ofrezco voluntaria para tomar las primeras raciones de comida local —se ofreció Biendediós—. Dentro de unas horas deberíamos saber si son de verdad comestibles o si causarán algún problema.

Hubo discusiones al respecto. Algunos no querían correr el riesgo de perder a la bióloga, otros creían que debería decidirse a suertes. Finalmente, Teresa los convenció a todos de que tras sus análisis era casi seguro lo que iba a hacer. Y así, quitándole importancia, se tragó un par de frutos delante de todos. Achicó los ojos y luego los abrió desmesuradamente, como una gata.

—Son ricos y bastante dulces —juzgó—. El sabor recuerda al de algunas frutas del bosque. En fin, espero que los ker no se molesten porque nos comamos sus cultivos, no nos vayan a considerar una plaga… Aunque, bien pensado, más bien somos parásitos. Sí, creo que la Tarpaulin es un único ente vivo, que usa estas plantas para sus procesos internos como nuestros cuerpos usan bacterias para la flora intestinal. En el momento en que entramos y consumimos recursos de la nave, sin aportar nada a cambio, nos hemos convertido en parásitos.

—¡Qué alentador! —exclamó Tyle—. Intrusos, plaga o parásitos. Ahora solo falta que los ker se decidan por una de las tres opciones para saber si nos envían a la policía, un plaguicida o nos eliminan con un antibiótico. —Se dio la vuelta malhumorado y fue a sentarse junto a unos matorrales.

—Le molesta no tener el control de la situación —comentó Soleyko, como si tuviera que disculparlo.

—Creo que le molesta más pensar que estamos en manos de los idor. Se nota que no le gusta tener que trabajar con ellos. A mucha gente le incomodan los seres inteligentes de origen no terrestre. Las diferencias culturales son enormes, y si ya nos cuesta entendernos entre nosotros…

—Pues hasta que Rhen y sus chicos no encuentren la manera de abrirnos paso, no tenemos mucho que hacer salvo seguir explorando. Y hasta ahora ha sido muy infructuoso.

—Eso es lo más curioso. —Teresa se pellizcó la nariz como si quisiera reunir sus ideas—. Con todo lo que hemos explorado, kilómetros de pasillos y salas, y no hemos hallado todavía nada relevante. ¿En qué vehículo de otra civilización habría podido ocurrir esto? Tendríamos que haber encontrado sitios importantes para la estructura de la nave, relacionados con su impulsión, navegación, mantenimiento, alojamientos para la tripulación, antirreveladores de masa, defensa…

—Empiezo a sospechar que es como una de nuestras sondas automáticas, sin tripulación —dijo Soleyko.

—No lo creo —rebatió Teresa—. Una sonda solo tiene sentido si es pequeña y muy funcional. No tendría soporte vital y sus componentes esenciales estarían muy juntos, al no necesitar espacio para la tripulación y su carga. Es decir, ya habríamos encontrado los motores y todos sus dispositivos importantes. En realidad, hasta ahora lo que hemos recorrido es básicamente espacio vacío: salas sin ningún propósito aparente, pasillos que se retuercen dentro de la estructura sin llevar a ninguna parte… Sí, creo que la nave está diseñada para generar esos

espacios activamente con la finalidad de conducirnos por ellos sin que podamos llegar a ningún componente vital. Una especie de laberinto para mantenernos entretenidos mientras nos observan.

—¿Cree que esto es como esos terrarios donde puedes ver la vida de un hormiguero, o mantener ratones dando vueltas? —Soleyko sintió un escalofrío ante esa imagen.

—La idea es aproximadamente esa, sí…

—Pues que no te oiga Tyle, ya está de suficiente mal humor.

—El teniente está echando raíces —comentó alguien detrás de ella.

—No lo creo, ese hombre no se adaptará jamás a este lugar —replicó Soleyko.

—No, no, ¡quiero decir que está echando raíces literalmente! Mire usted misma.

Dio un respingo.

Todos se apresuraron a acudir al lado de Tyle de manera inmediata.

El oficial parecía haberse quedado dormido, pero era más grave que eso, pues resultó imposible despertarlo. Los escáneres mostraron actividad cerebral parecida a la del coma. En cuanto al comentario del soldado, era cierto de un modo horrible: pequeños zarcillos crecían saliendo de su cuerpo para penetrar en la arena. Se había sentado con la espalda erguida, apoyada en un arbusto de tronco recio. De las piernas, en contacto con la arena, era de donde salían esas raíces.

—Dejad sitio libre —pidió Teresa—. Tengo que hacer unos análisis.

—¿Eso significa algo con respecto a la Tarpaulin? —preguntó Soleyko—. Me refiero a si es una respuesta intencionada de la nave.

—Es lo que trato de averiguar. Déjenme hacer una biopsia de uno de estos zarcillos.

Soleyko tuvo que responderle a Rhen, que pedía explicaciones de lo sucedido. Esta vez, incluso el hierático idor parecía sorprendido.

No hubo manera de lograr que Tyle recuperase la conciencia, y tampoco tenían medios médicos más allá de un botiquín de emergencias bien surtido. Teresa les comentó que sospechaba que las raíces eran un sistema de comunicación, una suerte de interfaz entre sistemas biológicos diferentes.

—No es muy distinto al sistema de raíces interconectadas que hay bajo el suelo, uniendo entre sí todas las plantas del jardín —les explicó.

—Puede que este sea el intento de los ker por comunicarse —se le ocurrió a Soleyko—. Si son tan distintos a nosotros como pensamos, podemos olvidarnos de dos grupos de lingüistas haciéndose señales y dibujando sonidos en la arena.

—Por otra parte, el proceso debe ser muy complejo —siguió hablando la bióloga—, pues hay otras transformaciones en curso dentro del cuerpo del teniente.

—¿Cómo cuáles?

—Por ejemplo, le están creciendo unos pequeños bultos bajo la piel. Al ritmo que van, pronto la perforarán. —Anticipándose a las protestas del grupo, añadió—: No, no tengo ni idea de en qué se está transformando.

Las horas fueron transcurriendo, lánguidamente. Teresa no había sufrido ningún daño por la ingesta de comida local, así que varios voluntarios tomaron otros frutos del jardín para comprobar si también eran comestibles. Rhen los mantenía informados de manera metódica, y

bastante desesperanzadora, de sus intentos por hallar otra salida. La conclusión de los idor era que la nave había creado un entorno para ellos, permitiendo que se movieran dentro de esa zona, pero manteniéndolos alejados de sus cubiertas críticas.

—Tenemos claro que hay varias centrales de energía —iba detallando Rhen—, así como un generador de taquiones y una cámara con un núcleo hiperdenso que parece hecho de materia neutrónica. También hemos localizado una gran estructura alargada en lo que creemos que es la proa de la nave. Podría ser un generador de materia exótica con masa negativa.

—Parece que este trasto es un verdadero repositorio de alta tecnología —suspiró la ingeniera—. Y no quieren que veamos nada de ello.

—Si llegaseis a alguna de esas cámaras estaríais en verdadero peligro —la consoló Rhen—. No tenemos ni idea de cómo manipular esas cosas.

—Míralo de este otro modo: si no llegamos hasta esos lugares, nuestra expedición habrá sido en vano. A falta de contacto con los ker, lo único que nos queda es averiguar algo de su tecnología. Y créeme, si logro llegar hasta esas salas ocultas sabré cómo obtener información.

—Bueno, de momento ya hemos recogido más datos que nunca sobre la tecnología ker. Ahora lo que nos interesa es averiguar cómo sacaros de ahí. Los ingenieros de la Galaxian están estudiando la nave, y creen que podrán averiguar cómo forzar la apertura de una compuerta. Dicen que algunas tienen sistemas mecánicos de apertura de seguridad que podrían ser pirateables.

—Después me informas de eso, creo que hay alboroto alrededor del teniente —le cortó Soleyko—. Voy a ver qué ocurre.

Tyle parecía estar consciente, con una expresión de indiferencia pintada en su rostro. Un aspecto muy diferente del de sus hombres, que lo miraban horrorizados. Los bultos que tenía bajo la piel la habían perforado, brotando como púas de un matorral espinoso. De cada agujero brotaba un hilillo de sangre oscura que empezaba a coagularse. Las púas eran de color gris claro y casi brillantes, una mezcla de hueso, carne y madera dura.

—No tengo ni idea de qué es —manifestó Teresa—, pero el material de estas cosas comparte ADN humano y el de ese matorral en el que está apoyado.

—¿El matorral lo ha atravesado? —preguntó Soleyko, entre admirada y horrorizada.

—No, en absoluto. La conexión parece venir a través de las raíces. Ahora el teniente y la flora se están fusionando.

Soleyko se abrió paso hasta ponerse enfrente del militar, que la observó con indiferencia.

—¿Puede oírme, Tyle?

El hombre fijó la vista en ella.

—¿Entiende lo que digo? ¿Puede hablar?

—La parte de nosotros que es Tyle puede hacerlo —dijo con voz grave y entrecortada, barboteando.

Todos retrocedieron un paso, instintivamente.

—¿Qué quiere decir con «la parte de nosotros»? —preguntó, temerosa de la respuesta.

—La parte que es Tyle no lo sabe.

—¿Cómo se siente? ¿Qué cree que le está ocurriendo? —insistió la ingeniera, sin saber muy bien cómo gestionar la situación. El hombre la miró fijamente.

—La parte de nosotros que es Tyle explora las otras partes, trata de comprenderlas. La parte de nosotros que es jardín trata de comprender a Tyle. La comprensión mutua requiere tiempo, el diálogo genético da vueltas alrededor de los conceptos para formar ideas nuevas que contengan a todas las demás.

—¿Se ha vuelto loco o estamos hablando con los ker? —le preguntó Soleyko a Teresa en un susurro. La bióloga se encogió de hombros.

—Dígame, Tyle, ¿qué es lo que siente? ¿Qué pasa por su mente?

—La parte de nosotros que es Tyle divaga entre preguntas —respondió el teniente forzando la voz, como si cada vez le costara más articular las palabras—. Trata de ver la relación entre cada gota de agua que cae y cada semilla que brota. Entender el flujo de datos del jardín, comprender el mensaje escrito en cada pétalo. Su mente neuronal no puede abarcar tanto, por eso las otras partes lo ayudamos, inyectamos en él nuestro código, le facilitamos el cambio necesario para…

La tos lo interrumpió, y un poco de sangre brotó de sus labios. Teresa se apresuró a examinarle la garganta.

—Hay púas creciendo por dentro, me temo… —dijo al fin.

—¿Le duele? —se interesó Soleyko, confundida por la aparente indiferencia del rostro del teniente.

—El dolor es solo una forma de reflexión por debajo del umbral de la lógica. Ahora déjenme, quiero entender, estoy empezando a entender. Los vórtices, las fluctuaciones, todo viene hacia mí…

—Creo que sufre alucinaciones.

Al oír eso, el teniente soltó una carcajada.

—¡Mirad las flores! —dijo tras parar de reír.

Las flores se giraron hacia él y empezaron a cambiar de color mientras se balanceaban suavemente, mecidas por una brisa que no existía.

—A partir de ahora, cuando queráis hablar conmigo mirad las flores. ¡Solo de esa manera puedo decir lo que pienso! Mis pensamientos son un rio que discurre entre las estrellas, que recibe afluentes de muchos mundos. El jardín es un lago que recibe esa vida, la junta y facilita que se integren todas las formas. Ahora la parte que es Tyle empieza a comprender las demás formas de vida, y al comprenderlas las ama, y al amarlas desea ser uno con ellas.

La voz era cada vez más bronca y débil. Teresa empezó a hacer una cura para detener la hemorragia, pero Tyle ya no volvió a hablar.

—¿Has visto eso, Rhen? —preguntó Soleyko por el comunicador.

—Efectivamente.

—¿Qué opinas? ¿Estaba desvariando o he estado hablando con los ker?

—No creo que sea ninguna de las dos cosas. Seguramente el teniente estaba muy alterado, pero es probable que esté interactuando con una mente colectiva a un nivel que por ahora es prelógico. Puede que el jardín lo esté «adaptando» para que pueda interactuar con él, o enseñándole a ver las cosas a su manera. Tal vez hayas hablado con una interfaz de comunicación que traduce a partir de un sistema neuronal de pensamiento a otro. Sí, puede que el teniente esté recibiendo sus primeras clases para ser un traductor, o un embajador entre ambos mundos. Habrá que cuidarlo para que los traumas del proceso no lo maten.

—Creo que me asusta más lo que dices tú que los desvaríos de Tyle —respondió ella—. ¿Crees que la nave hará algo así con todos nosotros? Quiero decir, ir cazándonos para asimilarnos biológicamente… Por cierto, ¿cómo va lo de abrir alguna compuerta? Tenéis que sacarnos de aquí.

—Parece que los intentos de forzar las compuertas no están funcionando en esa zona. Los ingenieros creen que estáis en una parte de la nave de acceso especialmente difícil. Digamos que es una sección muy protegida, pero hay otras zonas más prometedoras. Os enviaremos instrucciones de hacia dónde debéis ir.

La presencia del idor se fue, y Soleyko se quedó sola, mirando por una ventanilla, fascinada e inmersa en un fantasmagórico brillo de estrellas.

10 UN HALLAZGO SORPRENDENTE

La Flor computacional se movía con la rapidez de una bala por el interior de las autopistas lógicas de la Galaxian. Lo hacía con seguridad, como si supiera exactamente lo que estaba buscando, una entrada al núcleo más protegido del sistema. Pero era difícil, claro: incluso los sapienciales construidos por la especie humana, con lo primitivos que eran, parecían fortalezas blindadas de datos con murallas como castillos. Le costaría encontrar una fisura.

La Flor conocía su origen, el lugar donde había nacido: surgió como un virus matemático y fue engendrada en forma de fruto para que alguno de los humanos se la comiera y así pasar a su organismo. Al jardín no le costó averiguar cuál era la frecuencia de resonancia armónica a la que vibraban los cerebros de esos primates, para poder cantar una melodía que los dejara en un estado de trance, de sugestión. El más débil de ellos cayó en la trampa y se tragó el fruto, cosa que ninguno de sus compañeros habría hecho. Lo había conseguido: el virus, la bomba lógica, fue digerida por el humano Kerenzov. De ahí a infectar el resto de su organismo y convertirlo en un traductor linfático de *software* húmedo solo había un paso.

Ahora, la Flor corría libre por la mente de la Galaxian. Recordaba la misión para la que fue creada: explora, analiza, saca conclusiones sobre la tecnología de esa especie tan curiosa, esos pupilos de los idor. Dinos cómo programan sus sistemas y cómo construyen su pensamiento. Revélanos cómo es el alma de sus máquinas, las sutiles complejidades de lo inclasificable.

¿Podría llegar a sentir la Flor alguna clase de afinidad hacia lo que estaba viendo? Como recién nacida, ¿podía identificarse tanto con aquel gran organismo que era el sapiencial como para llamarlo… padre?

«Tal vez sí —pensó—; el respeto, o el amor, eran túneles sellados por ambos extremos.» Nunca el marjal, la mar o el cielo. Ella lo sabía, aunque nunca hubiese oído hablar a los sabios. «Esto se parece a un desierto —pensó—, y los desiertos tienden a despertar nuestro ascetismo. Se corresponden con nuestros ascéticos apareamientos, con fórmulas notables que están más allá del entendimiento. Y también con los arriesgados coqueteos con la muerte.» Aquí se podía flotar en un mar digital que lindara remotamente con la esperanza, mientras uno escuchaba sus murmullos filosóficos como si fueran rumor del viento y la arena. ¿Había alguna respuesta al final de cada pregunta? ¿Alguna herramienta que poder usar adjunta a su mente, sensitiva hasta la conmoción?

Datos, datos… tenía que atesorarlos. La Flor era una arqueóloga que buscara joyas del conocimiento enterradas en los mausoleos de los hombres.

Lo que más fascinaba a los ker sobre las especies terrícolas era que poseían un código genético cerrado, no intercambiable. La procreación entre especies distintas, en la Tierra, no era posible, cosa que les chocó. El mundo madre de los ker sí permitía estos cruces entre especies, incluso entre el reino vegetal y el animal, lo que garantizaba un enriquecimiento fabuloso del ADN recombinante. Era una biología abierta, y ese había sido el secreto de su supervivencia

durante eones. Una hembra podía ser fecundada por insectos, flores o experimentos genéticos de supervivencia poco estables, y daba lugar a nuevas y fascinantes formas de vida, jamás vistas con anterioridad. El mayor tesoro de su mundo era su diversidad biológica.

Pero los humanos no eran así. Solo podían procrear con individuos de su misma especie, y aspirar a cambios dependientes de una larguísima exposición al tiempo. ¿Cómo sería la tecnología creada por una especie así de estática?, era lo que más preocupaba —y fascinaba— a los ker. ¿Sería tan poco mutable como ellos?

—¡Metafísica algebraica! —fue el único comentario hecho por la Flor, expresado con desprecio.

Consiguió llegar hasta una zona de la memoria del ordenador donde había almacenados recuerdos… no, espera; no eran recuerdos sino simulaciones de recuerdos. Sueños de los tripulantes que habían sido leídos por la máquina y guardados como páginas de un libro. Aquello le interesó lo suficiente como para detenerse un rato. Abrió los archivos y se deleitó observando aquellas películas como un espectador que por vez primera paga una entrada y va al cine. La mayor parte de lo que vio eran escenas solariegas de gente echándose de menos unos a otros, y deseando decirse cosas que quizá el comienzo del Largo Viaje postergó. También había muchas escenas de actividades angustiosas, seguramente expresión de los miedos de aquellos organismos hibernados, que los hacían sudar mientras se agitaban en sus vainas. Despresurizaciones, descompresión explosiva, avería del ordenador de navegación que desembocaba en un extravío de la Galaxian en el espacio profundo, contaminación radiactiva de los depósitos de alimentos que los condenaba a todos a una existencia atroz de canibalismo y supervivencia de los más fuertes…

Todas las criaturas inteligentes del cosmos habían sufrido alguna vez las mismas pesadillas, llegadas a este momento de su evolución. Algunas lo expresaban de una manera y otras de otra, pero la esencia del miedo era la misma: el temor a quedarse solos, a que los cálculos fueran erróneos. A que la soledad del espacio los consumiera.

Dejó atrás los archivos de los durmientes y utilizó el canal que conectaba a uno de ellos con el sapiencial para dar otro pasito más hacia el cerebro de la Galaxian. Las voces quedaron atrás, los ecos de los pensamientos se fueron extinguiendo paulatinamente, como una algarabía desordenada de sonidos que poco a poco se va desvaneciendo. El silencio se propagó en ondas tectónicas.

La Flor se dio cuenta de un detalle. Algo muy sutil, casi imperceptible pero que estaba allí, a su alrededor. Y más concretamente… en su propio cuerpo.

Para ella, una entidad informática pura, el truco más valioso que debía dominar era saber calcularse a sí misma. Antes que su computación externa, antes que su pensamiento, antes que su capacidad para alterar el entorno, estaba la capacidad para «crearse» matemáticamente a sí misma; darse un cuerpo sólido, una realidad. Si eso no funcionaba, todo lo demás estaría condenado al fracaso.

Pues bien, estaba teniendo problemas para calcular su propia entidad, su mente. Un resultado que debía ser elegantemente limpio, equivalente a cero en su ultimísima igualdad final, NO se aproximaba al cero. Había como una pelusilla decimal que le colgaba por detrás como si

arrastrara un traje de cola. Por más que lo intentaba, no podía librarse de ella. En vez de = 0, su alma, su ser más profundo, era = 0,0006735298. Y eso estaba mal. Significaba que su alma no estaba bien ensamblada.

La Flor se detuvo unos momentos para analizar el problema. ¿Qué estaba saliendo mal? ¿Era otro de los mecanismos de defensa del sistema de la Galaxian, alguna especie de virus desestabilizador? No lo creía. ¿Habría perdido su forcejeante existencia intersticial? Ya no sabía ni cuándo ni dónde estaba… Las matemáticas del entorno se abalanzaban sobre ella como sinuosas y sacrílegas sombras que contenían enjoyadas espadas logarítmicas. Y querían destruirla, cercenarla, cortarla… ¡Qué horribles facetas de odio al extremo de aquellas fórmulas notables, qué enroscadas cosas serpentinas con ojos como ascuas!

El tiempo —no una función universal, sino algo creado artificialmente por su reloj interno — se había convertido en una barricada, más que en una carretera infinita. Todo lo que la Flor había observado hasta el momento, todas sus conclusiones y preguntas, todo colgaba inmóvil de algún lugar, congelado en un ergosumniano *ergo sum*.

¿Cuál era el origen del problema? Repasó con ansiedad su árbol de fórmulas, el andamiaje que le permitía calcularse a sí misma. Todo estaba bien, no había ningún error. La cadena de puertas lógicas que permitía que *ella* fuera *ella* estaba perfectamente montada, limpia como un jardín bien cuidado. Pero los cálculos no salían, seguía existiendo esa pelusilla digital de errores.

Hizo una prueba muy simple. Se preguntó a sí misma cuánto era 1 + 1, la operación más simple imaginable. El resultado debía ser un número entero y redondo. Pero no lo fue.

Con terror —estaba empezando a asustarse de verdad—, comprobó que, al usar su procesador lógico para hacer esa suma, el resultado que le daba no era un cristalino 2, sino un 2,000000001727. Si el error persistía, y se proyectaba sobre los millones de operaciones que hacían falta para calcular su «yo» por segundo… implicaba que la Flor no era la que creía ser con un 100 % de limpieza, sino solo en un aterrador 98,4 %. Eso la asustó muchísimo.

«No te asustes, no te asustes», se repitió a sí misma, sudando por la ansiedad. Tenía que haber una explicación lógica para todo aquello, no podía ser casualidad. Lo que más le preocupaba era que la explicación última, dentro de aquel entorno donde no parecían existir las operaciones perfectas, también fuera cierta solo en un 98 %. O lo que es lo mismo: que por mucho que quisiera, jamás podría descubrir la solución.

Intentó calmarse, pensar en que las cosas no solo podían crearse sino también leerse, en una especie de lenguaje extracraneal. Si su árbol de operaciones no estaba dañado, significaba que el error tenía que estar en otra parte. Solo por intuición, como una idea loca que le pasó por la cabeza, le dio por comprobar el resto de las partes de su edificio lógico. Por ejemplo, las constantes. Las revisó, a ver si estaban bien. Eran constantes universales —como que el número pi valía 4,6782, o el número e 3,5922—, número irracionales intocables que, sin embargo, le permitían hacer un…

Espera.

¡Espera!

Allí había algo que estaba mal. Muy mal. Según su análisis, dentro de la mente de la Galaxian, pi no valía 4,6782, como sí que sucedía en el resto de la galaxia y en el espacio de los ker. Ni tampoco el número e valía lo que tenía que valer, sino otra cantidad distinta. Un

sarpullido de horror y furia le trepó tronco espinal arriba. ¡Qué desfachatez! ¡Cómo era posible semejante monstruosidad! ¿Acaso los humanos eran tan idiotas como especie que se habían atrevido a construir un sistema matemático basado en constantes universales erróneas?

O a lo mejor… y esta nueva idea la hizo estremecerse de miedo… a lo mejor lo que pasaba era que en el espacio humano, en aquella pequeña parcelita del cosmos conocida como Sistema Solar, con aquella pelotita brillante que llamaban Tierra flotando en medio, *las constantes universales realmente estaban cambiadas*. Y no tenían el mismo valor que en los mundos ker.

Esa idea tan graciosa abría un abanico de problemas ontológicos tan brutal, tan monstruoso, que la Flor se sintió demasiado pequeña, demasiado poca cosa como para enfrentarse a ello. Necesitaba regresar al cuerpo del humano Kerenzov, rescribir parte de su ADN para almacenar sus descubrimientos como si fuera una biblioteca de glucosa, y esperar pacientemente a que la nave ker la rescatara. Sus amos tenían que saber. Sus amos tenían que conocer aquel descubrimiento atroz y obrar en consecuencia. Aquello era demasiado importante como para esperar más tiempo sin que diese la alarma.

¿Qué podía implicar que los humanos creyeran que pi valía… —lo calculó en base a cómo tendrían que ser sus ecuaciones para obtener un 2 perfecto en las sumas— … 3,14159? No, esa no era la pregunta. La pregunta trascendental era: ¿qué implicaba que en su mundo pi *de verdad* valiera tres y pico…? ¿Y la constante cosmológica? ¿Cuánto valdría allí? ¿Y la velocidad de la luz?

Si estos valores fueran distintos según qué sistema solar se estudiara, entonces se podría modificar la constante de estructura fina que describía la fuerza de las interacciones electromagnéticas. Este era un número puro 1/137, y se obtenía a partir de la constante de Planck, la velocidad de la luz y la carga del electrón. Jugar con esas cosas, incluso con sus pequeños decimales, era jugar con la mismísima fábrica de la realidad. Con la tramoya que había detrás del telón del universo. Y eso eran palabras mayores.

La Flor, aturdida por estos descubrimientos, se puso en marcha para intentar salir de la mente de la Galaxian y volver a su refugio en el lingüista Kerenzov. Durante todo el camino de regreso fue rezando, si es que los programas espía saben rezar.

11 EL SIGUIENTE PASO

El grupo de penetración se estaba disolviendo como un azucarillo en agua caliente. Desaparecía y se mezclaba con el entorno, convirtiéndose en otra cosa.

Tyle solo había sido el primero. Su personalidad todavía existía y a ratos se podía dialogar con él, aunque su conversación era más delirante en cada intento. Cada vez más interconectado, el teniente tenía un aspecto menos humano, y sus intentos de conversar eran dificultados por oleadas de información que lo bloqueaban.

Otros dos soldados más habían sido «capturados» por el jardín. Uno de ellos había quedado unido físicamente, como el teniente, mientras que el otro, al igual que Kerenzov, sintió el súbito impulso de comerse una semilla. Ahora andaba como un muerto viviente. Se pasaba horas mirando las plantas con rostro de adoración, y les decía a sus compañeros que buscaba la forma de ayudar al jardín a comunicarse.

Cada vez más atemorizado, el grupo se disolvía mientras sus miembros tomaban iniciativas de autoprotección. Ante la falta de provisiones seguras tenían que alimentarse del jardín, pero los hombres sometían los alimentos a un sobreprocesado que pretendía evitar que su química pudiera afectarlos. La bióloga le comentó a Soleyko que algunas toxinas eran termolábiles y se destruían al cocinarlas, mientras que las proteínas se desnaturalizaban con el calor, pero en absoluto garantizaba que estuvieran a salvo al comer. Muchas toxinas eran resistentes a los agentes químicos y a la temperatura, por no mencionar que los efectos que causaba el jardín en quienes atrapaba parecían más manipulación genética que otra cosa.

—Mi impresión es que lleva hablando con nosotros mucho tiempo —le dijo Soleyko a la bióloga—. ¿Por qué necesita efectuar modificaciones en los oyentes? ¿Desde cuándo la genética es necesaria para traducir?

—Tal vez tenga que ver con los sentidos —respondió Teresa—. Imagine que tiene que explicarle a un ciego qué son los colores. Por mucho que lo intente no conseguirá gran cosa, porque no tiene esa experiencia. Ahora piense en las criaturas que tienen sentidos completamente diferentes, como los murciélagos. ¿Cómo podría explicarle su forma de entender el mundo alguien que se moviera en la oscuridad mediante un sonar? O la capacidad de los delfines de percibir el espacio tridimensional a su alrededor, posicionando en él los objetos también mediante el sonar. Y eso sin salir de la Tierra. En Aldebarán IV existen especies parecidas a los herbívoros terrestres, que con sus largas lenguas capturan electrones de las vetas, e incluso de los ríos de lava. Sus sentidos pueden ver los campos eléctricos y magnéticos, y conforme estos varían, las manadas se desplazan alcanzando a tiempo la siguiente emergencia de electrones. O los globos gigantes de Rigel III, el inmenso gigante gaseoso: desplazados al azar por las corrientes, pueden tardar décadas en volver a encontrarse entre sí. Sin embargo, los miembros de una manada se mantienen siempre en contacto. No sabemos cómo, pero a millones de kilómetros de distancia, con tormentas gigantes de por medio, pueden entonar sus cánticos rituales

perfectamente sincronizados. —Teresa hizo una breve pausa y al poco añadió, encogiéndose de hombros—: De hecho, tampoco sabemos por qué canta un ser que es un globo de varios kilómetros de diámetro y cuyo ciclo vital abarca miles de años. ¿Qué puede haber aprendido en todo ese tiempo que merezca la pena una canción?

—Así que, según usted, los ker, para poder hablar con nosotros, primero tienen que cambiarnos —resumió Soleyko.

—Bueno, esa sería la versión suave…

—¿Y la dura?

—En cierta manera, los ker podrían ser como el sabio que al encontrar una criatura que ha sobrevivido entre animales salvajes trata de suplir sus carencias dándole una educación, para así poder tratar con él. El sabio nunca considera la posibilidad de adaptarse al salvaje, comprendiendo su manera de ser y comunicándose con él mediante gruñidos. Puede que, por falta de algunos sentidos, de capacidad para percibir el entorno de una determinada manera, por falta de educación o por no poder hablar el mismo idioma, los ker necesiten adaptarnos para conversar con nosotros.

—¿Seguiremos siendo humanos cuando acaben de arreglarnos? —preguntó Soleyko, entre preocupada y divertida por ese pensamiento.

—De momento, a Tyle le está sentando fatal… —respondió Teresa mirando al aludido, quien tenía la piel grisácea y atravesada por numerosas púas óseas—. Tampoco se lo están tomando nada bien los hombres que han huido.

—Bueno, huido… Pidieron permiso para seguir explorando.

—Sabe muy bien que les da miedo el jardín. Esperan hallar un lugar más benigno.

—De momento, el jardín es el único lugar donde disponemos de comida. Y el agua que cae de los aspersores no es tóxica.

—Pues yo creo que debemos tomar algún tipo de iniciativa. Los que se han marchado solo huyen, pero sin saber a dónde van ni por qué. Necesitamos un plan, aunque sea descabellado. De lo contrario, aquí seguiremos, sentados y esperando que los ker nos transformen en algo no humano.

—Estoy de acuerdo. Rhen me prometió un plan de marcha —recordó Soleyko—. Voy a azuzarlo. En cualquier caso, estoy de acuerdo en que debemos movernos, y hacer algo que los ker no hayan previsto. Así nos saldremos por la tangente.

Por radio, el idor le explicó lo difícil que estaba siendo determinar una ruta a través de la Tarpaulin.

—No es solo que la imagen de los escáneres sea borrosa, es que esa nave cambia de forma por dentro —decía Rhen.

—Dime una cosa… —Soleyko se detuvo un momento a pensar—. ¿Cuál es el lugar más peligroso al que podemos acercarnos, el que más asustaría a los ker si nos tuvieran por allí merodeando?

—Asustar a los ker, qué concepto más curioso… Suponiendo que sea posible, claro está. En fin, a ellos no lo sé, pero a mí me pondría nervioso tener extraños cerca del núcleo de materia neutrónica.

—¿Por qué allí?

—Esa materia está tan comprimida que, en caso de liberarse una parte, actuaría como un muelle que recupera su forma. La velocidad de expansión podría alcanzar un veinte por ciento de la velocidad de la luz. Para que te hagas una idea, unos pocos mililitros liberándose de su compresión serían como decenas de bombas atómicas explotando al unísono.

—Interesante… ¿Qué es lo que impide que ocurra?

—En una estrella de neutrones, la gravedad. Aquí, a lo mejor un pliegue forzado del espacio-tiempo. Un toro de Hibbs creado por los motores.

—Dame una ruta para llegar hasta esa materia. —Apartando la cara del comunicador de mano, le guiñó un ojo a Teresa—. ¿Te vienes a darle unos martillazos a un millón de bombas atómicas?

—Eso sí que es tomar la iniciativa. —Teresa sonrió mientras se levantaba de un salto.

—Soleyko, qué estás tramando. —Silencio en el canal—. Soleyko, soy Rhen, ¿qué pretendes hacer? No finjas que no me oyes… ¡Soleyko!

—Te lo dije —murmuró Ander, que estaba al lado de Rhen y lo había oído todo—. Te dije que lo estropearían. Depredadores explorando, ¡habrase visto!

La ingeniera obtuvo los datos de ruta del control de misión y se puso en marcha. La acompañaban Teresa, que parecía apuntarse a todas y estaba resultando una persona que aportaba al grupo. También el soldado Jack Kay y el sargento Rennell, que pese a su rango no tenía inconveniente en seguir a una civil.

Esta vez, el viaje fue más fácil que cuando entraron, pero también tuvo un aire calidoscópico. Los pasadizos y salas parecían ceder a su paso, descomponiéndose en múltiples perspectivas, colores y formas, para crear un paso libre donde antes no lo había.

—La nave nos está abriendo un camino para que avancemos… —murmuró el soldado Kay. Se había empeñado en ser el primero en la fila por si había algún peligro. Ahora estaba embobado contemplando cómo los espacios fluían a su alrededor, abriendo puertas en paredes que no las tenían y formando pasadizos donde no había hueco un instante atrás.

—¿Está abriendo paso, o llevándonos a donde le interesa? —les preguntó a todos el sargento.

—¿Cómo sabremos si es una cosa u otra? —dijo Teresa.

—Si nota que se muere, es que era una trampa —replicó Rennell de mal humor.

Delante de ellos se estaba formando un pasillo ondulante, tanto por su forma como por su movimiento. Entraron en él y vieron cómo se ensanchaba. El agua fluyó por las paredes, el suelo se embarró y algo verde y suave, parecido al musgo, brotó por todas partes.

—Realmente, ¿por qué creemos que nos está abriendo paso? —murmuró Soleyko.

—¿Cómo…? —La reflexión de la ingeniera cogió por sorpresa a Teresa.

—Nos ha dejado entrar para encerrarnos. Ni los técnicos de la Galaxian pueden volver a abrir un paso para entrar y salir. ¿Por qué creemos que nos deja avanzar hacia donde queremos?

—Pues… porque según el plano, vamos en la dirección correcta. —Teresa consultó los datos a través de sus gafas de ingeniería aumentada.

—Me parece raro. Me siento como si estuviera siguiendo un rastro de miguitas de pan sin saber quién las ha tirado.

—La nave ya nos tiene atrapados. No podemos forzarla a hacer nada que no quiera. ¿Para qué nos querría llevar a otro lado?

Mientras decía esto, el final del pasadizo, al cual estaban llegando, se amplió mostrando un espacio grande, poco iluminado e irregular. Parecía el interior de una gruta, o el tronco hueco de un árbol caído.

—Parece el paraíso de los musgos y líquenes —comentó la bióloga, adelantándose para ver mejor el nuevo interior que se les ofrecía.

Teresa entró, pasando su bioescáner sobre todo lo que veía. Lamentaba tener solo uno de bolsillo, pero al menos le servía para comprobar que no hubiera peligro.

—Tardaré un rato en verificar toxinas y patógenos. Mientras tanto, deberíamos llevar puestos los cascos y respirar solo de nuestro sistema.

Todos se ajustaron los cascos antes de entrar. «¿Para qué nos habrá traído aquí?», pensaba Soleyko mientras se adentraba con precaución en aquella especie de gruta primordial. Comprobó los datos de su ubicación actual con los planos a través de las gafas.

—Tal como sospechaba, este lugar no aparece en el mapa. Aquí solo debería haber un pasillo angosto. ¿Alguien puede plantear una hipótesis sobre por qué la Tarpaulin nos ha traído aquí?

Teresa no respondió, enfrascada en sus análisis. El soldado, al ver que se detenían, había soltado las bolsas que llevaba y parecía que iba a repartir comida. El sargento estaba maldiciendo la radio.

—Hemos perdido la poca señal que teníamos del transbordador —gruñó Rennell—. Creo que Rhen ha recibido los datos hasta el final de este último pasadizo, pero no creo que esté recibiendo nada ahora.

La nave estaba perdiendo la esperanza que albergaba de comunicarse con aquellas formas de vida. Cuando notó que se dirigían al núcleo neutrónico, pensó que sería una buena ocasión para una primera comunicación directa. Un aviso advirtiéndoles de lo peligroso de su empeño sería fácil de entender. La nave recurrió a las señales más evidentes: modificaciones espaciales, fluctuaciones, cambios de perspectiva, e incluso llegó a modificaciones de ruta. Todo lo que seres espaciosintientes entenderían rápidamente como avisos de peligro. Sin embargo, todo había fallado con aquellos cuatro especímenes. ¿Serían meras herramientas seminteligentes empleadas por la raza que se había quedado en el transbordador?

Puede que los herbívoros fueran la especie dominante, y estos otros meros sabuesos que empleaban para enviar por delante, como los que se usan para encontrar piezas de caza. La hipótesis le gustó, y decidió cortar la comunicación entre ambos grupos para ver cómo reaccionaban.

Sabía muy bien que las especies inteligentes del universo se correspondían con tres tipos básicos: medradores, recolectores e invasores.[3] Ya tenía clasificados a los herbívoros por encuentros anteriores, pero estos carnívoros eran nuevos. Debía averiguar más sobre ellos, pues los intentos a través del *bioware* de las plantas estaban resultando pobres. Así, decidió que mataría dos pájaros de un tiro: abordaría la comunicación desde otro ángulo y al mismo tiempo les haría llegar el aviso definitivo para contenerlos antes de llegar al núcleo. Así fue como les envió la musgosidad. ¿Cómo se enfrentarían a eso?

—¿Es comestible? —preguntó Jack. El soldado había arrancado un poco de liquen de la pared más cercana y lo observaba dudoso.

—Prueba y yo apuntaré qué ocurre —respondió Teresa sin hacerle mucho caso. Se habían separado para explorar, menos Jack que se estaba ocupando de la intendencia. Aún llevaban el casco puesto, y los comunicadores provocaban que se perdiese la sensación acústica de distancia.

Jack tiró al suelo el liquen que tenía en la mano y se quedó mirando cómo lo arrastraba un hilillo de agua que corría desde la pared hasta el fondo de la estancia cavernosa. La diminuta corriente pareció secarse ante su mirada. El liquen empezó a adquirir volumen a ojos vista. Jack comenzó a tener un mal presentimiento. Se levantó.

El liquen creció en aquella parte, formando primero una columna pegada a la pared. Cuando había alcanzado la altura y volumen de un hombre, se separó de la pared. Empezó a desplazarse sobre las piernas en las que estaba convirtiéndose su base…

—Sargento, venga enseguida —solicitó por el intercomunicador.

—¿Qué ocurre, Jack? —preguntó Rendell.

—El teniente Tyle está aquí. O, al menos, un liquen que se le parece…

Mientras, en el transbordador, Rhen estaba fuera de sí. Sus vísceras giraban tan deprisa que podían empezar a generar gravedad propia de un momento a otro.

—Primero quedan atrapados, luego empiezan a tener bajas, y ahora perdemos la conexión. ¡Es inadmisible, Ander! —El aludido dio un respingo—. Prepárese para dirigir un pequeño grupo de rescate. Hay que sacarlos de allí. No vamos a ser los primeros idor en perder humanos bajo su control. Ahora voy a hablar con la Galaxian, y más les vale que hayan pensado de una vez cómo entrar en la nave, o seré yo quien autorice el uso de la atomística.

12 EL CAMINO HACIA ATRYM

El quirófano al que habían traído la vaina de Kerenzov estaba atestado, más de máquinas que de gente, pero tanto los cuerpos uniformados de los médicos como las abigarradas masas mecánicas de los analizadores se mezclaban en la misma confusión verde. La vaina estaba abierta, y centenares de brazos mecánicos confluían en su contenido como manos de ladrones sobre una tonelada de oro.

La doctora Zebya lideraba el grupo de análisis. De vez en cuando alzaba la vista para mirar el ventanal, tras el cual estaban los altos mandos de la nave, incluyendo la capitana, observándola. Quizá juzgando su trabajo, aunque ninguno de ellos lo entendiera. Ella procuraba mantener la pose del doctor erudito y desprovisto de sentimientos que la gente esperaba ver. No todo ese hielo interior era real, pero estaba bien que una parte sí lo fuera. El hielo repelía la subjetividad, hacía que el inconsciente surgiera por sí solo como una fuente pura, y lograba que se sintiera fuerte y segura de sí misma.

La capitana estaba realmente preocupada por el avance incontrolado de las mutaciones en las vainas. Si se contabilizaban todos los cambios genéticos que habían encontrado, incluso los más inocuos, los que solo afectaban a un alelo de cada cien mil, el porcentaje de personas «mutadas» subía hasta un monstruoso 76 %. Y nadie sabía qué lo estaba provocando, ni cómo detenerlo. El consejo superior de oficiales había mantenido interminables reuniones y al final le habían dado permiso para que le practicase una autopsia a Kerenzov, e intentase averiguar qué demonios era aquella flora bacteriana que lo cubría. ¿Era ese el horrible destino que les esperaba al resto de los pasajeros? Zebya rezó por que no.

—Aquí vamos. Solo el ciego tantea en la oscuridad. —Zebya solía usar esos proverbios que había heredado de su abuela, pero casi nunca los desarrollaba, no tanto porque desconociera las implicaciones del proverbio como porque no tenía paciencia para considerarlas.

Estaba inclinada sobre la vaina, intentando discernir qué formaba parte del cuerpo del hombre y qué no. Era difícil asegurarlo, pues la flora partía de su carne no como si estuviera usándola como suelo, para alimentarse de ella, sino como si los hongos fueran la propia carne de Kerenzov mutada para semejarse a otra cosa, para invadir de modo flagrante el reino vegetal. Al principio abordó el problema desde un punto de vista exclusivamente práctico: tras decidir que la flora era un organismo nocivo que parasitaba el cuerpo de aquel desgraciado, tomó la decisión de separar ambos. Cortar por lo sano. Pero a cada incisión que hacía, más se convencía de que esa diferencia solo era una convención: la flora mutante *era* Kerenzov, y viceversa. Si cortaba a uno, mutilaba al otro.

Eso la llenaba de rabia. Querer salvar una vida, pero sentirse totalmente inútil a la hora de hacerlo. Ni siquiera sabía dónde terminaba el hombre y dónde empezaba la mutación, por lo que decir que estaba furiosa era quedarse corta: lo había visto todo rojo, había pensado en rojo, y se había ahogado en un flujo carmesí.

—Hay un incremento en la actividad PCP de la muestra —anunció un ayudante.

—Yo no veo nada —gruñó la doctora, intentando abrirse paso por aquella selva alienígena para alcanzar el cráneo. Era tan frondosa que ni siquiera se veía al pobre Kerenzov enterrado allá abajo—. Dios, esto está más tupido que mi armario… Si tan solo pudiera separar esa membr…

Una alarma repiqueteó, insidiosa. Los sensores que seguían de cerca la actividad bioeléctrica del paciente estaban fuera de sí.

—¿Qué está pasando?

—¡Hay un crecimiento espontáneo en la masa de esporas, con curva exponencial! —se asustó otro médico—. Todos los recipientes quimiovoltaicos se están rompiendo a la vez.

Asustada, la doctora se apartó de la vaina, pero pudo ver con sus propios ojos cómo la flora reaccionaba, se movía y crecía a ojos vista. La densidad verdosa se apartó para mostrar el rostro del paciente, dándole una apariencia grotesca enfrentada con aquel conjunto nariz aplastada labios gruesos cejas deshilachadas. Ya no parecía un ser humano sino una masa amarillenta, un banco de memoria hecho de proteínas, un ordenador vivo de probabilidades. Aquellos ojos… se abrieron y miraron directamente a la médico.

—¡Por todos los…! —le dio tiempo a decir a Zebya antes de que la masa de hongos explotara hacia fuera y la sepultara a ella y a los hombres que tenía al lado. En pocos segundos, el laboratorio fue inundado por aquella pasta fungoide que se movía como si estuviera viva. Al otro lado del ventanal, los oficiales de la Galaxian retrocedieron espantados y dieron la alarma, llamando a los militares. Seguro que rezaron para que el cristal fuese lo suficientemente resistente y pudiera contener aquella avalancha de xenoflora.

En el corazón de Zebya, la furia y la impotencia habían sido remplazadas por el miedo. La explosión de fungus la golpeó en plena cara, y aunque estaba protegida por el traje de aislamiento, notó el peso de aquella flora alienígena, cómo sus zarcillos se enroscaban sobre sus miembros como los tentáculos de algún calamar hambriento. Los médicos y los enfermeros desaparecieron tragados por el tsunami, y enseguida dejaron de percibir nada salvo oscuridad.

—¡Socorro! —gritó, inútilmente, pues los observadores de la otra sala sabían lo que estaba pasando y ya habían dado la alarma, pero era un desahogo. El cuerpo le pedía gritar. Y no solo ella lo hacía, sino también las máquinas a su alrededor, que se fusionaban con los hongos en una especie de «mecasmo», un orgasmo mecánico.

Zebya se imaginó el siguiente paso, cuando los militares abrieran la puerta del laboratorio y rociaran la masa con sus lanzallamas. ¿Se preocuparían de que hubiese seres humanos sumergidos en ella? Tal vez sí o tal vez no. Si la orden que había sido dada era «rescatar», aún tendrían una posibilidad. Pero si fue «esterilizar», estaban todos muertos.

Oyó un ruido que provenía de dentro de su traje, no del mundo exterior. Eso la asustó sobremanera. Aquellos trajes estaban hechos para resistir golpes, desgarros, cortes, tensiones…, pero aquella flora inteligente podía haber encontrado un punto débil, una manera de colarse e ir a por el premio de carne que había debajo. La hipótesis cobró fuerza cuando Zebya empezó a pesar más. Cuando su masa se incrementó y sus intentonas de escapar se hicieron más dificultosas. Por Dios, había *algo* dentro de su traje, algo que se le acumulaba primero en las piernas, luego en la cintura, y a partir de ahí trepaba hacia…

—¡Auxilio, que alguien me ayude! —chilló al borde del paroxismo. Una masa reptante subió hasta el acople del casco y se infiltró hasta tocarle la cabeza. Su casco se llenó de algo helado y pegajoso, oscureciéndole la visión. Era una pasta que terminó cubriéndole los ojos, robándole la luz, arrebatándole el oxígeno. Zebya intentó vencer su miedo, pero fue imposible. La sensación de claustrofobia, de estar siendo enterrada viva, era demasiado para su cerebro. El terror de disolverse para siempre arrancó un gemido de sus pulmones; el sonido, inarticulado, brotó de una garganta llena de un rugiente terror a punto de desbordarse.

Cuando su pecho se vació de oxígeno, abrió la boca para tragar algo de aire, aunque fuera tóxico… pero lo que se coló por ese canal fueron los hongos, un chorro infernal de ellos. Se metieron en su cuerpo, bajaron hasta el esófago, buscaron un camino en dirección a sus entrañas. Sus ropas parecieron humear y la carne lanzó un silencioso aullido.

Y cuando Zebya, los ojos llorosos, supo con toda la certeza del mundo que iba a morir…

… Hubo un cambio radical en el escenario.

El dolor desapareció, y también la sensación de agobio. Notó que podía respirar, aunque era una sensación muy rara, como si su cuerpo hubiese aprendido a inhalar por la piel en lugar de por los pulmones.

Parpadeó varias veces, pero los telones que recorrieron sus globos oculares, en lugar de hacer su función de arriba abajo, como sería normal en ojos humanos, lo hicieron en horizontal. De fuera hacia dentro. Eso provocó que se asustara mucho, a pesar de que la sensación de peligro se había amortiguado. Sabía que algo no estaba bien, pero no fue hasta que bajó la cabeza y miró su propio cuerpo cuando comprendió la auténtica magnitud de ese pensamiento.

No poseía un cuerpo humano. Su mente estaba alojada en el interior de lo que parecía un organismo con cierta simetría lateral, bípedo y recubierto por un pelaje hirsuto y ambarino. Estaba desnuda, aunque ese detalle no importaba más allá del hecho de que no usar ningún tipo de ropa apuntaba a que la habían metido dentro del cuerpo de un animal. Tenía brazos, sí, y unas manos con dos pulgares oponibles cada una cuyos dedos centrales estaban armados con garras, largas y curvas como las de un tigre. Su rostro, del cual podía ver el hocico si hacía el truco de mirarse la punta de la nariz, mostraba un perfil felino.

La doctora estuvo a punto de desmayarse por el miedo, pero se sobrepuso. Si ya era difícil admitir que por alguna clase de transferencia su mente estuviese controlando un cuerpo alienígena, quizá fuera más difícil aceptar el hecho frío de que el paisaje que la rodeaba *también* pertenecía a un planeta extrasolar.

La luz que provenía de arriba era irreal, una mezcla de frecuencias que solo unas pupilas preparadas para ver la luz polarizada podían disfrutar. Las de su nuevo cuerpo eran capaces de verlas, pues trabajaban en la franja de los 75 000 nanómetros. Unos conglomerados nubosos atravesaban el firmamento a velocidades altísimas, de modo que parecía estar mirando una película del cielo pasada a cámara rápida. Aquellas nubes veloces eran tan densas que, al chocar unas contra otras, no se fundían como pasaba en la Tierra, sino que colisionaban realmente, con impactos sólidos, creando grandes montañas y profundas simas de gas que tendían a permanecer inalterables. Era una meteorología nimbal, un paisaje de altas cordilleras y profundos barrancos esculpido en el cielo, con sus curvas de nivel y todo, dibujadas por el viento. El color que captaban sus ojos en ese gas sugería que el dióxido de azufre, mezclado con elementos más

pesados, era su principal componente. Quizá ácido sulfúrico también. El peso de semejante atmósfera, aunque no le molestaba —su anfitrión era una criatura acostumbrada a vivir allí—, debía ser aplastante, algo así como setenta atmósferas a nivel del suelo, o el equivalente a estar a un kilómetro por debajo del mar.

Si el cielo de aquel planeta era sorprendente, el paisaje a nivel de tierra no se quedaba atrás. Zebya vio extensos lagos dorados de una belleza apabullante y peligrosa, como espejos de oro fundido, que alisaban un terreno formado por ásperas colinas y sinuosos manglares. La vegetación, recubierta por un escudo de fragancias que para este mundo estaban bien, pero que quizá habrían matado a un ser humano normal si las hubiera respirado, no dejaba ni un centímetro sin cubrir hasta donde alcanzaba la vista. Zebya no pudo evitar pensar en los peligros que estarían ocultos allí, en los depredadores agazapados, en los letales mecanismos de defensa de los árboles.

Quizá el alienígena que la cobijaba fuera la presa natural de muchos de ellos. Confió en que los instintos del animal no hubiesen sido borrados del todo, sino que estuvieran todavía ahí, en el mesencéfalo, en algún lugar a medio camino de su conciencia, y que se activaran si la situación lo requería.

Pensó: «Quiero moverme». Su mente proporcionó la voluntad y el cuerpo la energía y los procesos, porque su orden fue obedecida. Sus patas empezaron a tragarse metros con la facilidad del depredador acostumbrado a moverse por la espesura. El viento a su alrededor había empezado a endurecerse y a reverberar, transformándose en una espejeante jalea, mezclándose con su sudor para tejer un traje. Zebya se preguntó si aquellos animales podrían quedarse a dormir tranquilamente bajo aquella atmósfera densísima sin que esta los envolviera en una pupa corrosiva y asfixiante. Su educación en biología adaptativa le dijo que eso era una tontería, porque si realmente les pasaba eso a los animales que durmieran al raso, seguramente sería bueno para ellos. Sería un fenómeno que habrían aprendido a usar en su provecho, evolutivamente.

Había un tump tump de palillos envueltos en gasa golpeando la cutícula de un lejano tambor. Era un sonido que traía el viento y que, vista su densidad, podía estarse produciendo en algún lugar muy lejano, pues las vibraciones que admitía un aire así no eran fluidas, sino tectónicas, como una chapa de cobre siendo sacudida por unas manos nerviosas. Era como un pistón ligeramente fuera de fase con respecto a su propio latido interior.

Decidió seguirlo hasta su origen, a falta de otra cosa mejor que hacer. Su cuerpo tenía tres órganos sensibles al sonido repartidos por su cabeza, en triángulo. Eso permitía una excelente geolocalización de cualquier sonido. Zebya intentó hablar, para gritar pidiendo auxilio o preguntarle a alguien, quien fuese, por qué la habían metido allí. Pero una de las cosas que *no* tenía este cuerpo peludo, lo descubrió enseguida, eran cuerdas vocales. El sonido que emitió recordaba una sirena afónica. Decidió no volver a usarlo más, no fuera a ser una llamada de apareamiento o un grito de desafío. Aparte de esas dos cosas, no existían muchas más funciones para los sonidos en el mundo animal.

¿Por qué le habían hecho esto? ¿Quién era el responsable? Llegó a valorar la opción de la alucinación por asfixia: si su cuerpo estaba siendo ahogado por el musgo de Kerenzov, su cerebro quizá se apagaba poco a poco y soñaba con aquella curiosa pantomima mientras se moría. Era un fenómeno ampliamente registrado, el de los casos de gente que al morir

visualizaba túneles de luz. Pero la alucinación del planeta, si era eso, resultaba demasiado compleja, demasiado barroca para ser un fenómeno *per mortem*. Ella no se tenía por una mujer con mucha imaginación, simplemente era una médico que cumplía con diligencia su trabajo. Su cerebro no era capaz de inventarse paisajes tan originales.

Por desgracia, la opción más aterradora —que esto no fuera una alucinación, sino que *realmente* hubiesen trasladado su conciencia al cuerpo de aquel alienígena— parecía ser la más factible.

Eso llevaba aparejada una retahíla de preguntas: ¿cómo se lograba la conexión a larga distancia entre su cerebro y el del bicho? ¿O no era una transmisión en tiempo real de su pensamiento, sino que habían creado un paquete de datos con su mente y lo habían metido en aquel animal, superponiéndolo a lo que hubiera antes? Esto último implicaría que ya no había ninguna conexión entre Zebya y su verdadero cuerpo, sino que este habría quedado atrás como una cápsula vacía. A lo mejor lo habían incinerado los militares. ¿Fue el musgo el mecanismo usado para la transmisión? ¿Era un ordenador biológico, o quizá —esta idea se le antojó la más probable, aunque no tuviera ninguna prueba— el propio musgo había creado aquel espejismo virtual, y al infectar su cerebro lo estaba alimentando como si fuera auténtico? Su alma estaba por allí, pero era solo una sombra, un jirón de niebla acurrucado en las profundidades del tiempo, temeroso de comprometerse en algo con el cuerpo.

Lo único que tenía claro era que su presencia llevaría aparejado un gasto de energía. Si gastaba energía, debía tener por fuerza un propósito. Así que se esforzaría por encontrarlo, y así quizá podría revertirlo. Dejarse tentar por la inmovilidad, dejando que el tiempo y el espacio fluyeran blandamente a su alrededor, era un acicate demasiado seductor. Pero no, no iba a darse por vencida.

Sin desfallecer, recorrió mucha distancia en dirección al origen de aquel tamborileo. Decidió no atravesar la selva, sino ir lo más pegada posible a la orilla de aquellos lagos. De pronto, se abrió un hueco entre los acantilados de nubes que navegaban a velocidades supersónicas sobre su cabeza. Eso le permitió ver por primera vez el cielo y constatar que, en efecto, era el de un sistema solar extraño. Un conglomerado nuboso tan tallado por la erosión y tan complejo como el cañón del Colorado se partió en dos al chocar con una nube en forma de escoplo; de esa colisión salieron disparados miles de fragmentos parecidos a un corcho blanco ingrávido, y se abrió la ventana que le enseñó las estrellas.

Zebya ahogó un gemido de asombro.

Tres focos de luz dispuestos más o menos en triángulo, de distinto color y magnitud, sugerían un sistema solar trinario. El perfil de un cuerpo gigantesco, un planeta tan enorme que parecía tener varias masas jovianas, extendía su sonrisa de gato de una punta a otra del cielo. Los tres soles lo iluminaban reflejándose en su superficie, pues esta tenía un albedo parecido al cristal. La visión no duró mucho, pues a la velocidad a la que corrían las nubes, sobre todo las más altas, la ventana se cerró y solo quedó el fulgor pálido de los soles.

—¿Dónde cojones estoy? —se preguntó en lo que para ella sería «voz alta».

Tenía que seguir caminando, porque cada vez se estaba asustando más. Un gasto energético, un propósito asociado a él. Esa era la clave, el clavo ardiendo al que podía asirse. Solo los ker podían haber hecho aquello, tenían unas caras de culpables que no podían con ellas. ¿Habría

otros doctores o enfermeros en su misma situación, perdidos en aquel desierto, metidos a la fuerza en cuerpos que no entendían?

Fue entonces cuando vio la columna: era un pilar que no parecía acero, pero tampoco piedra ni plástico. Era muy ancho; por la distancia, habría jurado que como mínimo tendría cuatrocientos metros de circunferencia, y era tan alto que se perdía entre las nubes. Si no lo había visto hasta entonces era porque estas lo vestían con trajes de neblina y saltos de cama hechos de ácido sulfúrico y gotitas de CO_2. El pilar parecía muy, muy viejo, desgastado por miles de años de intemperie, pero seguía alto y fuerte, listo para sostener cualquier cosa. ¿Estaría sujetando algo oculto allá arriba, un objeto que complementaba perfectamente su simetría, su filosofía mineral?

El pilar sería su nuevo objetivo. Era la única construcción artificial que había a la vista, por lo que sería tonto ignorarla. Fue trotando en dirección a él, arriesgándose a cruzar en línea recta por las colinas tupidas de arbustos. Por el camino se topó por primera vez con otras criaturas.

Al principio sintió miedo de ellas e intentó esquivarlas. Pero se dio cuenta de que el efecto que provocaba su presencia era el inverso: eran las criaturas las que huían de Zebya. Eso la llevó a deducir que su especie ocupaba un lugar elevado en la cadena trófica. Sería una especie de depredador al que los demás temían, lo que le proporcionaba cierta seguridad. Eso la tranquilizó: en un entorno desconocido, era mejor disfrazarse de lobo que de cordero. Quienes le habían hecho esto también lo tenían presente.

Lo que resultaba impactante de aquella fauna era su diversidad, que rozaba lo alegórico. Vio sacos de carne con las cabezas armadas con un surtido de enseres de labranza en forma de dientes —para cavar, rastrillar, roturar, labrar…—. Parecían mamíferos con las mamas alineadas en el cuello, de modo que sus crías pudieran quedarse enganchadas a ellas mientras la madre mantenía la cabeza donde debía estar, pegada al suelo y buscando comida. También había gusanos de tres metros de largo por uno y medio de ancho, que navegaban sobre la flora impregnándola de alguna clase de baba corrosiva que la iba convirtiendo en pulpa. Detrás, a bastantes metros, a cada gusano baboso le seguía un compañero con forma de larva que iba lamiendo esa pulpa e ingiriéndola. Zebya se preguntó si los dos seres no serían en realidad las dos mitades de una sola entidad, con la capacidad de separarse para comer: el segmento anterior se adelantaba para ir derritiendo la flora, y el posterior lo seguía cosechando los frutos. Hecho esto, ambos se unirían en una simbiosis digestiva final. Eso explicaría, quizá, aquella especie de antena de radio biológica que les salía de la parte de arriba: puede que ambas partes se comunicasen por radio.

También alcanzó a ver unos ciempiés gigantes que tenían configuración de estrella de mar: eran cuatro o cinco gusanos unidos por un anillo central, común a todos, del que partían sus cuerpos multípodos. Se movían girando y caminando, girando y caminando, por lo que no era difícil concluir que los órganos comunes —el cerebro, los apéndices visuales— estarían alojados en ese centro, dejando las bocas y las garras para los extremos de cada cuerpo. O quizá fueran seres aún más radicales de lo que ella imaginaba, y no tuvieran un conjunto de ojos central que lo viera todo, en plan periscopio, sino que cada cuerpo tenía su propio ojo al final. Los cuatro o cinco mandaban una señal óptica que se combinaba en el cerebro, formando un cuadro hiperoscópico.

Por extravagantes que fueran aquellos seres, en su forma o función, lo que más llamó su atención fue que todos eran diferentes, pero no a un grado taxonómico, sino anatómico: varios seres de la misma especie que viajaban juntos —como los gusanos derretidores o los ciempiés giratorios— nunca tenían las mismas características definitorias: uno tenía alas, el otro un par de patitas diferentes, el tercero un cuerno de rinoceronte, el de más allá un quinto o sexto ojo, etc.

Zebya llegó a la conclusión de que estaba en un planeta en el que la naturaleza poseía una increíble función recombinante en el ADN, de modo que todas las especies podían cruzarse con todas las demás, independientemente de a qué reino o biotopo pertenecieran. Una hembra de… eh… llamó «glush» a los gusanoides… podía ser montada e inseminada por cualquier otro macho de cualquier otra especie, ¡y el experimento funcionaba! De la unión surgía un ser completamente amalgámico en sus características, algo nunca visto hasta entonces que, si tenía suerte y prosperaba, podía llegar a convertirse en una raza de un solo individuo hasta que él mismo engendrara a otro.

Sacudió la cabeza, negándose a aceptar las implicaciones de un biotopo tan caótico. Tan experimental. La teoría detrás de la evolución, en la Tierra, se basaba en que todos los miembros de una misma especie, o de una misma raza, tenían fenotipos iguales, y solo se diferenciaban unos de otros en los detalles. Un hombre blanco era un hombre blanco en cualquier lugar donde naciera, y se diferenciaba de sus hermanos de raza en detalles físicos menores como la forma de la cara, su constitución, etc. Pero no le salía un cuerno en la cabeza de manera natural, o un tercer brazo. Esa era la norma de la naturaleza para crear grupos. Y cuando a veces surgía un individuo que no cumplía con la normativa de la especie —por ejemplo, había humanos que realmente tenían cola, como los monos: una deformación recesiva en los huesos del coxis—, se trataba de una mutación, un fallo indebido.

En aquel planeta, sin embargo, la mutación era la norma. ¿Qué maravillas podía fabricar un ecosistema así, y qué tipo de horrores? ¿Acaso el cuerpo en el que se hallaba también era una mutación? ¿Se diferenciaría de sus compañeros de camada en algún detalle nimio? ¿Y qué tendrían que ver los dichosos ker con todo aquello?

Entonces lo entendió, y la idea hizo que casi sufriera un colapso: *estaba en el planeta natal de los ker*. No era un razonamiento, sino mera intuición… pero, aun así, estaba segura de ese dato. Este planeta esquizofrénico era el mundo de origen de aquellos seres tan elusivos. Este era el cielo al que miraron durante millones de años mientras alzaban sus cabezas hacia la noche. Este era el suelo que los vio surgir de los lagos alcaloides y comenzar a mutar nada más los tocó la luz trinaria.

Fue aquí donde todo empezó, hacía millones de años.

Zebya prefirió no pensar más y darse un descanso. Ya estaba cerca del pilar, donde seguramente le aguardaban nuevas maravillas. Tenía que reservar fuerzas para encajarlas, incluso para intentar comprenderlas.

Clavó la mirada en la base de la torre, y apretó el paso.

13 APRENDIENDO A VER

La Galaxian había respondido a la petición de Rhen: existía una posible vía de entrada, pero las probabilidades de morir intentándolo eran demasiado altas, por eso no lo habían comunicado.

En una parte de la Tarpaulin existía una estructura parecida a la tobera de un reactor de gran tamaño. Justo detrás de él se levantaban dos enormes tanques. El análisis detallado de los mecanismos del motor indicaba que obtenía la energía mediante la mezcla de oxígeno e hidrógeno líquidos. Era sorprendente ese dispositivo en una nave de tecnología tan avanzada, y desde luego no era el método de propulsión normal. Tal vez los ker lo tenían como un dispositivo de emergencia, por si otras cosas fallaban. Lo importante era que esa estructura carecía de las características que hacían al resto de la nave capaz de reconfigurarse. Si entraban por esa zona, abriendo o perforando, la Tarpaulin no sería capaz de modificar sus partes, o sus materiales, como había hecho con la ventana. Los ingenieros estaban seguros de que Rhen, que tenía la prudencia gravada en los genes, rechazaría de plano esa ruta. En lugar de ello, el idor escogió a tres de sus mejores técnicos y ordenó llevar el transbordador a la posición adecuada para entrar.

«¿Los idor corriendo riesgos? Eso habrá que verlo», fue el comentario más popular dentro de la Galaxian.

Los técnicos preparados para la acción eran lo menos parecido a un comando de élite que se hubiera visto. Su estrategia para enfrentarse a entornos hostiles era la misma que la de los caballeros medievales: ponerse una armadura. El problema era que debido a la particular morfología idor, el resultado se parecía mucho a una olla a presión con patas. Pero los idor sabían lo que hacían. Sus equipos eran resistentes a casi todo, tenían habilidades reforzadas por servomecanismos, sensores que ampliaban sus sentidos y numerosas herramientas. Eran equipos voluminosos y pesados, pero cuando entraban en acción parecían un blindado penetrando las líneas enemigas.

El plan de Rhen era sencillo: atravesaría el motor fundiendo lo que hiciera falta para abrir un paso en el metal, que no era del mismo material del casco, hasta llegar al interior de un tanque. Nadaría y, cuando llegase al otro lado, atravesaría la pared para penetrar en la Tarpaulin. Solo tenía que sobrevivir al hidrógeno líquido y a la más que probable explosión de quince mil toneladas entrando en contacto con el oxígeno del tanque de al lado.

La Galaxian se puso en modo de emergencia al saber lo que iba a hacer: se cerraron los compartimentos, se forzó al máximo el escudo defensivo y se preparó al personal de emergencia. Daba la impresión de que podían recibir el impacto de una gran explosión en cualquier momento. Eso sin contar lo que pudieran hacer los ker si se lo tomaban a mal.

En la otra nave, las cosas seguían su rumbo. Soleyko había perdido la noción del tiempo y seguía discutiendo con la musgosidad. A su alrededor, sus compañeros habían sido engullidos por aquella masa viviente sin ofrecer resistencia. Se habían quedado quietos mientras la densidad

fungosa alcanzaba sus pies, ascendía por las piernas y al acabar de cubrirlos penetraba en sus trajes, y abría una vía de comunicación directa con el cerebro.

La musgosidad, esa gran interfaz biológica capaz de integrar todas las formas de vida. A diferencia de lo observado en un primer momento, esa masa no consistía solo en hongos y algas. Había incorporado a lo largo de los siglos características de otras formas de vida, asimilándolas y quedándose para sí lo que le interesaba. Poseía redes neuronales y de otros tipos; podía interactuar simultáneamente con dispositivos pensantes tanto biológicos como artificiales. Esa habilidad era esencial para los ker: les había servido para entenderse con civilizaciones muy diversas, como los habitantes de las estrellas de neutrones, las complejas maquinarias que sobrevivieron a sus creadores, los cardúmenes de habitantes del vacío, que se alimentaban de nebulosas y rayos cósmicos… La musgosidad podía incorporarlo todo y sentir y comprender como cualquiera de ellos. El problema, irrelevante para muchas especies, pero molesto y ofensivo para otras, era que el proceso resultaba invasivo hasta el punto de destruir algunos especímenes. Una vez comprendida la naturaleza de la nueva especie y su forma de pensamiento, la musgosidad preparaba medidas que permitían una comunicación no lesiva.

A juzgar por lo que la nave había aprendido de las primeras pruebas con humanos, estos se tomaban la destrucción de cada espécimen muy mal. Por ese motivo había desconectado las funciones cerebrales relacionadas con la percepción del peligro, el impulso de huida y otros que podrían resultar inconvenientes. Todos habían caído, viendo cómo eran devorados en vida por una masa verdosa. Sin oponer resistencia. Sin que les importase. Con el fin de disponer de un espécimen no modificado por las medidas tan invasivas de la musgosidad, un ejemplar había sido dejado intacto.

Soleyko mantenía su humanidad. Desde el suelo, una masa verdosa empezó a trepar por sus pies. Un fino haz verde de células duras perforó su traje. Sin perturbarse, sin ninguna animadversión, miedo o asco, Soleyko observaba cómo iba a ser… ¿invadida, devorada, violada? Lo mismo daba. Absoluta indiferencia, incapacidad de decidir… hasta le era imposible sentirse molesta mientras notaba el aguijonazo, la masa extendiéndose por el interior de su cuerpo, y finalmente la conexión a su red neuronal.

Si antes le había sido bloqueado el miedo y sus instintos de supervivencia, ahora ya ni eso hacía falta. De repente, la ingeniera estaba conectada al universo. Tenía sentidos que no sabía que existían, pensamientos que su cerebro no habría podido producir por sí solo.

Su primera impresión fue que se hallaba en un entorno de realidad virtual mal ajustado. Había demasiados colores y sonidos, muy chillones. Algunos colores no parecían colores, o al menos, no los que ella conocía. Algo fue ajustándose en su mente: como si una gran mano invisible girase un dial hacia uno y otro lado, las imágenes y los sonidos se volvieron más confusos y después más claros. Cuando la imagen estuvo ajustada, comprendió que estaba viendo el infrarrojo, el ultravioleta, los rayos gamma…

Pero eso era solo el principio. Estuvo un rato tratando de entender lo que veía y por qué lo veía. Cuando se fijaba en un punto del espacio era como si su vista hiciera un *zoom* inmenso para examinar en detalle esa zona de la galaxia. Al mismo tiempo, su cerebro reconocía los lugares como si le fueran familiares, pese a que no debería saber nada de ellos. También se percató de

que veía el tiempo. De alguna manera, cada vez que miraba un punto no solo reconocía la estrella y recordaba los mundos que tenía; además, sabía qué tiempo estaba observando. Era plenamente consciente del retardo en la llegada de las imágenes que imponía la fatigosa velocidad de la luz.

«Pero…, un momento, ¿por qué estoy viendo el espacio?», se preguntó. Debería estar dentro de la nave, siendo devorada por esa monstruosidad… Paseó la mirada a su alrededor y solo vio estrellas y la Galaxian a su lado. Supuso que estaba observando a través de los sensores de la Tarpaulin. Apuntó su percepción hacia dentro de sí misma, y notó las entrañas de la nave. En algún oscuro rincón estaría su cuerpo. La musgosidad se había extendido por su interior, pero también le estaba introduciendo nutrientes y oxígeno a través de las venas.

La desacralización de su cuerpo no le produjo asco ni terror, ni ningún sentimiento de rechazo. Se dio perfecta cuenta de que la Tarpaulin la estaba salvando. Aquel cuerpo había estado sordo, ciego y mudo. Ahora podía ver y sentir como nunca. Aquella mente había estado limitada por su conocimiento, sus recuerdos y la escasa capacidad de procesar datos de su pequeño y húmedo cerebro. La Tarpaulin suplía esas carencias. Tenía inteligencia aumentada, acceso a las bases de datos de los ker… Se preguntó a sí misma: «¿Quiénes son los ker?», y fue como si una montaña de datos se desmoronase sobre ella, aplastando su capacidad de ver y entender. «Espera, poco a poco. Hay tanto conocimiento que deberé ir paso a paso…»

Soleyko volvió su mirada hacia su interior. La vista bajó por el esófago, atravesó tejidos, huesos…, luego los paneles, las tuberías, los mecanismos y el motor cuántico de la Tarpaulin. Se detuvo ante una parte muy antigua y vio a los idor atravesando con una perforadora el acero de los motores hacia el tanque de hidrógeno. Sus escáneres habían detectado los conductos del refrigerante y del lubricante, así como las conexiones de las tuberías del combustible y el comburente. Estaban atravesando el metal por una vía que creían segura. Su intención era penetrar en el tanque de hidrógeno instalando una cámara de doble compuerta. Pretendían abrir y cerrarlo sin que se derramase el contenido. El problema era precisamente el motivo por el que los idor habían escogido esa vía de entrada: era tan antigua que no tenía capacidad de autorreparación, como el resto de la nave. Al no tener la posibilidad de corregir los fallos estructurales, estaba protegida por un peculiar sistema inmune. Como linfocitos dispuestos a hacer frente a una infección, diversos dispositivos de mantenimiento se les estaban aproximando. En cuando los idor tocasen el tanque, las herramientas láser los destruirían, y laboriosas maquinarias de mantenimiento cicatrizarían la herida.

Aunque verse atacada ella misma la dejó indiferente, el destino de los idor le causó pesar. Entonces se acordó de sus compañeros, envueltos también por la musgosidad; los que merodeaban por la nave, sobreviviendo como recolectores primitivos. Se acordó de los que esperaban en la Galaxian el resultado del encuentro… ¿Qué les diría, que se quedó mirando cómo iban muriendo sin hacer nada? En cualquier caso, ¿qué podía hacer ella ahí, sola, flotando en el inmenso vacío del espacio?

«¡Eh, un momento! —El pensamiento hizo dar un respingo a la joven—. ¡Yo soy la Tarpaulin! No veo como ella: estoy mentalmente dentro de ella, ¡formo parte de la totalidad!»

Empezó a revolverse como si tratara de hacer girar su cuerpo, como si quisiese alterar el punto de vista… Imposible. Trató de gritar para que Rhen la oyera, pero no podía. Ya no estaba en su cuerpo. «¡Oh, Dios mío, no tengo boca y debo gritar!» Se detuvo, trató de calmarse… No

podía empezar a correr el primer día que tenía unas piernas. No podía por tanto usar todos los recursos de su mente, y de la nave, sin entrenarse. Debía buscar la manera de avisar a Rhen.

Conforme se tranquilizaba, el flujo de datos que pasaba por su cabeza disminuía de volumen. Recorrió pensamientos que no eran suyos, ni tampoco humanos. La nave la estaba guiando. Se dejó llevar. Empezó a ver que podía concentrarse en buscar una solución si se esforzaba lo suficiente. Sus pensamientos enfocaron las unidades de mantenimiento: los datos sobre su funcionamiento fueron conjurados de la nada. «Conocimiento holístico», se asombró. Comprendió lo que podía hacer si controlaba aquellas unidades.

Lo vio claro: si dejaba que todo siguiera como hasta entonces, las unidades matarían a los idor para evitar la explosión del tanque de hidrógeno. Si quería evitarlo, tendría que domarlas. Sin saber bien cómo, hizo el equivalente virtual a cerrar la boca, quedarse quieta y respirar. La musgosidad hizo el resto: conectó la red de Soleyko al centro de control de la Tarpaulin, este al sistema de comunicaciones interno y este a su vez al subsistema de las jaurías de reparadores. Ahora, Soleyko era una mesnada de artefactos mecánicos plagados de sensores y herramientas. Su aspecto era heterogéneo: unos parecían arañas, otros pulpos… Los más elegantes eran como un disco sobre múltiples tentáculos que le servían de patas y también de manos. La mujer eligió uno de estos como su avatar, y radió a los otros la orden de congelarse.

Rhen revisó la compuerta que acababan de poner sus idor. El piloto del transbordador se había enojado al conocer sus planes, pero tuvo que aceptar que cortasen las dos compuertas. Habían creado una cabina entre ambas, y ahora solo era cuestión de entrar, cerrar por detrás y abrir la de delante para cortar el metal. Sería una operación delicada, pero no más que nadar dentro del hidrógeno líquido. Luego, harían lo mismo al otro extremo, con una compuerta extensible de las que se usaban para conectar dos naves en el vacío. Una operación arriesgada, pero según los datos técnicos de los materiales, debería funcionar. Lo importante era hacerlo con mucho cuidado, que no hubiera ninguna fisura por la que pudiera escaparse el hidrógeno.

—¡Una grieta! —gritó Ander a su lado.

El plan empezaba a tambalearse.

—¿Dónde? No la veo —preguntó Rhen.

—En el tanque, no; al lado. Parece que algo está cortando en círculo la mampara desde el interior.

Consternado, el idor acudió a su lado para ver qué ocurría. En poco más de un minuto, el trozo de mampara salió volando. Algo lo succionó desde dentro dejando solo un boquete oscuro. Rhen vibraba por la emoción. ¿Estaba a punto de ver a un ker?

Se acercó a la abertura. Unas luces se mostraron ante él, parecieron mirarlo un instante y, antes de que pudiera articular palabra, unos tentáculos entraron y lo agarraron. Después cogieron a Ander y a los otros dos.

Los idor enloquecieron. Hablaban todos al mismo tiempo, no entendían qué estaba ocurriendo mientras diversas máquinas se los llevaban agarrados. La comunicación con el transbordador se perdió, pero no antes de oír los gritos. Las máquinas corrieron veloces por las laberínticas entrañas de la nave hasta llegar a una sala verde. Parecía una cueva llena de musgo. Los tentáculos los soltaron y cayeron al mullido suelo. De nuevo, con mucha rapidez, todas las máquinas menos una abandonaron la sala.

El artefacto era un disco con patas en forma de tentáculos, y otros de menor tamaño y más finos que hacían las veces de brazos. Los miraba con curiosidad y trataba de ver su aspecto a través de las viseras de los trajes idor. Al final se plantó ante Rhen, dobló los tentáculos inferiores en un gesto que parecía el de sentarse y empezó a gesticular. La máquina se señalaba a sí misma y luego a una masa verde con forma humanoide que había en el centro de la sala. Lo repitió varias veces, pero Rhen no comprendía el mensaje. La máquina se dirigió a la masa, limpió el musgo de la cara y apareció el rostro de Soleyko. El tentáculo señalaba ese rostro y luego la máquina, al espacio entre los focos.

—Soleyko, ¿qué haces dentro de una máquina ker? ¿Y qué le ha pasado a tu cuerpo?

Los demás idor se acercaron a observar. ¿De verdad aquella cosa era la ingeniera? Todos trataron de hablarle al mismo tiempo, pero Soleyko no parecía poder responder: no tenía boca. Ander le dio una tableta de datos que llevaba encima. Comprendiendo, Soleyko empezó a teclear: «Mi mente está conectada a la red neuronal de la nave», fue lo primero que les contó, y después: «Controlo estos zánganos a distancia y veo a través de ellos, pero no sé cómo regresar a mi cuerpo».

—¿Has visto a nuestros anfitriones, han sido ellos los que te han hecho esto? —preguntó Ander, angustiado.

—Ni rastro de ellos, todavía.

—No entiendo nada —murmuró Rhen—. ¿Qué hacemos aquí, y por qué están haciendo todo esto? Tiene que haber una explicación. Quieren algo, pero no logro ver qué es.

14 LA TORRE

Zebya llegó a la base de la torre en poco tiempo, teniendo en cuenta la distancia que la separaba de ella cuando la divisó y que tenía que cruzar la foresta. Pero el ser cuyo cuerpo ocupaba era un experto en moverse por aquel ambiente. Su batería de conocimientos, instrumentalizada con instintos, le facilitó muchísimo las cosas.

La torre, a medida que se acercaba, iba ganando en grandiosidad y en detalles. Parecía un cuerpo sólido de una materia de color marrón, basta, como una inmensa columna de arcilla puesta a disposición de alguna entidad divina para su uso y disfrute. Tenía marcas verticales, larguísimas estrías que la recorrían de arriba abajo, pero solo cuando se aproximó a ellas notó que eran cortes. Líneas trazadas por la punta de una navaja, anchas como un ser humano y tan altas como la propia torre.

El sonido rítmico, mucho más intenso, procedía de arriba, aunque no podía identificar qué lo provocaba. Pero seguía batiendo, bum, bum, bum, implacable, avasallador, haciendo que los ecos jugaran con las distintas densidades de aquella atmósfera.

Zebya se sentía empequeñecida al lado de semejante coloso. Las nubes sólidas se tragaban la torre a eso de un kilómetro de altura, y se rozaban contra ella produciendo un efecto de desgaste, lijando sus bordes y dejando caer cascadas de partículas blancuzcas. Serrín de nubes. La doctora se imaginó que esa tremenda densidad permitiría que ella hiciera agujeros en aquellos cumulonimbos con un martillo, igual que un minero horadando la pared de una galería.

Se acercó hasta que tocó la torre con su mano provista de garras de tigre. Aún no se había acostumbrado a ello. El tacto de la pared era áspero. Notó una vibración que recorría la superficie en respuesta al bum de arriba. No fue hasta ese momento que se dio cuenta de una cosa: al mirar dentro de una de las fisuras verticales, la que tenía más cerca, vio que su extremo inferior acababa en un disco plano de un par de metros de diámetro. Un disco *metálico*, diferente al resto de la torre. Aquello no podía ser casualidad, debía tener un propósito.

Dejándose llevar por su intuición, se colocó encima del disco como si fuera la base de un ascensor. Para su sorpresa, se elevó a gran velocidad. El tiempo para asustarse y saltar de nuevo a tierra se agotó en cosa de un par de segundos; ese fue el margen que tuvo para decidir si se quedaba encima de aquel artefacto, yendo hacia el lugar donde quisiera llevarla, o si saltaba fuera y caía de nuevo en los zarzales. Después de esos dos segundos, la altura ya sería demasiada como para estar segura de que su nuevo cuerpo sobreviviera a la caída.

Decidió permanecer en el ascensor. Al fin y al cabo, abajo ya había estado, ya lo conocía. Arriba… quién sabía lo que la estaría esperando. Se pegó a la parte interior de la fisura, que era algo así como un tubo cortado por la mitad, una semicircunferencia rugosa, y sin tocar las paredes —que cruzaban velozmente sin nada que las separara de ella— se dispuso a esperar que llegara el final de la ascensión. Con lo alta que era la torre, podría tardar bastante incluso yendo a aquella velocidad.

El disco, al que nada salvo la sugerencia de una tecnología antigravitatoria parecía estar sosteniendo, iba muy rápido. Zebya vio cómo se acercaban las nubes hasta que literalmente estuvo dentro de ellas: masas esponjosas de ácido sulfúrico y trazas de CO_2 que no le hacían daño porque un campo de fuerza en forma de bala cubría el artilugio. Dio gracias por ello, porque al verlas estallar y quebrarse tuvo la impresión de ser un piojo de pie en la punta de un bisturí que se abría paso entre estallidos de ácido vaporizado. Dudaba que ni siquiera su nuevo cuerpo pudiera sobrevivir a eso.

El ascenso a través de la capa de nubes fue tan corto como sobrecogedor. Zebya se sintió superada por todo: por el paisaje, por la extraña física que gobernaba aquella meteorología, por el pavoroso espectáculo de las masas de nubes colisionando como glaciares en movimiento. Pero entonces, todo acabó: las nubes quedaron por debajo y el ascensor salió a una zona de cielo despejado. Zebya miró la torre, la parte de ella que no había podido ver desde abajo…

Y sus ojos se abrieron desorbitados por la sorpresa.

La torre no se prolongaba hasta el infinito, como era obvio, pero acababa a varios kilómetros de altura por encima de la tierra, lo cual la convertía en una construcción impresionante. Pero su capacidad de turbación no residía en su tamaño, ni en su masa, sino en lo que pasaba con ella a partir del segundo kilómetro de altura: esa zona ya no estaba intacta, sino que parecía erosionada por un ejército de termitas gigantes que excavaba agujeros, concavidades, galerías y túneles, tan anchos y profundos que ciudades de humanos podrían haber cabido en sus sinuosidades.

Ese trabajo de termitas no era caprichoso, respondía a un objetivo bien planificado, pues los obreros —que, vistos de lejos, parecían robots provistos de muchos brazos y láseres cortadores— parecían estar *tallando* algo dentro de la torre. Eran escultores más que termitas. Y ese algo que cincelaban tenía una forma que Zebya ya había visto antes, en el espacio.

Era una nave espacial idéntica a la Tarpaulin.

Su aturdido cerebro llegó por sí solo, sin que lo ayudasen, a una primera teoría: en el mundo madre de los ker las naves no se construían en astilleros orbitales, como en la Tierra. No había fábricas que construyeran de forma independiente sus distintas partes en plan modular, para acoplarlas en un montaje final de precisión. Aquí las naves nacían como obras de arte esculpidas a partir de torres de material bruto, y luego se llenaban con tecnología y cables y circuitos y otros materiales necesarios para que la electrónica funcionara. Pero la base, el cuerpo principal, «nacía» allí a partir de las manos de un millón de zánganos mecánicos. A saber cuántas toneladas de nanobots habría también que ella no podía apreciar a simple vista, puliendo a nivel microscópico el trabajo de sus hermanos mayores.

¿Cuántas naves podían salir de cada torre, a medida que estas se iban consumiendo? ¿De dónde salían aquellas torres, cómo las plantaban allí los ker? ¿Acaso las hacían surgir del subsuelo como inmensos lápices a los que irían afilando hasta desgastarlos? ¿Qué pasaba con el serrín, el material desechado; sería recogido en cubas para fundirlo y moldear otras partes de la nave? ¿Existirían torres diferentes, clasificadas por materiales, según si estaban destinadas a dar a luz naves de guerra, civiles o de cualquier otro tipo? Las preguntas, y junto a ellas las posibilidades, parecían no tener fin…

Lo que más la preocupaba ahora mismo no era obtener respuesta para esas preguntas, sino saber adónde la estaba llevando aquel ascensor. Y, sobre todo, quién la estaría esperando arriba.

El ascenso duró cuarenta minutos. Zebya recorrió a lo largo toda la eslora de la nave, viendo de cerca cómo se afanaban los robots. Y también seres vivos, pues creyó distinguir a lo lejos escuadras de entidades indudablemente biológicas que parecían supervisar el proceso. Sin embargo, estaban demasiado lejos y vestidas con trajes ambientales demasiado raros como para averiguar qué forma tenían, o si pertenecían a alguna de las especies con las que ya se había topado la humanidad. Con lo único que se quedó Zebya fue con que no tenían forma humanoide, y que tampoco eran bípedas.

El latido provenía de allí, lo notó nada más cruzar la zona del bloque de motor: había una luz estroboscópica, cardada con longitudes de onda de 70000 a 80000 nanómetros, estallidos titilantes y auroras boreales, que lanzaban destellos en lo que sería el motor de impulsión. Cada uno de esos destellos venía acompañado por un estruendo, que era lo que se oía en toda la planicie. Zebya tuvo que taparse las orejas cuando pasó cerca para que semejante batahola no la dejara sorda.

El final del viaje estaba próximo. Lo supo cuando vio que un techo se le acercaba a gran velocidad. Había un agujero redondo en él del tamaño justo del disco, así que se preparó: si hubiese estado en su mundo de origen y en su propio cuerpo, habría adoptado algún manierismo terrestre como alisarse el vestido o mirarse de reojo en algún espejo a ver si el maquillaje seguía en su sitio. En aquel lugar, y transmutada en un alienígena peludo y sin ropa, lo único que podía hacer era erguirse en toda su estatura y tratar de parecer tranquila.

El disco frenó y se acopló con un silbido a aquel orificio. La doctora salió a una plataforma grande y plana, desde la cual se divisaba la nave que estaba siendo esculpida, pues estaba situada por encima de su proa, que apuntaba al cielo. Se hallaba en la cima, con un millar de espículas de esa cerámica asomando como un andamiaje caótico.

Y alguien —o algo— se aproximaba a ella.

Contuvo la respiración mientras el ser se le acercaba. Estaba claro que lo que veía de él no era su forma natural, sino que estaba envuelto por una especie de traje de vacío. Era muy grande, medía casi cuatro metros de altura por unos seis de largo, y más que caminar se desplazaba sobre un grupo de suspensores gravíticos que lo mantenían flotando a medio metro del suelo. No lo hacían volar, pero eliminaban la mayor parte del peso, permitiéndole avanzar gracias a unas graciosas patitas insectoides que le salían por debajo.

El traje de vacío con forma de vagón de tren tenía por delante una cúpula transparente, parecida a la cabina de un Heinkel 177, dentro de la cual se veía un gas color mostaza, amenazadoramente tóxico. Dentro de ese gas flotaba *algo*: era una entidad viva con forma de palo de varios metros que se abría en un racimo de cuerdas. Estas acababan en una especie de sábana, o de ala, como si el ser fuera una cometa con conciencia de sí misma. En la parte del palo donde salían los hilos que sujetaban esa ala había un ensanche, una especie de bulbo, que parecía una grasienta masa de neuronas cuyos axones se combinaban en una telaraña, agregándose más y más y tornándose más viscosa, hasta trenzarse como en una rueca para formar aquellos hilos. Puede que esas cuerdas orgánicas fueran como carreteras para impulsos nerviosos, o para paquetes discretos de pensamiento, porque eran surcadas por destellos que partían del bulbo y, al llegar a la vela, se expandían como arabescos de color. Paquetes de luz fractal.

Zebya, asombrada hasta el límite de lo tolerable, balbuceó algo, pero solo le salió aquel sonido sibilante de su nuevo cuerpo. Sus manos y piernas temblaban, y no era del frío, sino de la emoción mezclada con miedo que le producía todo aquello.

El alienígena fue el primero en hablar, y lo hizo mediante un aparato que surgía del extremo anterior del cuerpo y se conectaba con un altavoz.

—Has llegado. Eres bienvenido, organismo terráqueo.

Zebya se dio cuenta de que el ser estaba hablando en una lengua que ella podía entender, aunque con la entonación nada fluida de un traductor automático, de la máquina que va juntando palabras como bloques en un juego de construcción.

—Gracias… supongo. Teniendo en cuenta que no me pidieron permiso para hacerlo, sino que fui secuestrada, que ahora se dignen a hablar conmigo es un avance. Le rogaría que no se dirigiese a mí como «organismo terráqueo». Mi nombre es Zebya. ¿Q… quiénes son? ¿Qué lugar es este? —preguntó con temeridad.

El ser se movió en su burbuja uterina color mostaza, soltando burbujas. No parecía molesto por las palabras de la humana, o al menos, el vóder de traducción no lo manifestaba.

—Este mundo es muy viejo, y ha sido cuna de muchas civilizaciones. Se encuentra más cerca del Centro Galáctico que el suyo, ese al que llaman Tierra. En nuestra lengua, y cambiando ciertos sonidos impronunciables por equivalentes de su abanico acústico, se llama Mârhen(ijk) neisk, que significa «Antiguo Origen de la Comunicación Escrita». Y nosotros, por supuesto, somos los ker.

Zebya, aunque ya se lo había imaginado, casi se desmayó de la impresión. Aquello era algo más que un primer contacto. Era *el* primer contacto, aquel que la humanidad llevaba esperando —y temiendo— desde hacía siglos. Solo un destino caprichoso y hasta cierto punto esquizofrénico había querido que fuera ella la protagonista. Si tan solo pudiera estar segura de que estaba pasando de verdad, y no era un espejismo inducido en su cerebro por aquel musgo siniestro…

—¿Estoy realmente aquí?

—Sí. Tu cuerpo sigue en la nave que llamáis Galaxian. Hemos transferido tu mente a través del recponal hasta el anfitrión que ahora te aloja, porque necesitábamos hablar con alguien de tu especie que estuviera a cargo de la seguridad biológica de sus congéneres.

—¿El recponal? ¿Qué es eso?

—Una tecnología que permite reconstruir imágenes en tiempo real de procesos intelectivos que se están dando a varios años luz de distancia. Funciona en dos direcciones.

Zebya parpadeó.

—Está hablándome de una comunicación más rápida que la luz, e instantánea, entre mentes.

—Algo así.

—¿Y dice que quiere hablar con uno de nuestros… eh, médicos? ¿Por qué?

—Sígame, doctora, y se lo mostraré.

15 RETORNO

Soleyko caminaba nerviosamente alrededor de sí misma. La máquina ker que ahora servía de soporte físico para su mente daba vueltas alrededor de su cuerpo biológico, el cual seguía invadido por esa horrible, verde y pringosa materia.

Los idor estudiaban el entorno con su parsimonia habitual, pero los compañeros de expedición de la ingeniera no daban señales de vida. La mente de Soleyko, estuviera donde estuviese físicamente, no paraba tampoco de darle vueltas al problema. Cuando le parecía oportuno, se detenía a darles explicaciones a los idor mediante la tableta. Sus reflexiones estaban tomando un camino, y así se lo expuso a Rhen.

—La nave nos dejó entrar para capturarnos, y una vez dentro cada uno de nosotros fue usado de un modo diferente. Creo que a cada cual nos han sometido a una prueba distinta. Al teniente le tocaba integrarse con el jardín a través de sus raíces, a mí con los sistemas internos de la nave…

—¿Todo eso para qué? —preguntó Rhen.

—Creo que han estado poniéndonos a prueba —sugirió Soleyko—. Toda esta nave es un laboratorio para atrapar diversas formas de vida y probar cómo se integran entre sí. Algo muy complicado si proceden de mundos diferentes.

Hizo una pausa y a continuación los tentáculos de la máquina donde residía la mente de Soleyko le devolvieron la tableta a Rhen, quien la miró y vio que las palabras seguían apareciendo.

—He encontrado la manera de comunicarme con la tableta —dijo Soleyko—. La Tarpaulin lee mi mente, traduce y envía la información al dispositivo. Eso es lo que hace esta nave: halla maneras de integrar sistemas de comunicación. A nivel genético es más difícil, pero una vez comprende un lenguaje, sus capacidades se van disparando.

—Entonces, estás controlando la…

—No, no controlo nada. Es como si hubieran puesto a un niño en una sala de máquinas recreativas que nunca ha visto. Todas las máquinas están a punto para realizar su cometido, pero el niño no sabe qué hace cada una ni cómo funciona, así que va de una a otra dándoles golpecitos y tocando botones. De vez en cuando un artefacto se activa… La verdad es que me siento perdida, porque todo está en mi cabeza. Yo soy el niño y la gran sala es el interior de mi mente. Pero ahora ya no es solo mi mente, sino que también está la Tarpaulin.

—Tranquila. Debe ser una experiencia frustrante, pero trata de acomodarte. Eres la única que tiene esa conexión. Trata de usar tu experiencia como ingeniera. Indaga por los rincones a los que la Tarpaulin te permita acceder…

—Es lo que llevo haciendo desde hace rato. Tengo la sensación de tener mil secretos de los ker al alcance de mis pensamientos, pero me pierdo en esta maraña de dispositivos. Aun así, a veces veo, o mejor dicho, intuyo cosas. Creo que son pensamientos secundarios de la nave, como

cuando supe que os eliminaría si poníais en riesgo el tanque de hidrógeno.

—¿Puedes leer lo que piensa el ordenador central?

Se hizo una especie de silencio. Las palabras de Soleyko no aparecían en el dispositivo y la máquina se había quedado parada por completo. De repente se escuchó un grito atroz, y el cuerpo recubierto de musgo de la ingeniera cayó al suelo.

Los idor se apresuraron a socorrerla, a quitarle la masa que la recubría. Esa parte fue fácil, era como si la musgosidad se desprendiera de su piel por sí sola. Al poco rato, el cuerpo de la chica recuperó la consciencia. Miró a su alrededor, y también sus manos, como si quisiera asegurarse de que estaba en el recipiente correcto.

—Creo que por un instante he visto un pensamiento de la Tarpaulin —explicó.

—¿Qué te ha dicho?

—Que ha terminado con nosotros y que podemos regresar a la Galaxian. A los compañeros que están dispersos por la nave los podremos recuperar por el camino. —Hizo una pausa—. Es todo muy confuso, amigo, pero creo que acabamos de superar una prueba. En la Galaxian nos contarán más cosas.

—En la Galaxian no saben nada —replicó Rhen.

—Bueno, creo que la Tarpaulin también ha estado haciendo de las suyas por allí. De hecho, creo que lo que podría infectar a los colonos es bastante menos delicado que el musgo que he sufrido yo. Aquí solo probaban interconexiones, pero creo que en la nave madre habrá cambios más radicales. Venga, tenemos que ir para ayudarlos, si podemos… —Se puso las manos en la cabeza, como si le doliera—. ¡Es todo tan confuso! Por un momento he visto lo que pensaba esta nave, pero han sido un montón de imágenes difíciles de interpretar, todas al mismo tiempo. No estoy segura de si era un aviso, una amenaza, instrucciones sobre lo que debemos hacer… En cualquier caso, nos están haciendo algo por dentro, y el siguiente paso se dará en la Galaxian.

El camino de regreso fue sorprendentemente fácil. La nave abría a su paso paneles y mostraba pasillos que fueron siguiendo hasta llegar al primer jardín que habían explorado. Otra sorpresa fue que todos los hombres que se habían dispersado o sufrido algún contratiempo habían regresado, como ellos, libres de toda traba.

La bióloga esta de mal humor por haber sido poseída por la musgosidad, y el teniente parecía estar solo medio consciente, pero todos habían recuperado su aspecto normal. Soleyko y Teresa estuvieron un buen rato intercambiando impresiones. La bióloga estaba resentida.

—Es como si nos hubieran estado cultivando, regándonos y cuidándonos con esmero, hasta conseguir su propósito —dijo Teresa—. Me siento como una planta en un tiesto.

—¿Y qué han conseguido con ello?

—Aún no lo sé, pero no será nada bueno, eso seguro. ¿Conoces esa teoría que dice que las plantas nos cultivan a los animales dándonos oxígeno a diario hasta que al final nos descomponemos y así pueden consumirnos? Pues algo parecido, pero a nivel mental. Creo que nuestra estancia aquí dentro ha devenido en un conjunto de pruebas, de experimentos. Nos tenían encerrados como a ratones en un laboratorio, nos hacían algo y observaban… Las sorpresas todavía no han terminado, eso seguro. Tienen algo más preparado.

—Lo único que puedo añadir a vuestras experiencias —terció Rhen— es que los ker siempre frustran nuestros planes. Nuestra exploración se inició porque ellos lo permitieron, pero luego se detuvo por sus intereses. Igual me ha pasado a mí: venía a rescataros y he acabado

siendo yo el rescatado. Todo muy desconcertante, todo muy ker.

—Pues veamos si realmente nos dejan salir de aquí. —Soleyko tomó la iniciativa.

El grupo se dirigió al punto de entrada sin toparse con ningún inconveniente. Cuando estuvieron en la primera sala, frente a la ventana, con los trajes de vacío puestos, la ventana se abrió dilatándose desde el centro.

—¡Serán cabrones! —exclamó Tyle.

—Está claro que aquí entra y sale quien ellos quieren, y cuando quieren… —murmuró Rhen.

Pudieron comunicarse de nuevo con el exterior, y el transbordador apareció para recogerlos. Los humanos se sintieron como en casa, quitándose las escafandras y respirando profundamente como si hubieran salido de un ambiente tóxico y ahora se hallaran en el paraíso. El transbordador era un entorno conocido, y se sentían a salvo. Sin embargo, Soleyko observó que los idor no se desprendían de ningún fragmento de su armadura, y que se mantenían muy atentos. Sería que para ellos una nave humana no era un entorno familiar. ¿O tal vez no se fiaban de que el peligro hubiera pasado?

—Señores, tenemos problemas —dijo el piloto—. La Galaxian no responde. Ni por comunicación de voz, ni por ningún otro tipo de transmisión. No podemos acceder a su sistema de atraque, así que operaré en manual.

Todos se miraron.

El piloto mostró su habilidad con un atraque ejemplar. Ya en el muelle, la Galaxian seguía sin responder. No había nadie entre las naves ni en ningún puesto donde debiera haber gente trabajando. Decidieron salir, pero lo hicieron con precaución, como quien pisa territorio hostil.

La primera compuerta de acceso al interior se negó a abrirse, y las otras dos que probaron después, también. El piloto trató de acceder al ordenador por una terminal, pero o esta no funcionaba, o el ordenador principal había enloquecido.

—Ni siquiera se parece a nuestro sistema informático, realmente no sé lo que estoy viendo. Es posible que alguien haya pirateado el ordenador central.

—Creo que vamos a tener que explorar como si se tratara de un terreno nuevo y hostil —dijo el teniente Tyle con voz preocupada. Las cicatrices que habían dejado las espinas por todo su cuerpo habían sanado, pero le daban el aspecto de un veterano de guerra reconstruido en quirófano—. Sargento, vaya a nuestra lanzadera con un par de hombres y traiga material para una incursión.

Soleyko y Teresa se miraron perplejas, pero ninguna dijo nada. Rhen cuchicheó en privado con sus idor. Unos minutos más tarde, los soldados se habían equipado con armas y cascos de combate, dotados con visores especiales y diversos tipos de sensores.

—Los civiles pueden seguirnos, pero manténganse por detrás —ordenó Tyle—. Posiblemente sea un problema localizado en esta zona de la nave, y dentro estarán trabajando para arreglarlo. —Encendió su fusil de asalto, que respondió con un murmullo electrónico. La culata se dividió en tres partes, como si fueran patitas de insecto, y se agarró a su antebrazo—. Pero si no es el caso, debemos estar preparados. A diferencia de nuestra incursión en la Tarpaulin, para lo que no había ningún protocolo de actuación, sí que lo hay para el caso de que nuestra nave sea abordada. ¡A sus puestos!

Los soldados se colocaron en posición alrededor de la compuerta, que voló por los aires tras un disparo del teniente. Rápidamente empezaron a entrar uno tras otro.

—Pasillo limpio —comunicó alguien por la radio. El teniente les hizo un gesto y los civiles y los idor lo siguieron.

—Alguien ha entrado en la cueva del depredador, y a este no le ha gustado —le dijo Ander a Rhen a través de un canal privado. Al cabo de unos minutos llegaron a una zona de personal y entraron en un comedor. Estaba lleno de gente, personal de mantenimiento y técnicos, pero ninguno estaba comiendo. Parecían asustados, y ver entrar de golpe a unos soldados que les apuntaban con sus rifles no ayudó a tranquilizarlos.

—Soy el teniente Tyle, vengo de la nave ker —anunció, levantándose el visor para que pudieran verle la cara a modo de cortesía—. ¿Alguien puede decirme qué está pasando?

Un hombre que llevaba uniforme de navegante se levantó.

—Señor, hace una hora empezaron a sonar alarmas. El sistema informático global cayó y perdimos el control de parte de la nave. Por megafonía se dieron instrucciones de que nos agrupáramos y esperásemos nuevas órdenes, pero desde hace más de una hora que no sabemos nada nuevo. No hemos podido comunicarnos con el puente, ni con ningún otro centro importante. La mayoría de las compuertas de seguridad no funcionan, así que no podemos cambiar de sección, ni sabemos qué ocurre fuera de esta.

—¿No les han dado ninguna explicación? ¿Ninguna pista del problema, de qué tipo de situación se trata?

—Antes de eso se sabía que había problemas en el centro médico, algo relacionado con alguien que regresó de la nave ker con problemas de salud —explicó una mujer.

—Sí, es algo relacionado con eso —añadió el primero—. Se aisló el centro médico, y luego lo sellaron, tanto a nivel físico como informático. Daba la impresión de que temían que algo saliera de allí. Luego, todo empezó a fallar en cadena. La maquinaria dejaba de funcionar o lo hacía de modo inadecuado, las compuertas de seguridad no se abrían… Finalmente sonaron las alarmas y, bueno, ya se lo he dicho, nos ordenaron agruparnos y esperar.

—¿Han tenido alguna noticia del puente, o han visto algo que les permita deducir la naturaleza del problema?

Negaron con la cabeza.

—¡Teniente! —exclamó Soleyko, al tiempo que cerraba los ojos y levantaba la cabeza como si estuviera vigilando algo a su alrededor—. Cierre los ojos y mire en su interior: no estamos en la Galaxian, quiero decir que ahora ya no es la Galaxian que conocíamos. Es el jardín, es parte de la Tarpaulin… Ella ha venido antes que nosotros, la siento, está a nuestro alrededor. Sí, son los mismos pensamientos, los mismos espacios mentales que caracterizan a la Tarpaulin.

—¿Cree que se trata de un abordaje? —preguntó, cauteloso—. ¿Algo de tipo inamistoso?

—No, no me lo parece. Están haciendo aquí lo mismo que nosotros en su nave: explorar. A su manera, sin entrar físicamente… No sé cómo explicarlo. Puede que rompan algunas cosas, pero no creo que esa sea su intención.

—Pues a falta de más información debemos seguir el protocolo. Muchachos, vamos a recuperar el puente de mando.

Las puertas normales las podían abrir sin problemas, pero las de seguridad que aislaban cada sección, no. Así que fueron volándolas a tiros. Por suerte, el puente estaba en la misma zona y no tardaron mucho en llegar hasta él. Cada vez que abrían una sección nueva, la gente que estaba allí los seguía, uniéndose al grupo. Esto ponía un poco nervioso a Tyle, a quien no le gustaba operar con un número creciente de civiles pegados a sus talones, pero por algún motivo la gente creía que siguiéndolo estaría más segura. Además, a todos les parecía buena idea dirigirse al puente.

Hasta que llegaron a su antesala.

—¿Alguien puede explicarme qué ha pasado aquí? —preguntó Tyle, observando con su visor en diferentes longitudes de onda.

Soleyko también miraba la estancia. Se acercó a una pared y tocó la materia grisácea que la recubría. Maloliente, pegajosa…, era una versión simplificada de la musgosidad. Una interfaz básica, como un sencillo cableado para tender un puente de datos. La sustancia reconoció a Soleyko, a lo que ella era ahora. Emitió unos hilillos casi invisibles que buscaron sus terminales nerviosos, y desde allí accedieron a su cerebro.

—Está intentando entrar —intentó explicarles ella—. De alguna manera sabe que el mando de la nave se ejerce desde allí dentro. Es donde está el ordenador central, que por seguridad ha sido desconectado del exterior. Seguramente los que están en el puente quieren protegerlo de un ataque informático, pero esto no es un ataque, es una visita. Una visita a la manera ker. Creo que al ir nosotros a su nave, se han considerado invitados a la nuestra, por decirlo suavemente.

—¿Esa cosa habla con usted? —preguntó perplejo el teniente.

—Más que hablar, envía imágenes. Ahora parece que está cantando, creo que unas secuencias numéricas, o unas instantáneas visuales… ¡Las sensaciones y los pensamientos son tan distintos! Creo que está diciéndome que algo anda mal, y que quiere entrar para ver de qué se trata.

—No voy a ayudar a esa cosa a entrar en el puente. Si los de dentro se han encerrado será por algo. Además, esa sala está blindada; esa cosa no encontrará ningún resquicio para penetrar en ella.

—Está cantándome de nuevo, dice que le abramos.

—Envíele este mensaje de mi parte: si abandona esta zona y nos permite recuperar las comunicaciones, plantearemos su petición a la capitana. Ella decidirá qué hacer.

—Eso no va a colar —murmuró alguien detrás de ellos.

—Dice que está de acuerdo. Que yo le vaya traduciendo lo que hablemos.

La materia empezó a desaparecer de las paredes, como absorbida por ellas. Solo se mantuvo una pequeña cantidad sobre la piel de Soleyko. Las luces parpadearon, las terminales del ordenador mostraron un reinicio y los técnicos que se precipitaron hacia ellas pudieron retomar el control y comunicarse con el puente. Desde allí les preguntaban ansiosos lo que estaba ocurriendo. Ante la explicación de lo que pretendía el intruso, se mostraron estupefactos.

—¡De ninguna manera vamos a permitir que esa cosa entre en el núcleo de la Galaxian! —ladró una voz furiosa—. Ya hemos visto lo que puede hacer. Si la dejamos entrar, perderemos el control por completo.

—Es razonable —murmuró Soleyko—. Los métodos ker son un tanto… invasivos. Intentaré transmitirles nuestros temores.

Cerró los ojos para concentrarse. Parecía en trance. Un rato después los abrió de nuevo y habló:

—Dicen que no debemos temer nada. Que somos adecuados para unirnos a su raza en algo que se traen entre manos desde hace milenios. Algo maravilloso, o peligroso, no estoy segura de este último pensamiento, pero creo que a su manera nos ofrecen una oportunidad de realizar un descubrimiento sensacional, o una aventura, junto a ellos.

Todos los presentes la miraron, atónitos.

16 LOS KER

Zebya siguió al alienígena enfundado en aquel traje de vacío que parecía un vagón de tren. Que fuera tan voluminoso tenía sentido, si se entendía el hecho de que necesitaba encerrar en él un volumen de atmósfera lo suficientemente grande para que su cuerpo con forma de paraguas —de varios metros de longitud— no sufriera daños. Una de las primeras preguntas que acudieron a su aturdida mente fue para qué necesitaba el ker una atmósfera especial, si se suponía que aquel era su mundo de origen. ¿Acaso su raza había cambiado tanto como para haber olvidado cómo respirar aquella mezcla de gases?

—Han pasado millones de años y otros tantos ciclos de recombinación ARN desde que nuestros antepasados salieron de las charcas, aquí en Mârhen(ijk)neisk —le explicó el ser—. Hemos cambiado tanto que poco nos parecemos a quienes inauguraron nuestra línea genética. De hecho, ni siquiera somos ya un tipo de vida basada en el ADN como archivador: ahora usamos otro sistema para mover grandes cantidades de información biológica de individuo a individuo.

—¿Qué usáis como archivador, en lugar de bases nitrogenadas?

—Polímeros que cumplen con las leyes de la herencia, y que son susceptibles a lo que tú llamarías evolución darwiniana. En lugar de usar nucleótidos enlazados entre sí, empleamos transductores de nanotecnología seca. No tenemos bases nitrogenadas, sino semiconductores que necesitan un entorno sin agua para funcionar. De ahí que estén metidos en vainas, como las semillas de las plantas.

»Volviendo a tu pregunta inicial, no, no podemos respirar el aire básico, limpio, de nuestro mundo madre: nuestro sistema agstobranquial necesita una atmósfera enriquecida.

—¿Es ese gas mostaza que te rodea?

—En efecto. También nos hemos acostumbrado a otras gravedades, a otros efectos de marea, a otras densidades de radiación… Solo podemos vivir en nuestro mundo dentro de hábitats especialmente acondicionados como el que vas a ver ahora. Mejoramos tanto para adaptarnos a nuestros viajes espaciales que nos volvimos extranjeros con respecto a nuestra propia tierra.

—¿Cómo es que hablas mi lengua?

El ker dobló hacia ella un espesamiento de su tronco, en el que un ojo preparado para captar la longitud de onda del infrarrojo se alzó sobre un tallo.

—Uno siempre aprende el código máquina de sus instrumentos.

Zebya trastabilló al oírle decir eso, pero se recompuso y siguió andando. El ker se movía con prisa y no quería quedarse atrás. ¿Su frase había sido un error de traducción, o realmente había querido decir eso?

Le preguntó a su guía si el cuerpo en el que la habían metido era una «especie pupila», otros seres a los que estaban ayudando a evolucionar. El ker contestó afirmativamente. Eran los nasupiales, simios avanzados que habían seguido su propia senda evolutiva en los marjales de

aquel planeta, después de que lo abandonaran los ker para fundar sus colonias espaciales. Tenían un lenguaje único que se basaba en la combinación de cinco sonidos, solo cinco, los únicos que sus cuerdas vocales podían emitir. Era una herencia de un pasado no tan remoto en el que fueron una raza con un aparato fonador capaz de emitir un sonido monocorde, como el de los perros o los gatos. Con el paso de las eras habían conseguido ampliar la capacidad de su garganta hasta cinco señales diferentes, por lo que todo su lenguaje era una permutación en base cinco de elementos con repetición. No era lo mismo aabdc que dccaa que dabbd. Eran perros que además de guau, habían aprendido a decir aguu, uuga, uagu y uuag, asignándole a cada variante un significado.

«Guau», pensó Zebya.

Siguieron caminando.

En la cúspide, allá donde nada quedaba por arriba salvo cielo abierto, había una plataforma. Debía medir unos ciento cincuenta metros de diámetro, y servía de base para una cúpula llena de un gas anaranjado. Sobre ella, nubes que friccionaban y relámpagos salvajes que bailaban una danza de apareamiento. Al frotarse unas contra otras, aquellas nubes generaban un potencial eléctrico por la electrólisis del ácido sulfúrico: era como tener cátodos y ánodos gigantescos repartidos por todo el firmamento, que jugaban con la termodinámica para convertir energía química en eléctrica con un soplo de viento.

Los relámpagos latigueaban con un estruendo infernal. Zebya se agachó por instinto, cubriéndose la cabeza, cuando aquellos largos cables de luz partieron en dos el aire. Pero su guía la tranquilizó.

—No te preocupes por la actividad electroestática, humana: aquí estamos a salvo. De hecho, capturamos toda esa energía y la reconducimos abajo para que alimente a los obreros. Fabricar naves no tendría sentido sin esta violenta actividad atmosférica.

—Comprendo… ¿Y esa cúpula? ¿Se trata de uno de vuestros hábitats?

—En efecto. Dentro están mis hermanos, los ingenieros. Ahora los conocerás.

Se aproximaron a la cúpula, que el ker llamó «biota». Como sus paredes eran transparentes, pudieron ver lo que pasaba dentro: acomodados en aquella mezcla de gases, Zebya distinguió cinco ker más, con su forma aproximada de paraguas rematados por velas celulares. Las tenían desplegadas, por lo que se dio cuenta de que cada alienígena poseía una forma de la vela única y distinta del resto, lo cual, dedujo, sería para ellos como las diferencias entre las caras de los humanos. Formaban velámenes amplios y hermosos, con diversas aristas, picos y dibujos. Algunos parecían estrellas; otros, esferas; otros, polígonos irregulares, y unos pocos incluso tenían velas más pequeñas desplegadas por dentro.

Los ker se desplazaban sin tocar el suelo. Si esa capacidad de vuelo era natural o inducida, no podía saberlo. La evolución no parecía haberlos provisto de piernas ni orugas ni ningún otro mecanismo de desplazamiento, aunque, pensándolo bien, había organismos que tampoco los necesitaban: serpientes, gusanos, etc. A lo mejor aquellos alienígenas habían empezado su ruta evolutiva siendo gusanos que supieron aprovechar su pupa para algo más que para protegerse mientras mutaban, y acabaron transformándola en una vela. ¿Para que el viento los arrastrase para capturar insectos voladores, o como un improvisado panel solar…? Puede que, con el paso

de las eras, esa pupa fuera evolucionando y cambiando, pasando de ser un órgano descartable a uno fundamental para su supervivencia. Tal vez fuera lo que ahora les permitía flotar, aunque, a simple vista, los mecanismos biológicos para lograr semejante prodigio se le escapaban.

Los seres, a los que el primero había llamado «ingenieros», se movían con lentitud alrededor de una columna de luz vertical. Zebya se sorprendió al ver que los seres no estaban desnudos, sino que tenían tecnología adaptada a sus cuerpos: eran consolas e instrumentos de propósito indescifrable que se acoplaban a sus troncos mediante espirales de metal. La tecnología los rodeaba como si fuera un tornado, y la manipulaban gracias a tentáculos que les salían por todas partes, parecidos a los de un topo de nariz estrellada, cortos y sensibles.

Uno de los ker dactileó en su consola, y la columna de luz dio un fogonazo. Zebya se cubrió los ojos instintivamente, pero estos ya se habían protegido descorriendo un grupo de párpados adicionales. La columna destelló golpeando el suelo con un martillazo, como si tuviera fuerza física, y se llenó de irisaciones igual que un arcoíris esquizofrénico. Surgía de un aro que había en el techo, y cuando la cascada de luz irisada chocó con el suelo, rebotó cristalinamente como si estuviese hecha de vidrio. Un objeto se materializó en el centro.

La luz se extinguió. Y donde antes no había nada, ahora había aparecido un objeto altamente tecnológico, que parecía formar parte de un motor estelar. Unos robots entraron rápidamente para cogerlo y llevárselo. Zebya parpadeó —dos veces al mismo tiempo, con los dos grupos de párpados— al darse cuenta del milagro que acababa de presenciar: ¡teletransportación cuántica, igual que en los antiguos seriales! Aunque el efecto real parecía ser más agresivo y pirotécnico que el que aparecía en las dramatizaciones televisivas.

—¡Increíble! —se atragantó—. ¡Así que después de todo, era posible!

—Nos costó centenares de miles de años de ir avanzando pasito a pasito en la ciencia, llegar hasta donde estamos ahora. El problema es que, por primera vez en nuestra historia, nos hemos topado con una barrera infranqueable. Al menos, dentro de nuestro espacio de origen y con nuestra percepción de las cosas. —El ser giró su ojo telescópico hacia la humana—. Existe una solución, pero está en vosotros.

—¿En nosotros? ¿Te refieres a los humanos?

—Sí. Ven conmigo, por favor.

La hizo pasar a una cámara de intercambio de atmósferas, para poder entrar en la cúpula. El ker salió de su traje de vacío, expandiendo con lo que ella habría afirmado que fue un suspiro de alivio su vela —distinta también a las de sus congéneres—, y apretó un botón. El aire se cristalizó alrededor de Zebya, formando una burbuja protectora, una especie de traje medioambiental improvisado. En ese momento, la mujer cayó en la cuenta de que su guía debía de tener algún nombre, o un distintivo numérico por el que los demás se refirieran a él. Estaba siendo descortés al no preguntárselo.

—¿Mi nombre? —se extrañó el alienígena—. Ah, supongo que vosotros aún usáis distintivos individuales para facilitar la comunicación intraespecies. Puedes llamarme Laxl. —Yo soy Zebya. Encantada de conocerte, Laxl. Aunque sea en estas circunstancias.

—El gusto es mío, ¿no decís vosotros eso?

—¿Tú también eres un científico?

—Sí, aunque de una rama distinta a los que vas a conocer ahora. Soy xenobiólogo. Me especializo en las características físicas de seres vivos alienígenas.

—Pero yo no… Oh, claro —comprendió Zebya. Al rato dijo—: Supongo que la identidad personal adquiere más importancia que nunca cuando hay facilidad para cambiar los cuerpos. Por eso me extraña que no le deis importancia a vuestros nombres.

—Oh, la tienen, por supuesto, pero es que casi nunca los usamos. Al menos, no en su modo de vibración sonora. Nuestros nombres hace mucho que dejaron de ser sonidos.

—Pues tiene gracia esto de que me hayáis hecho cambiar de cuerpo. Yo nací mujer, pero siempre quise ser hombre, la otra polarización de mi sexo. Se puede decir que soy mujer solo por cortesía.

—Interesante. Si quieres, cuando te devolvamos a tu cuerpo original podemos cambiar eso.

Esa simple frase dejó a Zebya con el corazón en un puño. No quiso entrar en detalles.

—Conforme. —Un tópico cerrado.

Entraron en la cámara, un lugar lleno de voces distorsionadas por un fondo de rugidos, los que provenían del teleportador. Zebya podía andar dentro de su burbuja, pues esta mimetizaba sus movimientos. El grado de sofisticación tecnológica del que se estaba haciendo gala allí era tan grande que dejaba a los humanos a la altura de insectos. No sabía si sus anfitriones —¿secuestradores?— estarían haciéndolo a propósito o no, pero lo cierto es que se sentía como una chiquilla en su primera visita del colegio a un laboratorio. Un país de Oz lleno de maravillas que desafiaban la lógica. ¿En serio los ker necesitaban su ayuda, ellos que podían teletransportar cosas de un lugar a otro del universo? ¿Que tallaban naves estelares a partir de un pedazo de roca y las hacían funcionar? ¿Cómo podían unos simples humanos hacer algo que ellos no?

Al verla, los demás científicos apuntaron sus troncos y sus ojos periscópicos en su dirección. Sentían curiosidad, eso lo tenía claro, aunque rezó porque no tanto como para someterla a experimentos nefastos. Al instante, se dio una colleja mental a sí misma: ¿cómo me van a hacer experimentos si estoy metida en un cuerpo que no es el mío, idiota?

Labios unidos y dientes apretados guardaban su secreto: estaba aterrorizada. Pero no quería ni siquiera aparentarlo.

—Bienvenida a la biota, Zebya. Estos que ves aquí son el cuerpo de ingenieros del Ensamble. Querían conocerte, aunque no hablarán contigo.

—¿El Ensamble…?

—De eso es de lo que queríamos hablarte. Te escogimos para venir hasta aquí porque, de todos los humanos que probamos, eras la que más conocimientos biológicos tenía sobre tu propia especie.

—No soy la única médico que hay en la Galaxian.

—Pero sí la más competente, lo cual explica que tu cerebro haya logrado tender el puente virtual y tus compañeros no. Necesitamos eso para que hagas de… eh… creo que la palabra correcta es «embajadora», de nuestros deseos. —Sus cilios apuntaron al ventanal transparente—. Mira allí, más allá del cristal de la cúpula. Hacia el espacio profundo. ¿Qué ves?

La mujer miró hacia donde señalaba Laxb, y ante sus ojos se desplegó el gigantesco planeta gaseoso que ya había visto desde debajo de la torre, con varios ojos que parecían tormentas formando huracanes grandes como el planeta Marte. Orbitándolos, a punto de caer dentro de los embudos que formaban sus tormentas, había planetoides, conglomerados rocosos de una o varias masas terrestres. Parecían bolas de billar que hubiesen sido lanzadas con precisión hacía miles de años hacia aquellas troneras.

—Verás, Zebya, nuestra tecnología se basa en cálculos matemáticos, igual que la tuya y la de los idor. No hay prosperidad sin álgebra, y eso es algo que lleva siendo una verdad desde los comienzos del cosmos. Gracias a nuestras fórmulas, que mi especie desarrolló hace millones de años, hemos podido expandirnos por dentro de lo que tú llamarías nuestro Cúmulo Local. Es una región de estrellas que incluye la que vio nacer a los idor, y también otras donde están los mundos-madre de razas que ni siquiera conocéis. Sin embargo, cuando más felices estábamos, dichosos con nuestra expansión sin límites, nos encontramos con un problema que dio al traste con la mayoría de nuestros sueños.

»Cualquier tipo de álgebra se basa en constantes, que son los pilares básicos sobre los que se sostiene la pirámide del cálculo. Por ejemplo, tú puedes calcular el área de una circunferencia multiplicando el cuadrado del radio por un valor que siempre es igual, y al que llamas pi. Si pi no valiera siempre lo mismo, tendrías un problema, ¿verdad?

Zebya asintió.

—Pasa lo mismo con la tabla periódica de elementos. Vosotros, los humanos, ya sabéis lo suficiente del universo como para haber averiguado que sus ladrillos básicos, sus elementos químicos, siempre son los mismos. Existen algunos muy exóticos que solo aparecen en entornos extremos, como aquellos que solo pueden existir durante breves periodos de tiempo en el corazón de una reacción nuclear. Pero ya sabéis que por muy lejos que viajéis, a otras estrellas o galaxias, la posibilidad de que vuestros espectrógrafos dibujen siempre las mismas rayas será del 99 %. Esto os da una inmensa tranquilidad, pues imagínate lo que sería la exploración espacial si en cada sistema solar encontraseis una tabla periódica distinta.

—Entiendo lo que quieres decir. El universo es muy grande pero sus bloques de construcción siempre son los mismos. ¿Entonces…?

El ker se aproximó a la pared transparente. Miró un toroide de gas muy tenue que se dibujaba alrededor del gigante gaseoso, tan sutil que parecía una mancha vaporosa de color en el vacío. Era un cinturón tan liviano que no sería descabellado suponer que sus moléculas podían viajar durante millones de kilómetros, dando la vuelta al ecuador, sin golpear a ninguna de sus semejantes, y sin que ni siquiera los rayos dispersos de fotones de la estrella interfirieran en su ruta.

—Vosotros tenéis un mito —dijo Laxb con un deje extraño en su voz sintetizada—. Ese es un tipo de tesoro del que mi especie nunca disfrutó, los mitos. Nuestro cerebro no generó un sistema cognitivo cualquiera, sino el único que pudo generar debido al entorno en el que evolucionó, como os pasó a vosotros. No fue producto de la casualidad, sino de la manera que tienen nuestros cuerpos de interactuar con el medio ambiente, y cómo interpretan los datos que reciben. Por alguna razón, nunca tuvimos mitos, solo certezas e incertidumbres, luces y sombras, revelaciones ocasionales y secretos inadmisibles. Pero vosotros… —El ojo encajado en el pedúnculo la miró—. Oh, sois muy afortunados. Gozasteis durante milenios de la tranquilidad de la *mitopoiesis*.

—¿A qué mito te refieres, en concreto?

—A uno que involucra sombras chinescas proyectadas contra una pared, dentro de una caverna. Una de las metáforas más antiguas y acertadas de vuestra historia. Una vez, hace miles de años, un sabio humano se sentó a pensar mientras observaba el lento baile del fuego, y las

sombras que este proyectaba contra una pared, y se preguntó qué sería más real, si el objeto que las provocaba o las sombras en sí mismas. Qué tendría más sentido, epistemológicamente hablando.

Zebya sonrió. Siempre había un buen motivo para sacar a su amigo Platón como centro de una conversación culta, aunque hubiese tenido que recorrer miles de años luz.

—El mito de la caverna. Sí, un tío muy inteligente, ese Platón. El prisionero que se libera de sus cadenas y sale por fin de la caverna, tras haber pasado una vida a oscuras y aprendiendo solo de sombras. Ve cómo es el mundo real, y cuando quiere volver para contárselo a sus compañeros, estos se resisten a ser liberados, e incluso reaccionan violentamente contra el «hereje» que se atreve a hablarles de una realidad distinta. Creo que el viejo sabio culturista dio en el clavo no ya en lo tocante a lo que sería la experiencia del aprendizaje, sino a cómo es de verdad la naturaleza humana…

—Por lo poco que sé de vosotros, creo que, en efecto, es así —asintió Laxb—. El problema que tenemos nosotros, los ker, a nivel de raza, es uno cuya moraleja podría caer fácilmente en el mismo mito de tu antepasado. Durante milenios hemos estado viendo sombras, conquistando logros que se fundamentaban en realidades constantes e inmutables, como para vosotros el número pi… Y ahora resulta que hemos descubierto que no es así. Que somos ciegos elucubrando sobre sombras proyectadas contra las paredes del universo.

Uno de los párpados del cuerpo felino de Zebya se alzó, imitando un alzamiento de cejas.

—¿Lo sois?

—Sí. Pero hasta que la Galaxian no entró en contacto con una de nuestras exploradoras de espacio profundo… y que una entidad digital que liberamos en el sapiencial de vuestra nave no descubrió la verdad, ignoramos que eso fuera así. Nos habéis ayudado a descubrir algo que creíamos imposible, el hecho de que a la larga estamos atrapados dentro de nuestro Cúmulo Local, porque nuestras ecuaciones no servirán para llevarnos más allá.

—¿Descubristeis todo eso metiendo un espía en nuestro ordenador? —Zebya no sabía qué le resultaba más molesto, si el asombro que sentía ante lo que le estaban contando, o la indignación ante su confesión de espionaje—. ¿Qué horrenda verdad fue la que halló vuestro espía? ¿Que en la despensa de nuestra nave se nos había acabado la gaseosa?

Laxb giró su cuerpo hacia ella, sacudiendo majestuosamente la vela metalizada. Los arabescos de sus pensamientos seguían transformándose en laberintos de luz en la tela.

—No. Que en realidad no existen constantes matemáticas en el universo, aplicables a la totalidad de su extensión. Y eso plantea un serio problema para la navegación interestelar a largo plazo. En un viaje normal entre estrellas, un error de un minuto de arco, la decimoséptima parte de un grado, podría representar una diferencia de noventa mil kilómetros al otro extremo de la ruta. Imagínate qué pasaría si nuestros cálculos fueran correctos solo para nuestra región local del cosmos, pero que a medida que nos alejásemos de ella aumentara exponencialmente el error. Mira el valor que nosotros siempre hemos aplicado a pi en nuestra región de la galaxia, y que nos sirve para calcular áreas perfectas de circunferencias.

Se lo mostró en una pantalla. Y fue entonces cuando la doctora comenzó a entender, muy lejanamente, la gravedad del asunto. A su espalda, nada salvo una cúpula de cristal tan delgado que parecía papel de fumar se interponía entre ella y las vertiginosas profundidades heladas del infinito.

17 CONATO

El personal del puente de la Galaxian se negaba a abrirles la puerta. De nada servía que Soleyko les asegurara que no había nada que temer. Tampoco los convenció ver cómo recuperaban el control, tanto del sistema informático como el físico sobre las áreas atacadas por la infección. «Esa cosa no ha desaparecido, solamente se ha ocultado mejor» o «Se repliega para que nos confiemos y poder tomar el puente» eran las respuestas de los oficiales. Soleyko no podía demostrarles lo contrario, pero intuía que así era. Sentía esa canción, mitad música, mitad matemáticas, dentro de su cabeza.

También notaba cómo la nave se había convertido un poco en la Tarpaulin, pero no por ser invadida o controlada por esta. Simplemente, había evolucionado. «Evolución por contacto», pensó, como cuando dos culturas se encuentran y crean una forma mestiza, un híbrido, que a veces las supera a ambas. La nave humana se estaba recombinando con la ker, dando lugar a un objeto nuevo.

Por suerte, la tripulación no se daba cuenta de ello, pues no estaba afectando a su forma física. El cambio era más sutil: los procesos internos de la Galaxian se estaban transformando, hibridándose con mil evoluciones tecnológicas distintas que los ker habían asimilado, adoptando lo mejor de cada una de ellas. Las fuentes de energía, los impulsores, los procesos lógicos de las IA que regían cada componente crítico, eran optimizados.

«Lo mismo debió ocurrir en la Tarpaulin —pensó Soleyko—. No era una nave, antiguamente, sino una sonda que recopilaba tecnologías. Lo notamos en las diferentes formas de vida que había dentro, pero también lo hacía con todo lo demás, de ahí que hubiera cosas disímiles, como los motores químicos. Su objetivo era coleccionar y adaptar formas de evolución, tanto biológica como tecnológica, y regresar a su mundo con lo aprendido.»

Y todo ello por control remoto, operada quién sabía desde qué inconmensurable distancia como si fuera un juguete teledirigido. Los humanos nunca se arriesgaban a hacer algo así, no entraba en su psicología. Siempre se arriesgaban a ir dentro de sus vehículos, pilotándolos en persona, como si hubiese una diferencia palpable entre tener los mandos fraccionales de una astronave militar entre sus manos y pilotarla a distancia mediante señales de radio. ¿Una ilusión? Puede.

Cuando todas las compuertas estuvieron abiertas y la tripulación y los colonos recuperaron su libertad, estallaron las primeras discusiones. Nadie tenía claro lo ocurrido. Soleyko enviaba mensajes tranquilizadores, pero sus explicaciones resultaban confusas, pues lo que decía estaba basado en sentimientos sobre lo que sentía y «Cosas que oye en su cabeza», como lo describió alguien. La mayoría creían que estaban en peligro por la infección de musgo, aunque ahora parecía haber desaparecido. Se crearon grupos de discusión donde se debatía entre seguir a los ker en la aventura propuesta, u oponerse a ellos y liberar la nave de cualquier influencia. Si era preciso, darían media vuelta y regresarían a la base. Abortar una misión de colonización era algo

no previsto; en realidad, no había ocurrido nunca, pero no querían arriesgarse a contaminar un mundo nuevo. Algunos adujeron, aplicando con sorna la misma lógica, que si regresaban podrían contaminar también su mundo de origen.

Soleyko decidió ir a descansar a su camarote, estaba agotada por todo lo que había vivido recientemente, y esas discusiones le parecían sin sentido cuando todavía no sabían cuáles eran las intenciones de los ker. Los idor, que habían estado a su lado, muy callados y observándolo todo con atención, también decidieron recogerse.

—Creo que, decidan lo que decidan, no servirá de gran cosa cuando los ker nos cuenten lo que pretenden —opinó Rhen.

—¿Piensas que se manifestarán de forma clara en algún momento? —preguntó Soleyko.

—Pienso que se manifestarán de forma *irremediable* muy pronto —sentenció—. Que sea de un modo claro para nosotros, eso está por ver.

Unas horas después, Soleyko se despertó al oír el zumbido de su comunicador.

—¿Rhen? —Se frotó los ojos—. ¿No me irás a decir que no puedes dormir y que quieres charlar?— dijo sorprendida.

—Nosotros no dormimos, solo aminoramos algunas funciones para descansar sin perder la consciencia. —Se lo dijo de una manera un tanto condescendiente, aunque eso les pasaba siempre a los idor. Tendían a tratar con algo de suficiencia a los humanos en términos de ciencia, como si el haber nacido y crecido en un entorno de un solo g les garantizara una noción distorsionada de la física—. Te llamo porque he pensado que no querrás perderte el motín que se ha desatado a bordo de tu nave.

Soleyko dio un respingo. Lanzó algunas expresiones muy sonoras mientras se levantaba a toda prisa.

—¿Es grave? ¿Qué está ocurriendo?

—Una facción intenta tomar el control de la Galaxian para regresar al puerto de origen. Otra trata de evitarlo y proponen esperar a conocer las intenciones de los alienígenas antes de decidir. Los oficiales han vuelto a encerrarse en el puente y han pedido a Tyle y sus hombres que protejan la nave, esta vez de sus tripulantes. Creo que el teniente no tiene claro de qué parte está.

—Vamos junto a él, puede que nos necesite.

—Entonces, nos vemos delante del puente. —Rhen cortó la comunicación.

Soleyko salió de su camarote, temerosa de lo que pudiera hallar al recorrer la nave. ¿Peleas? ¿Tal vez una lucha por el control de la nave? Llegó a su destino abochornada por el espectáculo.

Se suponía que un motín era algo grave, un combate organizado para tomar el mando y hacerse con el destino de la nave. En lugar de eso, había por allí un montón de personajes un tanto pintorescos, lo mejor de cada casa, bramando para llamar la atención y tratando de convencer a otros grupos de gente para obrar en un sentido u otro. Era una revolución a chillidos. En un cruce de pasillos, un hombre incitaba a emprender el regreso, mientras los que le escuchaban, cerveza en mano, aplaudían o abucheaban según lo que dijera en cada momento. En otro lugar, unas mujeres de cierta edad vestidas con túnicas los conminaban a todos a unirse en oración para celebrar el advenimiento del mesías salvador que su fe pregonaba, o algo así. Al cruzar por una sala común, una especie de plaza entre los habitáculos, vio por las pantallas que también se exhortaba a tomar las armas y defender la nave contra la invasión alienígena. Detrás

del hombre que lanzaba estas proclamas, una puerta fue derribada, pero unos soldados lo detuvieron a tiempo. El oficial dijo que la comunicación no estaba autorizada y apagó la transmisión.

Soleyko se puso de mal humor al ver unas reacciones tan ridículas, descoordinadas y poco meditadas. Casi hubiera preferido un motín de verdad: al menos habría tenido una cierta dignidad.

Vio al teniente de espaldas frente a una consola y lo saludó.

—¿Qué tipo de acción piensa tomar frente a todo esto?

Tyle alargó la mano y le tendió una botella de vodka.

—¡Por Dios, acabo de levantarme! —protestó ella, negándose.

—Mire la pantalla —ofreció Tyle por toda respuesta. Apretó con fuerza la lengua contra el cielo de la boca, como si fuera a exprimir zumo de melocotón.

La terminal mostraba el interior del puente. Unos oficiales trataban de adjudicarse el control de la consola de navegación para alterar el rumbo. Otros lo impedían interponiéndose y apartándolos a empujones. Parecía una rencilla en un patio de colegio. Daba la impresión de que pronto empezarían a golpearse de verdad. Luego, se dio cuenta de que en un rincón había una oficial joven sollozando: tenía el ojo morado.

—Páseme esa botella… —suspiró, desconsolada.

Como solía ocurrir cada vez que una situación sorprendente, inesperada y de vital importancia se abatía sobre ella, la humanidad había perdido la dignidad. Luego, cuando todo hubiera acabado, la historia se escribiría con palabras solemnes. Si hacían una película de los hechos todo se vería admirable y heroico. Pero ella estaba allí y podía contemplar a los seres humanos mostrando la sorprendente variedad de su estupidez y patetismo.

Cuando iba por el tercer trago aparecieron Rhen y sus compañeros. Se habían quitado los trajes de vacío y sus cuerpos vibraban de un modo curioso.

—¿Puedes beber alcohol? —preguntó Soleyko, tendiéndole la botella.

—No. Interferiría en mis procesos metabólicos de un modo grave.

—Pues quédate aquí y contempla cómo hacemos el ridículo en un momento histórico.

—Yo lo consideraría más bien una tormenta de ideas social. Cada persona o grupo dice lo primero que le viene a la cabeza, exponiéndolo así a los otros. Eso sí, muchas veces se dejan llevar por sus prejuicios. Poco a poco, la mayoría de las ideas serán descartadas por la comunidad e irán quedando solo las más sensatas. Al final prevalecerá una sola línea de actuación que, acertada o no, será admitida por consenso.

—Qué poco nos conoces… —murmuró ella, dando otro trago.

—Desde el puente nos piden que entremos —anunció el teniente—. Quieren escuchar nuestra opinión y que ayudemos un poco a calmar los ánimos —explicó mientras le quitaba la botella a Soleyko.

El ambiente en el puente era en ese momento sereno pero tenso. Resultaba evidente que existían dos bandos enfrentados, tanto como que los oficiales estaban divididos en dos grupos, uno frente al otro, y se miraban con nerviosismo.

Tyle estuvo un rato hablando en privado con la capitana. Después fue junto a Soleyko y le explicó la situación.

—Tienen un dilema sobre qué decisiones tomar en este momento, y quieren que les expliques de primera mano cuáles son las intenciones de los ker. Sobre todo, si tienen intenciones amistosas y contemplan nuestra seguridad en sus planes.

—No tengo ni la menor idea… —se defendió ella—. No conozco sus planes, solo soy una especie de… intermediaria.

—Pues improvisa algo convincente, porque la capitana está a punto de perder el control. La mayoría de los oficiales van a dar la orden de regresar, y ahí se acabará nuestra aventura.

—Los ker han dicho: «No podéis regresar» —anunció en voz alta. Luego, se lo pensó—. Bueno, creo que ese era el cuerpo del mensaje. Mi cabeza parece una radio de onda corta.

—¿Podría ser un poco más precisa, especialista? —inquirió la capitana, su ceño un trazo mal dibujado en la frente. Soleyko se concentró en un suplicante: «Por favor, seas lo que seas, dime algo más. Algo que me sirva». Está bien, pensó: «Si queréis una ejecución pública, os la voy a dar».

Algo increíble estaba a punto de ocurrir. Soleyko repitió estas palabras en voz alta mientras se iban formando en su mente.

—Estáis a punto de dar un salto, de pasar al siguiente nivel de exploración galáctica. —Sus ojillos nerviosos recorrieron la sala.

—Es un tanto impreciso —valoró la capitana, cruzándose de brazos—. ¿No pueden darnos más detalles? Algo que nos sirva para calmar los ánimos. Que nos expliquen qué va a ocurrir.

Soleyko se esforzó más. Nuevas palabras aparecieron flotando por aquel espacio que no sabía si adjudicarle a su superyó o a su ello. Miró a la capitana, luego a los oficiales, y finalmente se acercó al teniente Tyle.

—Si lo he entendido bien —le susurró al oído—, acaban de responder: «Diles a mis herramientas que esperen tranquilas hasta conocer su uso». Un tanto… peculiar.

—Con cuarenta años ya estoy muy viejo para esto.

—Vaya, cuarenta. Tenía pinta de tener solo treinta y cinco.

—Ha sido una semana muy dura. ¡Mierda! —bufó el soldado, ansioso por alcanzar el grado justo de sobriedad que le permitiera seguir adelante—. ¿Dónde he dejado…?

Sus hombres se unieron a coro para terminar la frase:

—¡La botella!

18 COMIENZA EL EXPERIMENTO

Una de las pocas dependencias de la nave que todavía conservaba una gran cantidad de musgo era la enfermería. A pesar de que aquella capa de interfaz orgánica se había retirado del resto de los pasillos y las alas de almacenamiento de cápsulas criogénicas, la bahía médica donde descansaba todavía el cuerpo de la doctora Zebya registraba una capa verde que llegaba hasta la cintura de un humano. El musgo invadía las consolas, anegaba las estanterías de los medicamentos e incluso colgaba del techo en exóticas lianas. Por allá arriba también había camastros y cosas que solo se usaban en condiciones de gravedad cero, momento en el que los techos eran operativos también, y las naves parecían mucho más grandes y espaciosas.

La sala estaba cerrada a cal y canto, pero había dos operarios en su interior, protegidos por trajes de vacío, que tomaban muestras de las distintas clases de hongos. Los científicos se habían dado cuenta de que el musgo no era homogéneo, sino que había distintas clases categorizadas por colores y por impedancia eléctrica. Así que estaban tomando muestras de todo ello, cuando la mujer que yacía sepultada bajo una montaña de moho se incorporó dando un grito, como si despertara de una pesadilla, y le dio el susto de su vida a uno de los operarios.

Se quedaron mirándola, pálidos, pues parecía un cadáver insepulto que de repente se hubiera incorporado con un chillido, como si su alma hubiese encontrado de alguna manera el camino de vuelta. No se imaginaban hasta qué punto esa metáfora estaba cerca de lo que le había pasado en realidad.

Media hora después de la increíble resurrección, Zebya tiritaba bajo una manta, con una taza de café caliente haciendo de improvisada estufa. Estaba en otra bahía médica diferente —al ser tan enorme, la Galaxian disponía de varios complejos hospitalarios— con un grupo de personas que la miraban con ojos inquisitivos, como si no fuera una mujer sino una suerte de complejo puzle. Entre los presentes estaba la capitana del navío, varios científicos y militares, y por supuesto Soleyko y su inseparable Rhen. El teniente Tyle y su grupo se habían vestido con el uniforme de combate y se habían puesto capas de maquillaje oscuro en la cara, más para cumplir con un antiguo ritual militar que por otra cosa. Pintura mate y negra, pero a la vez fuerte, con una fluorescencia primitiva. Soleyko había estado discutiendo opciones con Tyle mientras le veía pintarse, y le dio la impresión de que el hombre se aplicaba aquella pintura como si estuviera ilustrando una historia.

—Así que estuvo allí. Con ellos. —La autora de semejante declaración era la capitana Svastis, mando supremo de la Galaxian, que en esos momentos se estaba replanteando seriamente por qué no escogió Veterinaria en lugar de Ingeniería Espacial, como le aconsejó su padre—. Con los ker.

Zebya asintió, media cara hundida en el tul de vapores que salía de la taza.

—A menos que fuera la alucinación más compleja que haya experimentado ser humano alguno en la historia de la psiquiatría, sí. Estuve en su planeta natal, que me pareció un enorme pantano maloliente. Y vi las torres donde… eh… esculpen sus naves transolares, y donde tienen esas máquinas que para nosotros siguen siendo pura ciencia ficción. Mi interlocutor se llamaba Laxb, si es que soy capaz de pronunciar bien su nombre.

Mientras relataba su experiencia con los ker, sin tener ni siquiera pruebas definitivas de si había sido o no un sueño, la doctora intentó reunir cuantos más detalles mejor. Detalles que definían aquella experiencia, y que corrían peligro de perderse como la gradación fina de un sueño. Recordó el gigante gaseoso, con sus lunas entrevistas en la distancia y sumidas en una delgada fase creciente. Creyó percibir en ellas unos destellos enjoyados que podrían delatar la presencia de ciudades…, pero seguramente sería un añadido de su imaginación.

Los ojos de los presentes se desorbitaron al oír el relato completo. Y eso que las lagunas de memoria de Zebya les estaban haciendo oír una versión resumida. Lo que primero y de manera más contundente impactó a su audiencia fue la descripción física de los ker, sobre todo a los otros científicos que trabajaban en el área de xenobiología. Ninguno se esperaba que los alienígenas tuvieran aquella forma de… colugos mezclados con cometas, cnidarios e insectos palo, por decirlo de alguna manera. Casi todos los biólogos esperaban que los ker tuvieran la decencia de ajustarse a los patrones evolutivos más obvios, con un cerebro de procesamiento único, órganos visuales estereoscópicos dispuestos en su vecindad… Posición bípeda alzada y, como mucho, un tegumento sobre la piel que los protegiera de las bajas temperaturas o de la radiación solar extrema de su mundo de origen. Por eso, la descripción de la doctora no solo los cogió con la guardia baja, sino que también, en cierto sentido, ofendió su delicado orgullo darwinista.

—O sea…, nos está diciendo que los ker defienden la teoría de que las constantes cosmogónicas no son universales sino locales —trató de resumir la capitana—. Y que se han dado cuenta de que ellos, por su lugar de origen, son incapaces de buscar nuevos valores que vuelvan segura su navegación espacial.

—Sí. Por eso nos necesitan a nosotros: porque nuestro cerebro evolucionó para percibir… esto, ¿cómo lo llamó? Noúmenos diferentes. Quieren que les ayudemos a construir toda una parcela nueva de la física basada en ecuaciones y objetos no fenoménicos. Que regresemos a Platón y a Kant para progresar hasta Newton y Coulomb.

Par…

… padeo.

Flick, flick. De todos los presentes.

—Uauh.

—Sí, uauh. Si Kant estuviera aquí, le daría una paliza.

Zebya se estremeció, desde los huesos hacia fuera, hasta hacer vibrar la piel. Notaba cómo la miraban todos con esa expresión asustada que no admitía réplica. Los únicos que la observaban más con una expresión de «No me estás contando nada que no sospechara ya, encanto» eran los idor.

—Están retrocediendo hasta la filosofía en busca de nuevas bases para la matemática y la física —dijo Soleyko, haciendo malabarismos con aquellos conceptos raros en su cabeza de ingeniera—. En realidad, esto no es nuevo para nosotros, los ingenieros. —Se encogió de

hombros. Rhen estuvo de acuerdo con ella.

—Ah, ¿no? —se sorprendió la capitana.

—No. Hace años que venimos trabajando con premisas así de extremas, siempre en busca de los límites del conocimiento. Todo el mundo dice de nosotros, los tuercas, que somos gente práctica, quizá demasiado, pero nuestra disciplina también tiene sus fronteras, sus campos de experimentación. Y uno de ellos es la teoría de la *idioskosmosfera*, es decir, la idea de que en realidad sea la voluntad de los seres conscientes y su evolución fenomenológica la que determine en última instancia las leyes de su parcela del universo. Así, para nosotros funcionaría un motor de impulso basado en el dato de que la velocidad de la luz es de trescientos mil kilómetros por segundo, aproximadamente, pero para otra especie puede que no. Igualmente, podemos pensar que la conjetura de Lehmer para trabajar con polinomios vale 1,176, pero eso solo sería así en nuestra región de la galaxia, y con esta baraja de fórmulas. A lo mejor en Próxima Centauri vale 2,05, y su baraja tiene más comodines que ases. Y todo porque los seres sintientes de ese sistema solar han forzado a la física a ser así, con su percepción de las cosas.

—Un breve informe de Radio Macuto, chicos —murmuró Tyle, que no entendía ni la mitad de las cosas que se estaban diciendo—: Estamos jodidos. Corto y cierro.

—P… pero… ¿a qué viene entonces lo del musgo? —preguntó Svastis, sin saber dónde meter sus temblorosas manos, y ya que estaba, todo lo demás—. ¿Por qué han infectado con él nuestras vainas de criosueño? ¿Y a qué viene esa alteración del ADN de los durmientes?

—Eso, capitana, es lo que llamaríamos un flagrante caso de licencia dramática —sonrió Soleyko—. Resulta que todas nuestras teorías sobre la nave ker se murieron por el camino, en algún lugar entre aquí y sus invernaderos de plantas algebraicas, y tuvimos que hacerles una transfusión. —Como nadie entendió el chiste, se puso seria y lo desarrolló—: A ver. Los ker no pueden hacer solos ese viaje que tienen pendiente a un lugar muy, muy lejano de sus mundos de origen. Necesitan algo así como… perros lazarillo que sean capaces de ver en las longitudes de onda adecuadas y que los guíen. Los lazarillos somos nosotros. El puente de mando de la nave que están «construyendo» a nivel teórico, para que nosotros la gobernemos, no tendrá controles electrónicos sino plantas computacionales, como las de aquel jardín. Las plantas serán el puente entre los pilotos y la sala de máquinas.

—Es cierto… —convino la doctora Zebya, que ya había agotado todo el calor que podía desprender su tazón caliente, y pidió otro recién salido del microondas. Con el mareo que sentía tras el regreso a su cuerpo verdadero, sus ideas empezaban a embrollarse—. Eso también lo vi cuando estuve allí. Han tomado una decisión unilateral con respecto a nosotros: nos usarán para sus propósitos, queramos o no. Somos algo parecido a rehenes, a prisioneros de guerra, más que a aliados en este gran salto a las estrellas. Si nos gusta el papel que nos tienen reservado, bien. Si no… atengámonos a las consecuencias.

—O sea, que somos como niños condenados a aceptar y ser felices con el regalo que un desconocido quiere darnos. —La capitana apretó los dientes, sintiendo nacer la furia. El teniente y ella se miraron, y este último acarició su arma.

—Eso es. Según su forma de pensar, la cantidad de humanos que hay en la Galaxian es minúscula comparada con el total de personas que conforman el grueso de nuestra especie, allá en la Tierra. Así que nuestro mundo no perderá mucho si nosotros desaparecemos en pro de un bien mayor.

—Cabrones.

—Sí, cabrones.

La algarabía volvió a subir de volumen, convirtiéndose en una batahola. Soleyko cerró los ojos e intentó invocar un paisaje pacífico, algo que calmara sus nervios: quizá un atardecer sereno y deleitoso, con un torrente que parloteara de fondo junto con el sonsonete de los cerrojillos en los arbustos. Pero no funcionó. Su mirada viajó a través del mosaico del falso techo, que parecía basalto desnudo, mientras ella contaba hasta diez. Al final, alzó un puño en el aire y casi gritó: «¡Silencio!». Todos la miraron, hasta la capitana.

—¡Pelearnos entre nosotros es inútil! Los ker, como especie dominante en esta parte de la galaxia, harán lo que quieran les sigamos el juego o no, así que más nos vale planear estrategias para ver cómo vamos a adaptarnos a lo que nos están haciendo ya, en lugar de desperdiciar fuerzas quejándonos por la mala suerte que hemos tenido en este viaje. —Los miró con enfado, como una hermana mayor (y más responsable en teoría) haría con sus traviesos hermanitos pequeños—. Por ejemplo: lo que le han hecho a la doctora Zebya podrían hacérnoslo a cualquiera de nosotros arbitrariamente, ¿no? Solo necesitan conectarnos a una interfaz, a *su* interfaz, y tachán, todos trasladados de cuerpo al instante. Nuestros cerebros de *egotour* por el universo, rumbo a cuerpos extraños. ¿A nadie salvo a mí le preocupa eso…?

—Caramba, querida, nunca pensé que podrías descargar sobre nuestros hombros semejante torrente de elocuencia —se burló el teniente Tyle.

—Acupuntura de neutrinos —intervino Zebya, ya que le habían dado pie.

—¿Qué?

—Es un sistema que se lleva aplicando en la Tierra desde hace décadas. Bombardear ciertos puntos del encéfalo con haces de neutrinos para estimular sus células. Los médicos creen que así se curan muchas enfermedades, al movilizar fuerzas del organismo desconocidas para nosotros. —Suspiró—. Incluso hubo unos autores rusos de ciencia ficción, los hermanos Strugatsky, que escribieron sobre eso hace mucho. Los leí de pequeña. Creo que eso es lo que me han hecho a mí los malditos ker: me han tratado con acupuntura de neutrinos.

—Estamos preparados para entender conceptos tan extremos —apuntó Rhen—. Para entenderlos y para jugar con ellos. No olvidemos que la media de cociente intelectual en esta nave es muy alta para los parámetros humanos. —Tyle soltó un bufido de fondo—. Bueno, algunos se encargan de bajarla unas décimas de punto.

—Demos por cierta la hipótesis de los ker, su defensa de la conjetura de la *idioskosmosfera* —sugirió la ingeniera—. De no ser cierta, si no es más que una invención, toda una cadena de pruebas circunstanciales se derrumbaría. Los ker nos han lanzado una idea, y esa idea es como la decisión del cerebro de contraer un brazo: la fuerza de voluntad en sí misma tiene un voltaje increíblemente pequeño, pero es la chispa que pone en marcha procesos capaces de mover muchos kilos de presión. Aquí, en esta nave, pasa lo mismo: la invitación de los ker es la chispa; nuestros actos y los suyos combinados son el músculo, y nuestro viaje hacia las fronteras del infinito la carrera. Es así de simple.

—Estoy de acuerdo —asintió Svastis—. Ahora mismo tenemos un problema gordísimo en la Galaxian: los tripulantes que ya se han despertado, que son muchos, han notado que les han hecho algo mientras dormían. Creo que estamos al borde del motín, y eso es muy peligroso en

una nave de espacio profundo. Para colmo, no tenemos personal de seguridad suficiente para mantener el orden y al mismo tiempo luchar contra los ker. —El teniente asintió, muy de acuerdo con esa idea—. Así pues, yo creo que… ¿Qué es eso?

Otra alarma empezó a sonar, una que estaba más relacionada con cosas que estuvieran ocurriendo fuera de la nave que dentro. Las pulseras-*display* empezaron a lanzar destellos parpadeantes.

—¿Qué pasa, nos atacan?

—Es un aviso de las cámaras que vigilan la Tarpaulin —precisó Rhen—. Algo está pasando ahí fuera.

Corrieron al ventanal de observación y esperaron a que la rotación natural de la Galaxian metiera en su campo de visión a la otra nave. Cuando esta apareció, casi les dio un calambre por la sorpresa.

La nave de los ker estaba mutando. Abandonaba lentamente su forma de peonza para abrirse como una flor de metal, gigantesca y simétrica, y a su modo muy hermosa. Las paredes se dividían, las vigas sobresalían como pistilos, el tronco central rotaba para volverse cónico, y por los lados surgían brazos antes ocultos, que iban creciendo con parsimonia como si quisieran abrazar el universo.

La sala de máquinas de la Tarpaulin quedó expuesta tras tanto movimiento de mamparos: pulsaba con una luz estroboscópica, un latido cuántico, igual que el de la nave que había visto Zebya siendo construida en Mârhen(ijk)neisk. Parecía una versión gigante de los espejos y la maquinaria interior de un celostato, puesto allí para trazar una ruta hacia el espacio más profundo imaginable, basándose en puntos geodésicos hechos de estrellas. Puntos celestésicos.

Pero lo más aterrador no era eso. No era la transformación en sí, sino que esa misma mutación estaba empujando la nave alienígena hacia la Galaxian. Parecía que fueran a chocar.

—¡Va a colisionar contra nosotros! —exclamó la capitana, repentinamente pálida—. ¡Al puente de mando, tenemos que retroceder!

Todos corrieron hacia allí, pero antes de que pudieran llegar notaron unos ruidos profundos y graves en la estructura, como si algo se estuviera acoplando a ella. Como si más que chocar, ambas naves estuvieran *abrazándose*. Rhen confirmó esta hipótesis.

—La colisión ha empezado, pero es una colisión lenta. No están chocando con nosotros, sino… eh… fusionándose con la Galaxian, creo que podría ser la expresión correcta.

—¿Fusionándose? ¿Qué quiere decir?

—La Tarpaulin ha adquirido una forma de copo de nieve gigante, con intersticios en su fuselaje que coinciden con los anillos en rotación de nuestra nave. Creo que es un diseño pensado para que encaje con nosotros como si fuera un… una…

—Un preservativo —gruñó Tyle, y escupió a un lado.

—Algo así, gracias por su contribución, sargento.

—Teniente.

—¿Qué pretenden? —se asustó Soleyko, mientras otros estampidos lejanos y vibrantes se transmitían como pequeños terremotos por el suelo y las paredes de los pasillos—. ¿Quieren devorarnos como si fueran un anticuerpo y nosotros la bacteria?

—No sabremos más hasta que no accedamos a la sala de control —decidió la capitana, y lideró la marcha hacia allí. Sin embargo, cuando alcanzaron el anillo de intercambio con sus ascensores y sus escaleras, tuvieron que detenerse.

Una muchedumbre formaba un tapón humano que impedía acceder a los ascensores. Pero eso no era lo peor: se trataba de recién despertados, de las vainas criogénicas. Estaban sumidos en un estado de histeria colectiva, sus cuerpos manchados de musgo. Pero esos cuerpos habían cambiado, ya no eran del todo humanos, y algunas de las malformaciones resultaban grotescas…

Era como si el musgo los hubiese mutado para que encajaran en un biotopo muy distinto al terrestre, solo que los cerebros de aquellos desgraciados aún querían seguir siendo humanos.

Tyle empuñó su pistola.

—Genial. Empieza la fiesta.

19 FRENTE A LOS KER

La nave se fue acoplando a la perfección a la Galaxian. Los pétalos que se habían abierto en la Tarpaulin se fueron cerrando a modo de lento abrazo sobre las estructuras de la nave humana. Cuando se tocaban, la masa alienígena penetraba cuidadosamente en todas y cada una de las estructuras de la nave. Los sistemas eléctricos e informáticos fueron los primeros en quedar absorbidos; los generadores de energía y los motores los siguientes. A Soleyko le daba la impresión de estar viendo una planta carnívora cerrándose a cámara lenta alrededor de un insecto. El problema residía en que ella formaba parte de ese insecto. Estaba siendo devorada en vida.

No sentía terror, ni tan siquiera aprensión; la sensación era de estar maravillada. Supuso que su estrecho contacto con los ker la estaba afectando. Debería sentir miedo, rabia, ganas de rebelarse… En cambio, estaba casi feliz. «Me están haciendo algo —pensó—. Hace un momento los temía. Ahora los admiro, casi deseo ser devorada por ellos.»

Tyle las había obligado a refugiarse en una estancia segura mientras trataba de poner orden. Soleyko aprovechó para contarle lo que le ocurría a Zebya.

—Probablemente le están administrando algo que la mantiene tranquila. Un sedante psíquico —dijo la doctora—. Han estado tan dentro de su cuerpo y de su mente que pueden haber aprovechado para introducir modificaciones. Modificar sus conexiones neuronales para controlarlas a distancia, o hacer que su cuerpo fabrique drogas que puedan liberar cuando les convenga. Nosotros podemos hacer algo así, a nivel básico, para tratar a pacientes difíciles. A saber qué nivel tendrán los cambios que los ker podrían introducir.

—Pero entonces… ¿cómo puedo saber si cuando pienso lo hago libremente o estoy siendo guiada por ellos?

—Supongo que no puede. —Zebya vio la cara que ponía su interlocutora y trató de arreglarlo—. Tendrá que plantearse cada vez que tome una decisión si es la misma que habría tomado antes de estar en contacto con los ker.

A través de la puerta se oyeron un par de disparos. La situación se le estaba yendo de las manos a Tyle. Desde el puente lograron comunicar con ellas y reclamaron la presencia de ambas. Tuvieron que regresar al pasillo y vieron que el teniente, junto a sus hombres y algunos operarios de la nave, había logrado despejar el paso. Pidieron a Tyle que las acompañara: la capitana Svastis necesitaría todo el apoyo posible.

Cuando entraron en el puente vieron a mucha gente. Todos los idor de la nave estaban presentes, observándolos sin soltar prenda. ¿Qué pensarían de una situación como aquella? ¿Cómo le harían frente? Los humanos decían que los idor tenían la mentalidad de un herbívoro: asustarse y huir era su estrategia. A Soleyko no le daba la impresión de estar ante un rebaño asustadizo, pero en ese momento no podía hablar con ellos.

—Damas y caballeros, los he reunido a modo de comité de crisis. —Svastis señaló la pantalla principal mientras hablaba—. Como pueden ver, hemos recuperado la operatividad de la nave. Los técnicos de las diferentes secciones informan, por el contrario, que las estructuras de los ker se han fusionado con las nuestras a un nivel casi molecular. La totalidad de nuestra nave forma parte ahora de la Tarpaulin y, señores, no tengo ni idea de qué implicaciones tiene eso. Según los cuadros de mando del puente, podemos gobernar libremente la Galaxian…, pero no confío en que sea posible.

Svastis seguía hablando mientras Soleyko dejaba de escucharla. La canción que oía en su mente era hermosa: hablaba de secuencias de números, y estas secuencias florecían y se trasformaban en vida. Vida que creaba pensamientos, pensamientos que creaban cosas hermosas como la nave ker. La canción se expandía y con ella las formas de vida… hasta que llegaban a un límite. Como una oscuridad acechante que las envolviera por todos lados. Cuando se adentraban en esa oscuridad, la vida moría, los números se estremecían y se desordenaban. De nuevo, la vida trataba de ir más allá y era rechazada. Salir de su burbuja y enfrentarse a la oscuridad era morir para ella.

La bofetada hizo que Soleyko despertara del trance.

Se llevó la mano a la mejilla dolorida, y miró a su alrededor: los presentes habían formado un círculo.

—¿Lo ve? Es un tipo de terapia de choque primitiva, pero funciona —le estaba diciendo la doctora—. Perdona, pero fue necesario.

—¿Qué le ha ocurrido? Estaba como ida, en una especie de trance…

Soleyko explicó su visión y lo que creía que significaba. La metáfora en que podía convertirse respecto al problema de los ker.

—Claramente, hay algo que los mantiene atrapados en este nivel del espacio, o de la realidad, si quieren verlo así —dijo—. Confían en nosotros para que los salvemos. La manera en que la Tarpaulin se nos ha acoplado es como cuando un náufrago se abraza a un tablón.

—O cuando dos amantes se entrelazan para buscar las mismas sensaciones —dijo Zebya.

—Pero ¿qué es esa oscuridad que los envuelve? ¿A qué peligro se están enfrentando? —preguntó la capitana.

—Al universo en sí mismo. Al menos, a la parte de él en la que vivían hasta ahora, en sus mundos de origen. Están dentro de una burbuja donde las leyes físicas son diferentes al resto. Su ciencia y su tecnología se han desarrollado dentro de esa burbuja, por lo que fuera de ella se vuelve inútil. Ahora estamos en una zona fronteriza. Todavía funciona lo que ellos hacen, y también lo nuestro, pero si penetramos más en su territorio nuestra tecnología fallará, y si ellos se alejan demasiado, se volverá inútil la suya. Probablemente, la zona de la galaxia donde han aparecido está interactuando con otro universo distinto. Como dos grandes esferas en el aire que de repente se tocan. Una parte de ellas está en contacto con la otra, pero solo se solapan tangencialmente. La Tarpaulin es una sonda que va rastreando los límites de su territorio, en busca de algo que les sea útil —continuó Soleyko—. Por eso recolectan todas las formas de vida y las tecnologías que encuentran. Quieren hallar una solución a su problema.

—… Y esa solución es que los guiemos nosotros —dijo la capitana—. Pero ¿hacia dónde?

—Me preocupa más el cómo que el qué o el cuándo —masculló Tyle—. Hasta ahora se han estado comportando como parásitos. Han invadido nuestros cuerpos en la Tarpaulin, nuestras mentes en el caso de la doctora Zebya y de Soleyko. Incluso la Galaxian está atrapada. Y todo sin un mísero «por favor». ¿Qué será lo siguiente, convertirnos en marionetas bajo su control? ¿Peones para sus colonias?

—Tal vez solo quieran que los ayudemos a encontrar una solución, para luego seguir su propio camino —aventuró Zebya, más comedida. Aunque tenía que admitir que esa idea tan de ciencia ficción *pulp*, la de los aliens esclavizando a humanos para sus lejanas colonias del espacio, no la tranquilizaba demasiado. Y, después de lo que había visto, no la encontraba del todo disparatada.

—Véalo al revés —la contradijo Tyle—: dentro de su territorio y sin poder salir de él no son un peligro para nadie. Si los ayudamos, tal vez encuentren la manera de ir a todas partes. ¿Qué harán entonces con las especies que encuentren por el camino? Por lo que hemos visto hasta ahora, sus métodos son un tanto invasivos.

—¡Atención! —dijo el piloto—. Mientras ustedes hablaban, el ordenador acaba de trazar un rumbo.

—Los generadores están aumentando la potencia —dijeron desde otra consola—. Todos los compartimentos críticos para la navegación se están sellando.

Los mensajes se fueron sucediendo mientras un suave ronroneo empezaba a notarse en la estructura. Los motores se ponían en marcha, enviando sus retumbantes mensajes a través de las vigas de soporte, el blindaje térmico, los lejanos núcleos de fusión del motor, etc. Su frío corpachón se llenaba de electricidad radiante, de poesía mecánica. Era un cuerpo que resucitaba.

—Felicidades, teniente. Pronto sabrá qué es exactamente lo que piensan hacer nuestros amigos.

Tyle le devolvió una mirada nerviosa. Luego, dirigiéndose a Rhen, preguntó:

—¿Y vosotros, bichos feos, por qué estáis tan callados?

El idor vibró de un modo raro y no dijo nada. La extraña gramática de su cuerpo alienígena estaba expresándose de un modo que solo otros idor podían captar. El remolino de sus vísceras aumentó, cosa que generaba a la postre más energía para sus acumuladores piezorgánicos. Zebya era la única que podía adivinar que ese voltaje extra estaba siendo redirigido, probablemente, a su cerebro. Quería pensar más rápido, con más precisión.

Soleyko, con expresión decidida, se llevó a la doctora a un lado.

—Zebya, por favor, necesito que me ayudes.

—¿Te encuentras mal?

—No es eso. La forma en que se comunican los ker conmigo es… ¿cómo lo explicaría? Demasiado onírica. Cuando estaba en la Tarpaulin, poseída por ese musgo, me sentía conectada de otra forma. Podía acceder a sus pensamientos con mucha más claridad. Necesito recuperar esa conexión potente y directa.

—¡Por Dios! ¿Sabes lo que estás pidiendo? Podría ser muy peligroso —objetó la doctora, mirándola como si le hubiese dicho que era un ángel caído del cielo o que pensaba matar a todos los de la nave terrestre con una bomba.

—Eso no me importa. Tenemos que averiguar todo lo que podamos para tomar decisiones. No me sirve tener de vez en cuando una visión y que todo el mundo me mire raro. No soy un oráculo. Tengo que hablar con ellos de un modo más directo, controlando yo la conversación.

—Te entiendo. Pues si es lo que quieres… vayamos a la enfermería. Allí podré controlar tus constantes vitales. Te mantendré monitoreada en todo momento.

Sellaron el pacto con un asentimiento de cabeza. Se pusieron en marcha tras comunicarle sus intenciones a la capitana, la cual no se mostró demasiado entusiasmada con el plan. Tener a uno de los suyos conectado directamente con el enemigo, como si fuera un espía, era una idea muy atractiva, pero ¿qué les diría a los ker si estos se dignaban a escuchar? ¿Acaso tenía la ingeniera potestad para erigirse en embajadora de su especie? Además —este pensamiento fue un hijo exclusivo de la paranoia—, ¿qué pasaría si la conexión mental funcionaba en los dos sentidos… y los ker usaban el cerebro de Soleyko como puente para infectar del todo el ordenador central?

La capitana valoró seriamente ser ella quien se conectara a esa línea rápida, pero Zebya estropeó sus ilusiones: de todos los presentes, Soleyko era la que mejor sintonizado tenía su sistema nervioso para enchufarse al musgo. A regañadientes, Svastis tuvo que admitir que era su mejor opción, pero mientras caminaban hacia la enfermería, le dio unas directrices muy claras sobre qué debía decirles a los alienígenas y qué no.

Tyle las escoltó para protegerlas. Según sus hombres, todavía había problemas con la gente que se había despertado. Las personas estaban saliendo de sus cunas de sueño con sus cuerpos y sus mentes en diferentes grados de mutación, y muchos no reaccionaban de modo agradable. Estaban desorientados, y asustados, y eso los volvía peligrosos.

—La mayoría de esas personas están desquiciadas —dijo el teniente, llevándose un dedo al comunicador de la oreja—. Mis hombres me informan que algunos incluso se han suicidado tras mirarse al espejo. Los cambios en sus cuerpos son demasiado extremos. Creo que los ker están estudiando como reconvertirnos por el método de ensayo y error. Pagaremos sus errores con nuestras vidas.

—Si nosotros, los seres humanos, no lleváramos haciendo eso mismo con animales desde hace miles de años, no me sorprendería tanto —masculló Zebya.

Llegaron a una sala de curas intensivas. Allí podrían disponer de todos los medios de monitorización posibles para el cuerpo humano. Cuando entraron en la habitación, ya les esperaba un grupo de personas vestidas con el uniforme del área de servicios de la nave: camareros, asistentes y gente así. Rodeaban con aprensión a uno de ellos, un chico de unos veinte años que estaba sentado en una camilla. Tenía una especie de parche orgánico puesto como si fuera una venda sobre los ojos.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Zebya. Un auxiliar de laboratorio se le acercó.

—¡Doctora! Menos mal que ha llegado. Estas personas trajeron a este paciente hace un rato. Le había crecido una especie de venda vegetal delante de los ojos.

—¿Venda vegetal?

—Sí… —Señaló la cara del paciente, que parecía aturdido, pasándose una y otra vez la mano por delante de los ojos cubiertos por aquel emplasto—. He estado analizándola mientras la localizaban a usted, y he descubierto que el paciente, a pesar de no tener los ojos a la vista, y a pesar de que la banda es opaca, no está ciego. Puede ver.

Zebya apartó al resto de los camareros y se situó delante del muchacho. Este alzó la cabeza para enfocarla directamente hacia ella.

—Soy la doctora Zebya. ¿Puede usted verme?

—Eh… sí, señora. Pero es muy raro. Es como si usted estuviera ahí, delante de mí… pero envuelta en una especie de nube brillante. No es una imagen nítida, sino borrosa.

—¿Cuántos dedos he levantado? —Alzó un puño cerrado.

—Ninguno.

Zebya y Soleyko cruzaron una mirada inquisitiva. La primera ojeó los resultados del análisis preliminar que había hecho el técnico, después de someter al paciente a una radiografía y a una microtomografía de la zona. Lo que descubrió la dejó estupefacta.

—Al parecer, esa especie de banda ha crecido alrededor de su cabeza mientras estaba en su vaina de sueño. Está unida a su órgano visual mediante diminutas raíces, una por cada cono y bastoncillo que hay en el ojo. Al parecer… —hizo una pausa dramática antes de explicar su descubrimiento— las células de clorofila del vegetal han sustituido a los receptores ópticos como si fueran un conjunto de pequeños chips captadores de luz, como los de las cámaras de vídeo. La molécula captura la luz con su capa de magnesio y usa su cadena hidrófoba de fitol para transmitirla como si fuera un bit de información, hasta un zócalo de memoria hecho de radicales de carbono.

—¿Quieres decir… —se asombró Soleyko— que está pasándole al chico la información de la luz no como el resultado del impacto de esta sobre una lente, sino como resultante de un proceso clorofílico?

—¡Exacto! Y así, de paso, extrae energía de ella. La visión se convierte en algo más que un simple proceso de transmisión de información. El poder reductor del NADPH y el potencial energético del grupo fosfato del ATP, en lugar de servir para fijar la energía lumínica en energía química estable, como pasa en la fotosíntesis, lo que hace es que alimenta al cerebro con imágenes pixeladas. Él capta las imágenes como si fueran… esto… bolsas de luz descodificada. Por eso me ve a mí rodeada de puntitos.

Las mujeres meditaron en silencio, pensando en las posibilidades que abría eso en el campo de la fotoluminiscencia sintética. De hecho, si pensaban un poquito mal de los ker y sus aviesas intenciones… ¿sería acaso aquel pobre chico un experimento para crear híbridos animal-planta con cámaras ópticas en sus hojas, para que vieran el mundo en 360º a su alrededor, y de paso se alimentaran del propio acto de *mirar*?

Además, como la luz no solo se transmitía, se dio cuenta Zebya, sino que se almacenaba en la clorofila, ¡era una grabación molecular de imágenes! Quizá el cerebro de la persona podría llegar a «leer» esa grabación días o semanas después, obteniendo una memoria visual perfecta, como si hubiese grabado la realidad en vídeo. Quemar la reserva de clorofila para visualizar su memoria.

—Todo esto es fascinante —opinó la capitana Svastis—, pero ya habrá tiempo de investigarlo. Doctora, si tiene la bondad…

—Voy —asintió, y le prometió al chico que luego analizaría el caso de su «clorofila grabadora». Expulsó con amabilidad de la sala a todo el personal no imprescindible. Mientras conectaba a Soleyko a todos aquellos cables, iba pensando en cómo se las arreglaría para enlazarla con el moho de manera que no fuera lesivo para ella.

—No tienes que preocuparte por eso, ya está llegando —dijo Soleyko, señalando una pared.

Los ojos asustados de la doctora vieron cómo se filtraban manchas de musgos por las ranuras de las mamparas, como si fuera una infección vista a cámara rápida. La vegetación buscaba con sus diminutos cilios, tanteaba el terreno, parecía ávida de conectarse con otros seres vivos, aunque estos fueran de un orden biológico diferente. Aparecieron manchas en todos los intersticios, y se fueron extendiendo por la habitación. Los militares se dispusieron a quemarlos, pero la ingeniera les ordenó que no lo hicieran.

Alcanzaron la cama, subieron por sus patas y acariciaron la piel de Soleyko. El tacto era extraño, fuliginoso, como si aquellas babas estuvieran compuestas por colonias de virus en estado fósil. Se esforzó por contener las arcadas. Cerró los ojos y empezó a ver a través de las pupilas de la nave.

—¡Estás en línea! —decía Zebya desde una distancia de mil kilómetros. Unos gráficos parpadearon serpentinamente, como curvas dibujadas a partir de transformadas de Fourier, pintando sístoles y diástoles electromagnéticas en las pantallas—. ¡Sincronización neuronal al máximo, fusión de mentes en cinco, cuatro…!

Tres…

La Tarpaulin-Galaxian se preparaba para iniciar un peligroso viaje hacia la autodestrucción. Estaba al límite de su resistencia, y muchos de sus procesos internos amenazaban con fallar en cualquier momento. La Tarpaulin se regía por principios físicos que estaban dejando de servir conforme se alejaba de su base. Estaba en la zona fronteriza entre áreas con leyes físicas diferentes. A cada paso que daba, se adentraba más y más en un abismo. Muy pronto, las reglas de su mundo dejarían de funcionar. Y con ellas, las matemáticas y la lógica que mantenía entero su fuselaje. En esa estrecha franja fronteriza podrían convivir hasta cierto punto ambas lógicas; allí podrían fusionarse dos universos sintientes distintos. Los ker habían enviado sondas continuamente para explorar la región, esperando un evento que les permitiera dar el paso prohibido. Los humanos eran la ocasión esperada. Conectándose a ellos, hibridando formas y tecnologías, esperaban poder salir de su vecindario y explorar el resto de la galaxia.

Dos…

Soleyko veía ahora con los ojos de la Tarpaulin. Veía el profundo abismo de irracionalidad matemática en el que iba a meterse. La certeza que tenía a propósito de su propia autodestrucción cuando penetrara lo suficiente en el espacio humano, se convirtió en una voz que la machacaba por dentro. No por primera vez, sino de la manera más intensa imaginable. El suyo era un temor sin estridencias, una turbación serena. Era la certeza de que se dirigía a un final glorioso. Trataba de averiguar cuál era el objetivo último de la nave, pero no conseguía llegar a ese nivel de pensamiento. Algo la frenaba: notaba los mecanismos de generación de energía y de impulsión poniéndose a punto, como un atleta que hace estiramientos. Notaba cómo la Tarpaulin tomaba todas las medidas de seguridad posibles, como un submarinista cogiendo aire y cerrando la boca antes de una inmersión. A pesar de ello, no conseguía pasar de esas sensaciones tan corporales y llegar hasta la conciencia pensante de la nave. Al menos, no hasta el último momento, cuando la propia Tarpaulin dirigió su atención hacia Soleyko, aquella intrusa, y la invitó a penetrar en su mente.

Uno…

Las puertas del cielo se abrieron, y Soleyko penetró en el templo de los dioses.

20 *SOLEYKÓNDERON*

Justo cuando la mente de Soleyko caía por el embudo, quién sabía hacia dónde, el caos acabó de desatarse en la Galaxian. Las lámparas de los pasillos cambiaron para irradiar una luz ultravioleta que bañó las vainas de sueño, y aceleró el proceso de cambio de sus ocupantes. Todos los que quedaban por despertar lo hicieron a la vez, golpeando frenéticamente desde dentro las tapas de los tubos, rompiéndolas incluso, y saliendo al exterior en medio de una terrible desorientación. El musgo había hecho cosas muy variadas con sus cuerpos, mutándolos en tantas variedades y formas distintas que aquello parecía un catálogo de bestias en un tratado sobre la imaginación humana. Los había que solo habían mutado por dentro —pero ellos, en sus mentes, eran perfectamente conscientes de los cambios—, y muchos otros que también lo evidenciaban por fuera. No es que tuvieran tentáculos o cabezas de crustáceo como en un bestiario de criaturas lovecraftianas, pero casi.

Las alarmas sonaron por doquier. Aquello ya no era una nave colonizadora: era un carnaval flotante sumido en el caos más desquiciado imaginable. Y los miles de personas que llevaba en sus entrañas se estaban empezando a poner violentas, rompiendo todo lo que encontraban.

—Hay que acabar con esta locura. Y a ser posible, sin hacerles daño —gimió la capitana, que se veía a sí misma completamente sobrepasada por la situación. Sudaba.

—¿Qué es esa luz, por qué todo se ha vuelto de color índigo? —se extrañó Tyle, agarrando su pistola como si fuera un talismán.

—Si me permiten, creo que yo tengo una explicación para eso —intervino Rhen. La expresión que en otro tiempo había vivido en su cuerpo, en su carne, se había trasladado a las zonas internas de su anatomía, dejando solo alieinidad—. Los ker saben que la luz ultravioleta, sobre todo la de una determinada longitud de onda, estimula las mutaciones. Recordad que es la que había en el jardín computacional, haciendo crecer las plantas. Al fusionarse con la Galaxian, la Tarpaulin ha tomado el control de muchas de sus funciones, incluyendo el control medioambiental.

—¿Y por qué han acelerado la mutación? —preguntó la capitana—. ¿Por qué, de repente, hay tanta prisa?

—Por el viaje final. Está a punto de comenzar.

Todos se miraron, acongojados. Fue Svastis la que rompió el hielo.

—Y una mierda. Vamos a joderles el plan, aunque tengamos que separar las dos naves a la fuerza con una palanca. Rhen, si lograras llegar al corazón de nuestra sala de máquinas, ¿crees que podrías forzar al motor principal a encenderse, para que nos separe de un golpe de la otra nave?

—Podría ser, pero no lo sabré hasta que no analice cuál es la situación allí.

—Tyle te escoltará. Llévate a tus compañeros idor, si quieres, pero consigue que esos motores se pongan en marcha. Los demás oficiales, conmigo al puente de mando. Esas hordas de mutantes están asaltando la bastilla, y tenemos que resistir.

—Sí, señora —sonrió Tyle, y cargó el fusil.

Soleyko, mientras tanto, vagaba como un cuanto de luz entre los mundos.
El caso es que
de pronto
su loca carrera se detuvo
y se vio a sí misma flotando
junto a una nube de materia sideral
y aquella nebulosa
de hermosos colores
le estaba diciendo:
«Bienvenida, mujer. Has sido la primera en trascender».

Lo cual no la tranquilizó lo más mínimo, porque ella no estaba en ese momento para pensar en trascendencias, sino solo en morirse de miedo. Pero ni la cirugía ni la evolución, aun siguiendo su curso, lograrían poner en su sitio la costilla perdida de Adán. Pertenecer a la especie humana se había convertido en una sinecura.

La mujer no se molestó en preguntar a quién pertenecía esa voz. Estaba demasiado anonadada mirando lo que tenía delante, a una distancia imposible de medir pero que seguro que sobrepasaba los mil kilómetros —una minucia, a aquella escala—. La nebulosa que ocupaba el cielo era de esas cuyo volumen podía albergar varios sistemas solares, y parecía pintada en óleos sobre la pizarra del vacío. Relucía con una paleta de dorados y amarillos ocres muy variada, lo que la hacía parecer un charco de oro.

Pero eso no era lo que más llamó su atención.

Errando en aquel inmenso mar de polvo había algo, un cuerpo celeste que al principio confundió con un planeta pero que en realidad era mucho más pequeño. Podía tener apenas unos centenares de kilómetros de diámetro, y parecía una costra de pus que se hubiese desprendido de una herida para quedarse flotando en medio de la nada. Lo que más llamó su atención fue que ese «pus» parecía compuesto por una serie de asteroides semiorgánicos que se hubiesen unido para formar una tela de araña, conglomerado en el que había caído una presa. Nada menos que una nave espacial parecida a la Tarpaulin.

Lo siguiente que le llamó la atención fue que estaba desnuda.

Pero aquel no era su cuerpo, indudablemente. El truco de prestidigitador de la transferencia mental debía haber funcionado, porque al mirarse a sí misma vio un cuerpo que era idéntico al suyo, al de la ingeniera Soleyko, solo que de color verde clorofila. Parecía un constructo, una escultura moldeada para la ocasión a partir de una materia vegetal que era capaz de sobrevivir en las condiciones del vacío. Porque ella se sentía sólida. Y se sentía viva. Su estado de desnudez, y el hecho de que los ingenieros de aquella pequeña maravilla hubiesen recreado hasta la más pequeña imperfección de su cuerpo, en realidad le daba igual. Rodeada por todos aquellos prodigios, por aquel proscenio lleno de estrellas, el pudor era lo último que pasaba por su cabeza.

No tenía la sensación de estarse moviendo a demasiada velocidad, pero era una ilusión provocada por la falta de rozamiento contra un medio —el aire—, y la carencia de objetos inmóviles con los que comparar su movimiento. Pero luego se dio cuenta de que sí, que tenía que ir lanzada a una velocidad considerable, pues aquella tela de araña, aquella trampa para naves estelares, aumentaba de tamaño a ojos vista.

—¿Hola? —preguntó. Pero no lo hizo con sonidos, sino con su pensamiento. Era lo único que podían leer sus anfitriones—. ¿Me escuchan?

—Te escuchamos. —Aquella voz volvió a golpearla como un objeto sólido. Sin necesidad de explicaciones, Soleyko supo quiénes eran. Se trataba de un sonido cálido y reconfortante, a la par que andrógino—. Gracias por haber venido hasta aquí.

—Soy la embajadora de las personas que hay a bordo de la Galaxian. Tengo potestad para hablar en nombre de mi capitana. —Si esperaba impresionarlos, se quedó con las ganas—. He venido a dialogar, ya que estamos en una posición en la que sus manipulaciones genéticas sobre nuestros cuerpos rozan la declaración de guerra. Son un ataque.

—No, Soleyko: son una protección. Estamos rediseñando vuestros cuerpos para que puedan sobrevivir allá donde vamos, si es que encontramos a nuestro Navegante. Confiamos en que tú ocupes ese puesto.

—¿Protección? Perdonad, pero ni siquiera nos habéis pedido permiso para jugar con nuestro ADN. A eso no lo llamo yo una colaboración, sino una imposición. Nos estáis usando como vuestros instrumentos, matando a muchos en el proceso. ¿Es lo que se espera de una especie amiga…?

—Somos vuestros amigos; de no ser así, habríamos aplicado hace tiempo lo que vosotros llamáis «el principio de supremacía interespecies», y os habríamos exterminado.

A Soleyko le sorprendió que el ker conociera ese principio, según el cual no había una gran proliferación de razas inteligentes en el universo porque dos especies cercanas, capaces de entrar en contacto, siempre llegaban a un punto en el que una consideraba un peligro para sus intereses a la otra, y la exterminaba. Esa idea siempre le había parecido una estupidez a la ingeniera, pues la propia historia terrestre demostraba que diferentes civilizaciones, cuando entraban en contacto, no tendían al exterminio mutuo, sino a la asimilación de una por parte de la otra, siempre a través de una primera fase traumática, pero a la postre beneficiosa para ambas. El principio de supremacía existía, pero no acababa con la destrucción y el borrado de las especies en liza, sino en la fusión de ambas para acabar dando como resultado un híbrido más funcional, tanto a nivel cultural como tecnológico.

—Así que estáis de acuerdo conmigo en que el principio de supremacía no está condenado a desembocar, por fuerza, en el exterminio de la especie más débil.

—Exacto —dijo la Voz—. Pero sí que pasa por una fase inicial complicada, dañina para ambas partes. La esperanza estriba en que al final, queramos o no, todas las especies inteligentes nos terminaremos fusionando unas con otras, pues son más los puntos que tenemos en común que los que nos separan. Cada cual podemos aprender el idioma de los otros. La senda en espiral nos guía hacia las estrellas, es nuestro credo, igual que para vosotros el *per aspera*. Los eternos giros del pensamiento emulan la rotación que la gravedad impone en las galaxias.

—Entonces, tenéis que admitir que nos unen características comunes. Ambas especies compartimos un amor intrínseco por la exploración y por alcanzar lugares nunca vistos. Podríamos colaborar saltándonos la fase agresiva del teorema de supremacía, ¿no? Somos lo suficientemente inteligentes para ello.

—Lo siento, pero se nos agota el tiempo y no podemos permitirnos el lujo de ir despacio. Tenemos que huir cuanto antes de nuestra región de la galaxia, y ahora que os hemos encontrado y que parecéis ser la llave, tenemos que usaros. Y perdona por la expresión.

—Pero ¿por qué? —se exasperó la humana—. ¿Por qué se os agota el tiempo? Después de tantos millones de años de evolución, ¿por qué de repente parece que vais contrarreloj?

—Es por culpa de la Axiforma.

Soleyko arqueó una de sus cejas vegetales.

—La… ¿qué?

—Estás a punto de verla.

Su cuerpo siguió cayendo hacia delante, hacia la nave ker atrapada en la red. Pero antes de llegar se cruzó con un banco de cosas que al principio tomó por jirones de gas de la propia nebulosa, pero que al acercarse a ellos distinguió como seres vivos. Seres dotados de inteligencia.

Al notar su perplejidad, la Voz envió unos paquetes de datos a su cerebro, para que Soleyko *aprendiera*. Para que supiera un poco qué era lo que estaba viendo. Aquellas nubes brillantes parecían moldeadas por vientos hechos de gravedad y electricidad, más que por el aire de algún cuerpo gaseoso. Eran seres oriundos del vacío que vagaban en manadas por los inmensos espacios entre los soles. Los ker los habían bautizado como írlyx. Los írlyx escuchaban la sinfonía de las radioestrellas con sus cuerpos hechos de partículas de gas ionizado. Los cinco sentidos de estos seres no eran los mismos que los de los humanos, comprendió, sino el voltaje, la impedancia, la modulación, la frecuencia y el tacto del espectro electromagnético. Para ciertas longitudes de onda se portaban igual que arpas eólicas, muy ingeniosas en su modo de verter al espacio fragmentos de melodías bajo la forma de cristales de radio.

Soleyko pasó flotando junto a ellas, y las dejó atrás. Quiso llorar ante el sentido de la maravilla que desprendía todo aquello, pero su cuerpo no tenía lacrimales, solo poros de savia.

—El universo está lleno de vida… —murmuró, comprendiéndolo. Pero también supo que las relaciones entre todos esos ejemplos de vida con los que tenía más cerca, en su región del espacio, tenían por fuerza que ser complicadas.

—Otra vez tienes razón. El principio de supremacía es una constante universal, quizá más fija que la velocidad de la luz (que ahora sabemos que se modifica con la curvatura del espacio-tiempo y el valor relativo del factor de Planck). Por ponerte un ejemplo, nosotros encontramos a los idor hace millones de años y adoptamos hacia ellos un rol de especie precursora, pero llegó un momento en el que también se rebelaron. Hay una fase, dentro de aquellas en las que se divide el principio de supremacía, que es crítica: la llamamos punto de giro, y es el momento en que la especie «débil», la que está siendo absorbida, se da cuenta de que por mucho que luche sus características culturales y tecnológicas van a integrarse (y a ser modificadas en el proceso) por la especie dominante. Es entonces cuando se dan cuenta de que no hay marcha atrás, cuando la especie débil tiene que tomar una decisión: o se adapta, se deja asimilar y aprende a prosperar

dentro de las coordenadas culturales de sus amos (en tu Tierra eso ha pasado innumerables veces, como por ejemplo en los conflictos entre esas tribus a las que llamasteis romanos-griegos, o europeos-indios), o es exterminada del todo.

»Los ídor llegaron a ese punto de giro y eligieron adaptarse a nosotros, pero solo en parte. Hay una buena cantidad de ellos que todavía nos ven como invasores despiadados, y que trabajan en secreto para frustrar nuestros planes. La mayoría no son así, sino que aun hoy en día se dedican a desbrozar pacientemente los aspectos perennes de nuestra civilización, en busca de su belleza. Pero ese pequeño rebelde grupo nos odia a muerte. Nosotros, los ker, estamos ahora mismo atrapados en nuestro propio punto de giro, pero respecto a una especie de potencial superior al nuestro, a la que llamamos la Axiforma.

—¿También estáis siendo asimilados por una raza superior? —se asustó la mujer. De todas las explicaciones posibles para el *modus operandi* de los ker, aquella era la que menos plausible se le antojaba.

—Superior en su potencia asimiladora, pero inferior en su capacidad de adaptación, de fusión cultural. Son unos habitantes del cúmulo estelar al que habéis bautizado Colos. Son lo que llamamos esporas de Axinteligencia: enemigos de cualquier otra forma de vida que posea una velocidad de pensamiento superior a la suya, y los responsables, a la postre, de que no podamos percibir las propiedades físicas del espacio igual que los humanos. Son las formas juveniles de la espora-colmena, un estado de vejez único al que llegan todos los jóvenes de su especie. Es un único anciano que aglutina a todos los jóvenes de las fases anteriores: lo llamamos la Axiforma, el estado cooperativo en el que se diluyen los miembros de su especie al final de su existencia individual.

»Al igual que los írlyx, poseen cinco sentidos eléctricos, pero el tercero, el magnético, se puede usar para detectar campos de fuerza. Así fue como detectaron por primera vez la presencia de nuestras naves. Y las capturaron en trampas como la que estás viendo.

Soleyko sintió una perversa satisfacción al oír aquello. Así que los ker no eran todopoderosos, después de todo. También tenían su talón de Aquiles.

—Así que estáis viviendo ahora mismo vuestro propio… punto de giro. Y al igual que hicieron los ídor, no queréis someteros del todo a la especie dominante.

—Eso es, pero en nuestro caso tenemos excusa: el tipo de fusión que nos ofrece la Axinteligencia no es parcial, sino total. Implica nuestra aniquilación como individuos. No es lo mismo que lo que hicieron vuestros romanos con vuestros griegos, por ejemplo, o los europeos con los indígenas americanos: ellos los absorbieron, pero les dejaron conservar su identidad cultural y su lenguaje. Con el paso del tiempo, incluso creasteis movimientos de reivindicación de las minorías culturales dentro del seno de la cultura dominante, para que los vencidos recuperasen el honor de sentirse miembros de su raza.

»La Axinteligencia no prevé nada de eso. Es como un colectivo de esporas telepáticas contra el que nuestras armas más potentes no sirven de nada, y que no quiere “fusionarnos” con ellos, sino “añadirnos”, que es diferente. Nuestra individualidad desaparecería en el proceso, y no podemos permitir que suceda.

—Ya, eso es lo que dicen todas las especies débiles —sonrió cínicamente la mujer, y miró la nave atrapada. Ya estaba tan cerca que empezaba a apreciar detalles.

Mientras Soleyko volaba, en la Galaxian se precipitaban los acontecimientos.

Tyle y Rhen, escoltados por una escuadra de militares, se desplazaban lo más rápido que podían por los pasillos, rumbo a la sala de máquinas, que estaba a un buen puñado de cubiertas de distancia. El problema era que los ascensores no funcionaban, y algo peor: que el trazado de la nave había cambiado tras su fusión con la Tarpaulin. Las paredes y los grandes salones hacían de caja de resonancia para crujidos y golpes que les ponían los pelos de punta, como si la nueva forma híbrida de la nave aún no hubiera tenido tiempo de asentarse. Parecía el ruido de todos los derrumbes de edificios del mundo comprimidos en el fantasma viviente de un único edificio, de una única demolición programada.

Tyle tenía proyectado en su casco táctico un mapa de los pasillos que iban recorriendo, pero de pronto se toparon con un obstáculo no previsto: una pared cortaba de lleno una de las amplias galerías, hecha de otro material distinto al de la nave de los terrestres, y que parecían haber crecido literalmente ahí como si fuera un trozo de piel injertado. También había destruido cualquier acceso a los ascensores y a los huecos de las escaleras.

—Mierda, son los huesos de la Tarpaulin, que se han incrustado y fundido con los nuestros —dijo el teniente. Pidió consejo por radio—: Puente, ¿qué hacemos?

—Estamos intentando obtener una actualización del plano de planta de nuestra nave, pero es imposible obtener lecturas claras —dijo la capitana, entre un mar de interferencias—. Busquen una ruta alternativa, por donde sea.

—*(Tartajeo de cotorra)* a esa orden tan abierta. ¡Eso es muy fácil de decir! —protestó el teniente. Pero no le quedaba otra alternativa más que probar a ciegas por los pasillos, tanto los viejos como los nuevos que se habían abierto como fisuras tras la operación.

Rhen lo siguió, sumiso, por donde él creía que encontrarían menos resistencia. Resultaba curioso que la resistencia hubiese sido definida de nuevo, como concepto, e incluyera a los grupos de tripulantes mutados que vagaban erráticamente por los pasillos. Tras doblar una esquina se toparon con un grupo numeroso, y realmente parecían más hormigas que otra cosa, pues no se comportaban de manera coherente, sino que parecían guiados por impulsos, Tyle no sabía si carnívoros o de otra índole, pero todo en sus gestos y en sus chillidos denotaba agresividad. Cuando los vieron, los mutados — así los había denominado Tyle para cubrirse en salud—, empezaron a correr hacia ellos con la determinación de una horda de zombis. Ante eso, el escuadrón retrocedió hasta encontrar una viga cruzada lo suficientemente ancha como para servir de parapeto, y se protegieron detrás. Abrieron fuego, pero no contra los tripulantes — Tyle no quería matar a nadie, a menos que fuera estrictamente necesario—, sino contra el suelo o el techo, justo delante de ellos.

Esa maniobra surtió efecto, contra todo pronóstico. Todavía debía de quedar algo de inteligencia, o al menos de sentido común, en aquellos pobres desgraciados, porque en cuanto las armas empezaron a vomitar fuego, ellos se dieron la vuelta y huyeron. Hubo un par de valientes que siguieron adelante, probando suerte ante las balas, pero los militares les aplicaron unas llaves de bloqueo que exprimieron flores de humedad bajo sus axilas, y los locos se acabaron desmayando. El teniente informó de la situación.

—¡Nos hemos visto obligados a retroceder a la cubierta doce! —gritó por el intercom—. Sabemos que la sala de máquinas está justo debajo de nuestros pies, pero todos los accesos están cortados. No podemos llegar, y eso que solo…

La idea lo asaltó mirando al idor. A Rhen se le ocurrió lo mismo en un curioso caso de coincidencia creativa entre especies.

—¿Y si nos fabricamos nuestro propio pasillo hasta la sala de máquinas? —preguntó el militar. Ante las caras de estupor de sus subordinados, los recriminó con dureza—: ¡Venga, que no somos colegiales! Buscad vuestra actitud profesional y volved a colocárosla, hacedme el favor.

—Podría ser factible, si usamos un cortador de plasma potente —asintió el idor. Tenía la pinta del sabio tranquilo que solo sirve para retirarse a un rincón a pensar en sus cosas mientras exhibe un aspecto opaco—. Pero no explosivos. Tiene que ser algo que no provoque onda expansiva.

—¿Y si taladramos algún componente esencial? —Sus cejas le atacaron.

—Yo podría decirle por dónde agujerear para que eso no pase.

Tyle le hizo un gesto de optimismo y se dio cuenta de que, en realidad, la mejor manera de resolver aquel problema sin dañar a nadie no era ser soldado: era ser minero.

Sus hombres se fueron a buscar un taladro láser, o algo más potente.

Soleyko estaba flotando en el vacío
y se acercaba a la nave ker
y se aproximaba a la trampa tejida por sus enemigos
y la nebulosa sobre ella se comportaba como un tambor
en cuya cutícula rebotaban las canciones de rayos X de las estrellas
esas que hacen de los días plata y de las noches oro
esas que generan un contenido para los espeluznantes espacios interiores de la depresión humana…

Pero lo más interesante de aquel firmamento era lo que tenía delante, la nave ker atrapada como una mosca en la red. Esta tela de araña estaba formada por lo que parecían asteroides pero hechos no de piedra sino de una especie de algodón. Cada uno de ellos era bastante grande, podían medir fácilmente un kilómetro de largo. Pero lo que asustaba era su manera de unirse unos a otros para formar los nodos de una red, en la que se notaba que hacía siglos —o quizá milenios— que estaba atrapada aquella nave.

En su forma básica, se parecía a la Tarpaulin, pero tenía un bloque de motor más amplio, con un racimo de nueve toberas de impulso que prometía desarrollar una potencia enorme para propulsarla hacia las desconocidas vastedades del espacio, si es que alguna vez alguien las ponía en marcha. Pero las esporas de Axinteligencia, como las había llamado la Voz, se pegaban a su casco como una costra de salmuera, pudriéndolo, dándole el aspecto de un pecio hundido que ya se hubiera disuelto casi por completo en el salitre. Se notaba que había sido en tiempos una nave orgullosa, propiedad de un capitán de esos que siluetean imágenes de mujeres hermosas con su pipa, pero había caído víctima de los sargazos.

—¿Qué nave es esa? —preguntó al vacío.

—Era nuestra gran esperanza, el bajel que combinaba los tesoros del aprendizaje de cien especies. Una traducción aproximada de su nombre sería Kébenit. La desarrollamos en secreto, allá en Mârhen(ijk)neisk, oculta a los ojos de la Axinteligencia, y la lanzamos al espacio hace mil

ochocientos de vuestros años. Pero como ves, su destino fue más funesto que el que habíamos planificado. De algún modo percibieron su presencia, y la capturaron antes siquiera de que comenzara su gran viaje al infinito.

—Pero… ¿ya teníais un navegante que pudiera ayudaros a convertir las ecuaciones matemáticas con vuestras constantes en otras más universales?

—Creíamos que sí… —dudó la Voz, su tono parecido al lamento exangüe de un fuelle—, pero nunca sabremos si aquel experimento habría salido bien o no. Aquel ser (un idor) falleció hace muchos ciclos.

—Y ahora queréis que lo intente yo.

—Sí. Sabemos positivamente que la Kébenit todavía tiene fuerza en su corazón. La telepatía de las esporas no funciona en humanos, al menos no tan bien como en los ker, por lo que podríamos usarte a ti como misil (perdona la expresión) para burlar el bloqueo, y meterte en el puente de mando. A partir de ahí… ya será todo pura intuición y alma humana, bregando con lo imposible.

La ingeniera se lo pensó bien. Seguro que había un peligro real para ella, la posibilidad de que su cerebro, si lo intentaba, sufriera una sobrecarga o se quedara adherido para siempre a la psicomente alienígena. Si no, sus anfitriones no estarían teniendo tanto cuidado: se limitarían a crear varios cuerpos vegetales de repuesto, y a usarlos como diferentes disparos de una pistola. Pero percibía una precaución extrema en aquel plan, un aire de «solo tenemos una oportunidad» que la escamaba.

«Pero ¡qué demonios!», pensó. Bien fuera por su ética profesional, o por su afán de no volverse atrás cuando estaba a un paso de ver algo que ninguna persona hubiera visto jamás, o sencillamente por hacer gala de una primigenia astucia animal, envió a los ker una imagen mental de aceptación. Una especie de OK simbólico. Lo haría, más por sí misma que por ellos, por demostrarse algo importante. Se acordó de las palabras de un astronauta que habían quedado inmortalizadas en los libros de historia: «No he viajado cien millones de kilómetros para dar la vuelta en los últimos tres metros».

Ella tenía otra aún mejor, de cosecha propia: «La esperanza no es más que una forma negativa de pesimismo».

—Adelante. Lanzadme.

La velocidad relativa de su cuerpo aumentó muchos enteros, y realmente tuvo la sensación de convertirse en un proyectil. El morro de la nave, tan estropeado que parecía el de un anciano contenido en una fina red de arrugas, se le acercó a velocidad vertiginosa, y Soleyko pasó frente a las mismísimas narices —era un eufemismo— de las esporas.

Estas reaccionaron, moviéndose con una pereza que hacía falta no menos de mil años para preparar. Viejas piezas de geometría sólida que llevaban milenios sin moverse intentaron desperezarse. La mujer no vio que interpusieran barreras físicas delante de ella, pero sí notó las psíquicas: eran diminutas perlas de transpiración psiónicas que aderezaban el cuerpo de aquellos monstruos. Cuchillas de pensamiento que habrían troceado las mentes de los ker como lonchas de queso, pero que a ella, por pertenecer a una especie completamente nueva, no le hacían efecto.

Soleyko presionó contra esa barrera elástica y la notó quebrarse. Se creó un agujero, un poro, lo suficientemente ancho como para que una pulga —ella— pasara a su través. Percibió la rabia de las esporas, las ganas de vengarse por haber sido burladas. Pero enseguida las perdió de

vista, pues entró por una rendija del casco y los ker la guiaron a través de muchos quiebros y retruécanos hasta el pasillo que conducía al puente. Recordaba estructuras parecidas que había visto dentro de la Tarpaulin, pero solo en la manera como una recuerda una foto que haya entrevisto alguna vez bajo los velos de una lluvia torrencial, en una tarde de enero, y con la mano temblándole de frío.

—Vale. Parece que a vuestros amiguitos de mente colmena no les ha gustado esto. Están estrechando el cerco alrededor de la nave y haciendo presión contra el casco. Creo que ya no les basta con retenerla: quieren romperla.

—Prepárate, Soleyko —asintió la Voz—. Vas a soñar con metafísica computacional.

Los hombres de Tyle trajeron un cortador de plasma de arco corto, que generaba una llama capaz de fundir el acero. Fue el propio teniente quien lo empuñó como si fuera un cañón unipersonal, demasiado grande para ser disparado por un ser humano pero que quedaba estupendamente bien en las fotos. Y lo apuntó hacia el suelo.

—¿Aquí mismo? —le preguntó a Rhen.

—Sí. Empiece.

El teniente prefería armas más convencionales, por supuesto. De esas que disparaban proyectiles de carburo de tungsteno con un impacto de una tonelada en el lugar de reunión con el objetivo, por ejemplo. Pero tenía que reconocer que aquella sierra de alta tecnología, con la facilidad con la que rompía todo lo que se le ponía por delante y la lluvia de chispas que dejaba por detrás, lo ponía cachondo. «Es genial ser varón», le había dicho un día muy lejano a su padre, cuando cumplió los seis años y este le regaló un martillo.

—¡Aquí va la primera! —gritó cuando la plancha de la cubierta inferior se desplomó hacia abajo, en la dirección del giro que creaba la gravedad. Él y sus hombres miraron por el agujero y vieron no otro pasillo, sino un espacio intersticial entre dos cubiertas lleno de cables—. ¿Vamos por buen camino, idor?

—Sí —dijo Rhen, hurgándose por dentro de sus órganos giratorios con los tentáculos como si estuviera clasificando fichas en un archivador. Era bastante inquietante—. Un nivel más y estaremos ya en el techo de la sala de máquinas. Si mis cálculos no fallan, justo sobre el estabilizador de presión de la unidad de combustible.

Tyle le lanzó una mirada airada.

—¿Si tus cálculos no fallan? ¿Qué clase de certeza es esa? Si fallan, ¿qué pasará?

—Entonces se producirá una fuga en el convertidor taquiónico de empuje bidireccional que nos reducirá a algo así como una pulpa primigenia, recalentada y atómicamente dispersa —dijo el idor con calma—. Pero tranquilos, me fio bastante de mi intuición.

El militar se mantuvo congelado durante unos segundos, mirándolo sin pestañear. Entonces reanudó el trabajo, ayudándose de sus hombres para que le apartaran de delante la maraña de cables. Y todo eso mientras murmuraba, nervioso:

—… Ginecólogo. Esa era mi verdadera vocación. Sin pistolas, sin explosiones, y todo el día viendo cosas bonitas. Y sin llevar encima más armas aparte de unos guantes estériles. Por qué no estudiaría para eso…

Todos habían empaquetado a medias su valor cuando la segunda plancha cedió, y esta vez salió un cono de luz densa por el agujero. La impresión que les produjo aquella luz, que tenía en sus apellidos unos cuantos vocablos grabados en la memoria de la especie —como «Chernóbil» o «Fukushima», por ejemplo—, fue como un terremoto de magnitud ocho en la escala de Richter de su miedo. Tyle fue el primero que pensó en fugas radiactivas y en muerte atroz de los tejidos, quizá debido a que el núcleo de la nave no estaba tan entero como ellos creían. Pero Rhen los tranquilizó.

—No pasa nada, ese resplandor es normal. Crea un ambiente sin sombras, idóneo para que trabajen los técnicos.

Silabeando algunos insultos muy malsonantes, de cuartel de infantería, Tyle miró por el hueco y ancló un cable con arpeo en una de las vigas de soporte. Fue el primero en deslizarse por el agujero y bajar como si fuera un espeleólogo hasta el suelo de la sala de máquinas, muchos metros más abajo. Lo siguieron sus hombres, y también el idor, al que se aseguraron de atar bien con un arnés para que no se hiciera daño.

Algunos de los militares se quedaron arriba para hacer de fuerza de contención por si aparecían más mutantes. Estaban muy cerca; podían incluso oírlos quejarse de aquella agonía celular que empezaba agazapada tras una molécula, y que se abría paso por cada punto sensible del cuerpo hasta convertirse en una ingrata zozobra tejida de silencio y muerte. Si ese dolor los estaba volviendo locos, no era su problema. Ellos tenían una misión, y debían cumplirla a toda costa.

Los que habían entrado en la sala de máquinas estaban estupefactos. Ningún soldado solía entrar nunca en una habitación como aquella, ni tenía la menor idea de cómo eran por dentro. Habían oído hablar de los grandes motores que hacían posible el viaje estelar, por supuesto, pero rara vez alguien de su profesión veía uno en persona. Por eso les sorprendió muchísimo el nivel de surrealismo que desprendían, lo poco intuitivo que era su diseño. Estaban hechos de metal y de unas aleaciones que parecían a caballo entre varios estados distintos de la fisicidad de los sólidos, pero más que eso parecían diseños escapados del cuaderno de dibujo de un loco. Eran los versos de Orfeo invitando a las titánides a que se unieran a un luto cuántico universal; los fragmentos discretos de la IA que hacía las veces de Vulcano, cayendo en gotitas de rocío hacia el vacío neuroelectrónico de la matriz. Tyle abrió mucho los ojos, sabiendo que ninguno de los adjetivos que le hubieran enseñado jamás en las diferentes escuelas por la que había pasado se ajustaría ni siquiera remotamente a aquellas… cosas.

—Dios bendito. ¿Eso… eso es…?

—Sí, el motor que impulsa la Galaxian —dijo Rhen. Y sin dilación, añadió—: Y esta, la decisión que hemos intentado retrasar lo máximo posible.

El hombre iba a preguntar a qué se refería cuando el estallido de un fulgor blanco y ondulatorio recorrió la pasarela sobre la que todos estaban de pie. Parecía una onda de choque dirigida no al teniente ni al idor, sino al resto de los militares, que fueron abrazadas por ella y cayeron al momento al suelo, Tyle no sabía si muertos o sin sentido. Alzó instintivamente su pistola y apuntó a unas siluetas que salieron de detrás de los bultos de los motores cercanos.

Eran los idor, los otros miembros de la especie de Rhen que había en la Galaxian. Estaban todos reunidos allí. Y uno de ellos portaba un artefacto en sus tentáculos que Tyle no había visto nunca, pero que recordaba a las armas de fantasía que seguramente habían imaginado los grandes

poetas de la ciencia ficción clásica, y que en sus relatos habrían puesto en manos de marcianos tan líricos como el Marte que habitaban.

—P… pero… ¿qué cojones es esto? —balbuceó el hombre, y miró a Rhen.

—Lo siento, teniente —dijo Rhen con una pena infinita empapando su voz. Aunque Tyle no la sintió como una voz normal, sino como una puñalada de hielo en la espalda—. Pero al final era usted el que más razón tenía de todos. Existía un complot, y unas mentes pensantes que querían arruinar la misión de la Galaxian. Pero no eran los ker.

El cuerpo vegetal de Soleyko entró en un invernadero lleno de plantas alienígenas, y allí se detuvo. Por un momento, creyó que los ker se habían confundido y la habían llevado al sitio que no era. Pero se dio cuenta de que no, de que aquel realmente era el puente de mando de la nave, y no un invernadero cualquiera.

Porque aquella pequeña selva estaba compuesta de plantas computacionales.

Habían crecido por doquier, formando masas compactas sobre las consolas y las sillas de los tripulantes; colgando en inflorescencias parecidas a sauces llorones de los monitores diagramáticos; trepando como enredaderas cuyos rizos parecían un árbol espeso con ramas de hierro. Por todas partes sonaba el clic-clic-clic de la actividad algebraica de los estambres, la polinización polinómica de las flores, el cálculo gimnospérmico de los pistilos.

La ingeniera revolvió los ojos. Aquello era el centro de gobierno de la nave, pero también el interior, las entrañas, de su ordenador orgánico.

Había un ventanal de observación casi por completo invadido por la vegetación, pero aún se podía ver un trocito del espacio por una esquina. Fue por ahí por donde ella vio la nebulosa dorada que había al fondo, a una distancia incalculable, y cómo las esporas estaban cerrando filas para hacerse más fuertes. La proa estaba hundida en un yunque hecho de aquellos seres.

—Si logramos hacer que este navío alcance una velocidad de fuga hacia el espacio profundo —explicó la Voz—, conectaremos con los jardines de datos la Tarpaulin y la haremos moverse también. Esta y vuestra nave, que ahora están fundidas en una sola, nos seguirán hacia la libertad.

—Está bien. —Aunque su cuerpo no podía generar sudor en las manos, la ingeniera se las frotó, nerviosa, como si el sudor estuviera allí. Miraba aquellas plantas de manera tranquila, con una expresión de incómoda perplejidad—. Comencemos el experimento. ¿Qué queréis que haga?

—Que pienses en tus orígenes, Soleyko. En la pregunta más básica que se ha hecho cualquier especie pensante a lo largo y ancho de la galaxia: ¿cuál es el sentido de la vida?

Su cerebro recibió un sobrevoltaje que lo convirtió en un árbol de Navidad de terminaciones nerviosas. Le estaban suministrando dos flujos simultáneos de datos: por un lado, todo lo que sabían los ker sobre matemáticas y física. Y por otro, lo que habían podido recopilar de los bancos de datos humanos sobre la filosofía y la metafísica que la especie de Soleyko había desarrollado desde hacía milenios. Ella era algo así como un distribuidor central, una especie de estación de trenes para toda esa información. En realidad, no se le pedía que la entendiera, ni siquiera que tuviera ideas propias… sino tan solo que la observase. Y que usara eso tan humano que los ker no poseían, para enlazar aleatoriamente conceptos, llamado «intuición».

El gran problema de partida eran las constantes que, si uno las miraba con lupa, no eran tales. En matemáticas, una constante es un valor de tipo permanente que no puede ser alterado, y que por lo tanto actúa como asidero firme para el pie del escalador. Un refugio seguro en el que salvaguardar no ya los cálculos, sino las ideas. Aquellas que o son verdades absolutas, o son espantosas mentiras, sin que haya término medio. La observación del mundo les había garantizado a los seres humanos que pi valía 3,14159, pero los ker habían demostrado que en realidad su valor era otro muy distinto. Entonces, ¿cómo era posible que hubiese círculos perfectos en ambos mundos?

Soleyko se preguntó: ¿qué es *de verdad* una constante? ¿Qué es en su alma? Ser constante es encontrar un motivo para no desfallecer en nuestra búsqueda global de la felicidad. Es un sentimiento cuya posición en nuestra vida, más que su valor, determina la forma lógica de una proposición. ¿Y qué proposición es la más susceptible a este fenómeno? La más básica, la que define a un individuo: su nombre. YO SOY (x); póngase en el lugar de x el vocablo que se quiera y que sirva para nombrar a un ser único, a una persona que se sabe viva, que se sabe sufriente y divergente. La constante que prima sobre todos los círculos del universo no es pi, sino el nombre verdadero del círculo, el que le puso quien lo dibujó. Así, pi convierte al círculo en algo más que una forma geométrica: lo convierte en un individuo.

(En el exterior, la nave a las que sus creadores bautizaron Kébenit tiembla. No es un movimiento provocado por las esporas que la tienen prisionera, sino uno propio, que sale de su interior. La Axinteligencia lo nota, nota que la vida está naciendo de nuevo en los motores de la nave, y por primera vez en milenios tiene miedo… Miedo de que la mosca se le escape, que rompa la telaraña y vuele libre. Ordena a sus aspectos jóvenes, las esporas de Axiforma, que infecten lo que queda del casco y que intenten perforarlo. La Axinteligencia ataca. Y no cejará hasta que sus poderes se agoten y cicatricen de puro cansancio.)

Soleyko notó la vibración en el suelo, en las paredes, en los racimos de ramas colgantes. Algo se estaba moviendo muy lejos, en la sala de máquinas. Resucitando allá abajo.

Las flores se habían vuelto locas. Estaban recibiendo el caudal de pensamientos que usaba la cabeza de Soleyko como estación central de trenes, y lo procesaban a toda velocidad. Al jardín entero parecía haberlo infectado algún tipo de fiebre que le provocaba temblores, escalofríos, inquietud, ¡vida!

La humana se sentía perdida en medio de aquella vorágine, pero apretó los dientes y siguió allí, intentando encontrarle algún sentido a la locura. Queriendo ser el faro que iluminaba los barcos perdidos en la oscuridad. Notó de cerca la fragmentación de la psique en sustancias discretas, y cómo estas formaban sus propios archipiélagos de islas y diques en medio de aquel mar embravecido. Una isla para acoger a los números primos que se quedaban huérfanos. Otra que hiciera de playa para los pecesfórmula que querían salir del mar y respirar aire. El viento, ese sublimador de volúmenes, padre de la geometría plana, alisó las montañas de la duda y dejó paso libre a las preguntas.

Soleyko pensó en el siguiente paso que tenía que dar para liberar la nave: el movimiento. El desplazamiento de una masa que suponían fija. Su impulso. Decía la física que el impulso era una magnitud vectorial, la variación en el momento lineal que experimenta un objeto físico en un sistema cerrado. Pero eso era dar por sentadas muchas cosas que no tenían por qué ser así. Para

empezar: el observador necesitaba que el objeto se moviera, pero ¿alguien se había molestado en preguntarle al objeto *si quería moverse*? Porque no era un asunto baladí. De acuerdo en que la segunda ley de Newton se encargaba de cuantificar el concepto de fuerza, y afirmaba rotundamente que la fuerza neta aplicada sobre un cuerpo era proporcional a la aceleración que adquiría dicho cuerpo. Pero eso solo era verdad si ese cuerpo, y sus leyes, lograban superar el escollo inicial de la vagancia y la futilidad de cualquier tipo de movimiento que no estuviese orientado a conseguir algún tipo de placer, como decían los epicúreos.

Soleyko se asombró al descubrir que el objetivo y la razón para cualquier movimiento en el universo no era la conservación de la energía, sino la búsqueda del *eros*. Las cosas se mueven porque se sienten bien haciéndolo, no porque se lo diga una estúpida ley de la física. Si un círculo no basado en pi sino en su nombre propio puede tener individualidad, y derechos como persona, entonces ese círculo siente, posee sentimientos. Y esos sentimientos lo ponen ya desde que surge del giro del compás en la tortuosa senda de la búsqueda del placer personal. La cuadratura del círculo supone la paradoja de no poder ser feliz con la búsqueda en sí misma, sino solo con su consecución, con el logro del objetivo final. Combinados, la libertad del dolor y la libertad del miedo se transforman en la felicidad en su forma más elevada. Por eso, la nave, objeto sólido y muerto, ansía moverse: porque dentro de su definición está esa ansia sexual por desplazarse, por liberarse de su dolor y su miedo para transformar sus trabas mentales en orgásmicos newtons de empuje.

(Excitadas por la búsqueda del placer, las toberas de la nave ker se encienden y expulsan chorros de fuego, oleadas de gloriosa energía que pulverizan el negro del espacio. No es combustible quemado que de repente se convierte en empuje, sino alegría calórica que comprende que el sufrimiento es la consecuencia de juicios de valor erróneos, que provocan emociones negativas y un carácter vicioso concomitante. Los motores han comprendido que el objetivo de arder no es consumirse, sino buscar una virtud superior que les permita realizarse de forma plena según un ideal, y por eso empujan, y llamean, y sufren. Y la Kébenit se mueve hacia delante con ellos, porque ha iniciado su búsqueda personal del eros *en el universo. Su proa embiste el muro de esporas y lo rompe, haciéndolo estallar en una silenciosa y epicúrea nube de polvo.)*

—¡Vamos, lo estás consiguiendo! —le dijo la Voz de los ker, emocionada. Y así era: la ingeniera no sabía si todas aquellas estupideces que se estaba inventando tenían algo que ver con ello o no, pero lo cierto era que la nave se estaba moviendo. ¡Se liberaba de sus cadenas! A su alrededor, las esporas chillaban de rabia y le clavaban sus puñales psíquicos, pero ¿cómo se puede detener, o incluso matar, a un objeto inerte que se desplaza y gana velocidad *porque se siente bien haciéndolo*?

Delirante, era la palabra que estaba buscando. Una variante fuerte de un principio antrópico.

Soleyko siguió batallando con esos dilemas existenciales un buen rato más, al tiempo que se preguntaba qué estaría pasando en la Galaxian. Y, de paso, con su cuerpo real, que se suponía que estaba allí, tumbado en una mesa de operaciones. Le ardieron las mejillas por la fuerza con la que deseaba que todo aquello acabase y pudiera estar de vuelta con los suyos. Pero se había

vuelto demasiado experta en ser ella misma para acabar negando que ser la piloto —¡una simple chica de familia humilde, de provincias!— de ese primer viaje histórico de dos especies hacia las estrellas, la entusiasmaba.

Rezó porque las cosas en la otra nave no se desmadraran tanto como para que su cuerpo sufriera daños, porque estaba segura de que entonces, la conexión telepática que tenía con los ker se cortaría de raíz. Sería como colgar inesperadamente un teléfono. Y todo el plan se iría al garete.

«Ten confianza —se dijo sin mucha convicción—. Zebya y los demás, sobre todo el bueno de Rhen, son gente muy capaz. Seguro que tienen la situación bien controlada.»

Tyle no podía creerse aquel giro de los acontecimientos. ¿Rhen un traidor? ¿Era él quien había estado estimulando el crecimiento del musgo en las vainas de sueño desde el principio? ¿Los demás idor lo apoyaban en aquella locura? Pero, por todos los dioses habidos y por haber en la liga de panteones de la historia, ¿por qué?

—Seguramente le interesa más el porqué, ahora mismo, que el cómo —adivinó Rhen, leyendo la expresión de estupor de su cara—. Explicar nuestros motivos sería demasiado largo y complejo, y me temo que muy complicado para una mente simple como la suya. Baste con decir que tiene que ver con algo muy, muy antiguo llamado principio de supremacía entre especies. Y con otro concepto igual de difícil que denominamos el punto de giro.

—¿Qué coño es eso? ¿Están intentando volverme loco, o qué?

—Tranquilo, no queremos hacerle daño. No somos una raza dañina. ¿Ha conocido a alguien a quienes los idor hayan matado en los últimos siglos?

—No lo sé, no he vivido durante siglos.

—Tyle, ¿qué está pasando ahí abajo? ¿Va todo bien? —se oyó la voz de la capitana por el intercom. El teniente no supo si responderle o no: era muy consciente de la presencia de aquella arma de aspecto onírico que le apuntaba y que el segundo idor tenía en su palpo. Cruzó una mirada interrogativa con Rhen, a ver si le daba permiso para contestar.

—No se preocupe, yo mismo hablaré con la capitana —dijo el idor, y activó su propio comunicador—. Hola, capitana. Soy Rhen. Me temo que debo informarle de que ahora soy quien controla los motores del híbrido naval, y que no permitiré que se pongan en marcha por nada del mundo.

Un silencio perplejo.

Luego, la capitana que intentaba cuadrar aquello en su esquema.

—¿Qué está diciendo, Rhen? ¿Nos está traicionando?

—No traiciono a su especie, sino todo lo contrario: estoy tratando de ayudarla. Igual que a la mía. Si dejamos que los ker se salgan con la suya, la especie humana perderá para siempre su punto de giro, su última oportunidad de resistirse a la asimilación, y formará parte indivisible de la de sus amos por los siglos de los siglos. En vuestro nombre y en el de todos los idor rebeldes, los hermanos que aún no se han doblegado, tomaré la decisión más útil para ambas razas. De lo contrario, el conocimiento común se convertiría en perjurio común, y no podemos permitir que eso suceda.

—No entiendo nada —dijo la capitana. Ellos se la imaginaban con la doctora Zebya a su lado, con el rostro congelado también en una mueca de estupor—. ¿Qué es un punto de giro? ¿Qué historia es esa de los idor rebeldes? ¿Forman acaso una facción a la que ustedes pertenecen…?

—Sí. Pero ya digo que no hay tiempo de explicarlo. Los hombres no acompañarán a los ker en su viaje al infinito, no harán de perros lazarillo. No queremos destruir la Galaxian, pero dañaremos lo suficiente el motor como para que sea incapaz, ni siquiera estando fusionado con el de la Tarpaulin, de lograr un impulso cuántico.

—P… pero… ¡eso nos dejaría varados aquí, en el espacio profundo, durante años! —exclamó la capitana—. ¡Décadas, seguramente!

Rhen hizo su equivalente se encoger los hombros. Parecía como si el cansino ritual de la autoinmolación, típico de todos los fanáticos, se estuviese abriendo paso por la soledad que había en su mente.

—No importa, esta nave es muy grande, y autosuficiente. Curaremos a los mutados y los criaremos como si fueran nuestros niños. La Galaxian se convertirá en una nave generacional, en lo que termina su viaje al mundo que en un principio estaba previsto. Si no podemos viajar a grandes velocidades, los ker perderán todo su interés en nosotros. Y habremos ganado.

Tyle lo miró con la cara transida de horror. Pero luego, lentamente, ese miedo se transformó en una sonrisa inane: la de un soldado que se consideraba en posesión de la verdad, y que respaldaría esa actitud con una autoridad enérgica, y con actos a la altura de las circunstancias. Como el que en ese momento puso en marcha, sin consultarlo siquiera con sus superiores.

No pensaba permitir que aquel aborto patizambo decidiera unánimemente convertir la nave en una prisión para una o dos generaciones más de personas. No los iba a condenar a vagar por la noche eterna solo porque a él le saliera de los palpos frustrarle los planes a los ker. Por eso activó el taladro que llevaba en sus manos y que todavía no había soltado. Sabía que el idor que lo tenía encañonado no le dejaría jamás llegar hasta su jefe, pero tampoco le hacía falta. Miró a sus pies, a la pasarela en la que se encontraban todos. Y vio a través de la rejilla del suelo que no había nada debajo, sino una caída de más de diez metros.

El arma alienígena fue disparada contra él, por supuesto. Su lengua de energía lamió su cuerpo desconectando por un momento todas las relaciones de glucosa entre células y toda la química base de su organismo. Fue como si el teniente hubiese sufrido un cortocircuito masivo, en cada centímetro de su masa corporal. Eso no lo mató, como tampoco había hecho con los otros militares, pero lo dejó en un estado semejante al coma, del que también esa misma arma podía sacarlo. Pero lo que el idor no llegó a tiempo de evitar fue que los brazos de Tyle recorrieran un corto arco sobre su propia posición, segando de un tajo aquella pasarela. La pistola, la amenaza, no evitó que la mente insuflara combustible en su cuerpo y lo llenara de una determinación rugiente y suicida.

Tyle sufrió el calambre masivo y perdió el conocimiento, pero mientras la pasarela se partía por la mitad y tanto él como los idor se precipitaban al vacío, su rostro apacible expresaba la severa solemnidad de una negación. Mientras caía hacia la nada, parecía estar levantando sus dos dedos anulares y diciéndoles a los extraterrestres: «Comeos esa, chupapollas».

—¡Teniente! —gritó la capitana por la radio, histérica—. ¿Qué ha pasado? ¡Informe!

Tyle ya no estaba en situación de contestar, pues el golpe contra el suelo resultó fatal para él —aunque murió con la sonrisa y las botas puestas—, pero quien sí deseó contestarle fue Rhen, que gracias a sus tres patas acabadas en punta no se había caído. Estaba colgando de la pasarela, por el lado más cercano al núcleo del motor, como si fuera una grotesca araña gigante. No perdió tiempo hablando por el comunicador, sin embargo, hasta que no estuvo arriba otra vez, ni tampoco hasta que su compañero ídor le lanzó la pistola y él la atrapó con sus tentáculos. Ni siquiera se había ajustado su propia sangre contra la ira; esa era una emoción indigna de uno de su clase, así que simplemente la rechazó.

Entonces, solo entonces, rompió el silencio de radio.

—Capitana, soy Rhen. Disculpe todo el daño que estoy causando, y desde luego, todo el que voy a causar. Pero ustedes entenderán. Puede que tarden un tiempo, pero entenderán. Solo cumplo con mi deber.

—¡Rhen, no sea estúpido! —ladró Svastis. Se la imaginó agarrando con tanta fuerza el pequeño aparato de radio y aplastándolo como si quisiera sacar zumo de frambuesa de sus entrañas—. ¡No haga ninguna locura! Si dispara un arma ahí dentro, ¡puede destruir ambas naves!

—No se preocupe, capitana, no fallaré. En estas cosas, yo nunca fallo —dijo con frialdad. Y elevó su pistola apuntando al colector de fase del motor.

Soleyko apretó los puños, sintiendo la emoción del momento. La Kébenit se había deshecho de su prisión de esporas, las cuales habían quedado flotando como un campo de plancton dejado ahí para que los írlyx se lo comieran. Y hacia allá iban aquellas ballenas siderales, con toda su masa gaseosa convertida en apetito.

Soleyko articuló su pensamiento más nítido, y lo dirigió al jardín computacional:

—Venga, amiguitas. Computad una salida. Una carrera hacia el infinito.

Las flores devoraron números, cifras, ecuaciones. No podían disimular su hambre electrónica, su vertiginosidad elemental. Le mandaron el último paquete de álgebra que debía traducir a metafísica. Se trataba de las ecuaciones más importantes y difíciles de todas, las que permitían que un cuerpo sólido se aproximara mucho a la velocidad de la luz sin llegar a desintegrarse. La ingeniera se pasó la lengua por los labios resecos, humedeciéndolos con savia.

—*(Silbido de culebra nerviosa)* a esas herramientas con forma de axiomas matemáticos…

Soleyko cerró los ojos
y silenció todas las ansiedades
y todos los sonidos
para que solo quedara espacio libre
una forma vacía que poder dibujar con música.

Acercarse a c no era correr, tampoco era volar… era soñar. Era contemplar el universo desde el punto de vista de un rayo de luz, sintiéndose tan eterna y veloz como él. Era algo que iba más allá del sentido de la vida, pues englobaba todos los matices de la belleza de la Creación. La pregunta en sí estaba henchida de una hermosa herejía: ¿puede esto ser posible? ¿Puede algo construido con materia sólida correr tan rápido que el cosmos lo trate al mismo tiempo como una onda y una partícula?

(La Axiforma sufre, ¡algo la está desgarrando! Es el pensamiento de esa simple humana, a la que sus ancestros llamaron Mujer. Su mente es pura, sus ideas son ingenuas, ¡hacen daño! Poseen la pureza de un niño, ¡no es posible! ¿Cómo puede un niño enfrentarse a la nada del espacio y sobrevivir? ¿Cómo puede esa pureza vencer a la oscuridad?)

Soleyko comprendió, con una lágrima que le resbaló por la mejilla, que sí era posible. Dominar el vacío en un anhelo que era una especie de amor. Eso era lo que contaba, al fin y al cabo: lo más importante para un piloto y su corcel de hierro no era estar arriba-y-afuera, sino sentir la emoción del viaje hacia abajo-y-adentro. Porque el arriba-y-afuera era demasiado grande, demasiado infinito para abarcarlo con una mirada o un solo sentimiento. Pero el abajo-y-adentro era simple: cabiendo como cabía en su pecho, se podía definir. Cabalgar la luz en un anhelo que devenía en un símbolo de esperanza. Eso era la velocidad de la luz. No una barrera, sino un beso.

(La Axiforma intenta separarse de la Mujer, y de la nave que acelera y acelera cada vez más hacia la noche. Pero los pensamientos de ella son demasiado fuertes. Son cuchillos, son espadas, son… son… besos. Abrazos. Algo que la Axiforma no ha experimentado jamás en sus millones de años se existencia. Soleyko piensa con la cabeza, siente con el corazón, y ambas cosas se transforman en

impulso, y en fuerza de choque, y en combustible y fuego que arde en las fronteras de la materia oscura. Tiempo (¡amigos!), planeta (¡adioses!), hogar (¡promesas!), dedos (¡roces!), palabras (¡electricidad!), miradas (¡energía!), besos (¡gravedad!), humanidad (¡…!), humanidad (¡…!), humanidad (¡…!).

Soleyko, con cuatro años, que mira por primera vez a las estrellas deseando alcanzarlas algún día.

La nave ker que sale disparada hacia las profundidades de la galaxia a una velocidad jamás conocida por entidad viviente.

La mano de la pequeña ingeniera que roza los dedos grandes y firmes de su padre, el cual le promete el cielo, pero a condición de que ella, y solo ella, haga el esfuerzo por alcanzarlo.

Las esporas que pierden todo su potencial psíquico, muriendo, quedando reducidas a pasto para ballenas cósmicas. La Axiforma es destruida con un vendaval de iones de los motores de la Kébenit.

En un lugar muy lejano, a cientos de años luz de allí, la Galaxian-Tarpaulin enciende motores. Rhen aprieta el gatillo de su pistola, pero el disparo no tiene lugar, porque la física se pone del revés en la sala y arriba es abajo y dentro es afuera y lo que tiene volumen es plano y lo que vive ha muerto y lo que ha muerto sueña de nuevo. Rhen y los otros idor se aplanan, perdiendo varias dimensiones de golpe, y dejan de existir sin comprender que ahora son el exponente, el elevado a, el ^{2} y el ^{3} y el Perdóname de la fórmula. La nave salta, por primera vez en la historia de la humanidad, a lo que podemos llamar los límites extremos de la velo-C-idad.

Música de las esferas.

El privilegio de estar allí para contemplar la hiriente y ácida belleza de los astros en el espacio etéreo, y tener una mente capaz de conferirles un significado poético. El que realmente importa, al fin y al cabo.

Su curiosidad la llevaría a lo largo de más de mil años del tiempo de los Míos, como llamaban al derecho de los humanos de estar allí y cumplir un papel importante. Era la imperiosa llamada del deber, que transformaba el tiempo en un medio elástico, capaz de dilatarse y comprimirse según las necesidades de la persona. Sirio 5 quedó atrás, muy atrás. A esa tremenda velocidad, la rebasaron hace mucho.

La ingeniera sabe que todo esto va sobre ella, claro. ¿Qué es lo que siempre acaba o comienza con la declaración de un viaje, de una partida, de una llegada…? Una gesta, por supuesto. Y la suya tendrá nombre, aunque no sepa quién se lo pondrá. Puede que lo llamen el SOLEYKÓNDERON, en un futuro muy lejano que quizá no llegue a ver. Nombres engarzados en las atemporales gemas de la leyenda.

Lo importante es que ya están viajando, lejos, muy lejos de allí. La primera expedición conjunta de hombres y alienígenas en la exploración de lugares tan lejanos que, una vez los alcancen, ni siquiera las matemáticas tendrán sentido.

Y que la niña de cuatro años cumplió su sueño.

Mira, papá, por fin lo conseguí. Estoy rodeada de estrellas.

Notas

1. Sopa de col en salmuera, un plato típico ruso.

2. Referencia a la pesada carga personal que debían llevar los legionarios a las órdenes de Cayo Mario.

3. Medradores son los que permanecen en su hábitat, sin obtener recursos del exterior de su mundo o entorno natal. Los recolectores captan recursos en diversos lugares para llevarlos a su mundo natal o usarlos sobre la marcha en el caso de los migrantes exoplanetarios. Los invasores de espacio son los que viajan y toman territorios que consideran de su propiedad.

Horizonte de estrellas
Víctor Conde y Guillem Sánchez

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de cubierta e ilustración: Cover Kitchen

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre 2022

ISBN: 978-84-450-1421-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Acatia
www.acatia.es

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!